# Para una lectura correcta

# De

# EL IMAM AL-HASAN

# y de su Tratado de Reconciliación con Mu'âwiya

Compilado y adaptado

Por

'Abbas AHMAD AL-BOSTANI

(Traducido al español por Ahmad 'Abd-us-Samad)

Para preparar y escribir este libro, nos hemos basado, principalmente, en la obra del Sayyed Muhammad Yawad FadhlAllah (*), titulada: "Sulh al-Hasan: Asbâbuhu-Natâ'yuhu" (Tratado de Reconciliación de al-Hasan: Causas y Consecuencias). (صلح الحسن اسبابه نتاءجه). Hay diferentes versiones que se pueden consultar en Internet. Nosotros nos hemos basado en un ejemplar editado en Qom (Iran) por la editorial دار المثقف المسلم

(*) Nacido en Nayaf (Irak) en 1938 y muerto en Bint Yabel (Líbano) en 1975

# PREFACIO

No se puede comprender, con exactitud, la historia completa del Islam, y de su trayectoria, sin subrayar el importante lugar que ocupó en ella el Imam al-Hasan. Este lugar hace referencia a la personalidad del nieto del Profeta (a.s.s.) y al papel, preponderante, que jugó en la salvaguarda de la integridad del Mensaje del Islam.

Desgraciadamente, la mayor parte de los libros de historia no reflejan, apenas, esta verdad histórica y se muestran doblemente injustos hacia el Imam al-Hasan, no solamente omiten otorgarle el lugar que le corresponde a su personalidad y a su rol histórico, sino que lo poco que dicen de él es fruto, a menudo, de la desinformación y de la deformación que se hace de la verdad histórica.

En efecto, sería suficiente haber conocido la biografía completa del Imam al-Hasan para darse cuenta de que la imagen que presentan muchos historiadores está groseramente deformada y no corresponde, en absoluto, ni en los detalles ni en los aspectos generales, a aquel al cual los Compañeros consideraban como el vivo retrato del Mensajero de Dios (a.s.s.) y cuya personalidad constituía una síntesis de la de sus tres educadores: el Profeta (a.s.s.), el Imam 'Alî (a.s.) y Fátima az-Zahrâ' (a.s.). Si a pesar de estas deformaciones una tal imagen ha podido sobrevivir tanto tiempo y pasar por una "verdad histórica", sin desacreditar a sus autores ni extrañar a los lectores, es, sin duda, porque los historiadores que lo han presentado así se contentaron con abordar fragmentos aislados de la figura del Imam al-Hasan; dicho de otra manera, la deformación se habría destruido, por si misma, con un estudio biográfico completo, porque su incoherencia con el resto o con la totalidad de los elementos de su biografía sería demasiado evidente.

Por supuesto, diversas razones, que el lector verá a través de la lectura del presente libro, se dieron para que se alterara la imagen del Imam al-Hasan en ciertos "documentos históricos". Debemos tener en cuenta el hecho de que la mayor parte de los relatos que tienen como protagonista a este primer nieto del Profeta (a.s.s.) fueron escritos bajo el gobierno y la influencia de los Omeyas, cuyo odio por los Ahl-l-Bayt no tenía limites.

Deseando paliar las diferentes lagunas y anomalías que condujeron y contribuyeron a empañar el esplendor de la imagen del Imam al-Hasan y permitir a los lectores hacerse una idea global del conjunto de su biografía, (a fin de que puedan examinar más atentamente los juicios, a veces, demasiado precipitados y, a menudo, muy esquemáticos emitidos a su respecto) nos hemos esforzado en reescribir, a lo largo de este libro, las grandes líneas de su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, por envenenamiento.

La presente obra no pretende ser ni un estudio completo sobre el Imam al-Hasan, ni un trabajo de documentación sobre este tema. Así, no nos hemos detenido en detalles que podrían ser importantes para el historiador, pero sin gran interés para el lector, y no nos hemos mezclado en controversias menores sobre las diferentes versiones o matices de tal hecho o de tal hadiz. No nos hemos interesado más que en detalles susceptibles de restituir la imagen real del Imam al-Hasan.

Un triple deseo ha guiado nuestra elección de textos y de hechos referidos en este libro:

- Permitir al lector tener una visión de conjunto de la vida y de los actos del Imam al-Hasan.
- Indicarle los puntos de referencia a partir de los cuales podrá llevar a cabo sus propias investigaciones para profundizar su conocimiento del tema, en general, o de los diferentes temas, en particular, aquí tratados.
- Llamar la atención sobre los principales puntos que los libros de historia tradicionales han omitido, voluntaria o involuntariamente.

Conscientes de que es difícil apreciar el valor inestimable del rol del Imam al-Hasan en la salvaguarda de la integridad del Mensaje sin mencionar aquellos contra los que dirigió el peso de su combate, a saber, los Omeyas, o más concretamente, los "exTulaqâ'"[1] nos vemos obligados a tratar este tema en las diferentes partes de nuestra exposición. Pero para evitar que nuestro deseo de informar sea comprendido como una toma de posición a favor de unos o en contra de otros, hemos preferido citar textos y testimonios recogidos en fuentes nada sospechosas de parcialidad. Se trata de testimonios y comentarios extraídos del libro de Abu-l-A'lâ al-Mawdudi titulado "Al-Jilafa wa al-Mulk" [2] y el del célebre escritor egipcio 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd: "Al-'Abqariyyât al-Islâmiyah".[3]

Un último apunte para concluir esta introducción. En la preparación de este libro y en nuestro esfuerzo por decir todo lo que es susceptible de aportar un mejor conocimiento del Imam al-Hasan y de sus detractores, tenemos muy presente la siguiente advertencia del Profeta (a.s.s.): "Quien ama a al-Hasan me amará, y quien lo deteste me detestará".[4]

---

[1] Los Tulaqâ' (liberados, amnistiados) eran los politeístas de la Meka, irreductibles, que combatieron al Profeta (a.s.s.) y se opusieron ferozmente al advenimiento del Islam hasta el último momento. Habiendo merecido, por ese hecho, la pena de muerte, fueron, sin embargo, amnistiados por el Profeta (a.s.s.) después de la conquista de la Meka, tomando el Islam de mala gana y por obligación. Su jefe de filas era Abû Sufyân, el padre de Mu'âwiya, fundador de la dinastía Omeya.

[2] Abul A'lâ al-Mawdudi: "Al Jilafa wa al-Mulk" (El Califato y el Reino), 1ª Edición, 1978, Dâr al-Qalam, Kuwait.

[3] 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd: "Al-'Abqariyyât al-Islâmiyah". 2ª Edición, Dâr al-Kitâb al-Lubnanî. Beirut.

[4] Citado por Ibn Kathir en "Istichchâd al-Husein".

# NACIMIENTO Y FAMILIA: "EL HIJO DEL PROFETA"

El Imam Abu Muhammad al-Hasan ibn 'Alî Ibn Abi Taleb fue el primer hijo de:

- El Imam 'Alî, primo del Profeta y su más fiel compañero y soporte

  y de

- Fatima az-Zahrâ', "la mejor hija" del Profeta y la "Señora de las Mujeres de los Mundos", según las propias palabras del Mensajero de Dios.

Fue el fruto de una pareja bendita cuya unión se realizó por orden de Dios y cuyos descendientes recibieron las bendiciones excepcionales del Mensajero de Dios.

En efecto, mientras que los Compañeros visitaban la casa del Profeta (a.s.s.) para pedirle la mano de su hija Fatima az-Zahrâ', en razón de la posición sublime que ocupaba según el criterio del Mensaje, su padre rechazaba toda petición de matrimonio que se le dirigía.

Cuando el Imam 'Alî (a.s.) supo como el Mensajero de Dios (a.s.s.) rechazaba a los pretendientes, uno tras otro, decidió pedir la mano de Fátima (a.s.). Antes de ir a ver al Profeta (a.s.s.), para comunicarle su deseo de desposar a Fátima (a.s.), el arcángel Gabriel (a.s.) había ido a visitar al Profeta (a.s.s.) para anunciarle la orden de Dios que decretaba que Fátima (a.s.) se casara con 'Alî (a.s.). Esta orden divina había sido revelada al Profeta (a.s.s.), según al-Tabari, en estos términos: "¡Oh Muhammad!, Dios, te saluda y te anuncia lo siguiente: "He casado a tu hija Fátima con 'Alî ibn Abi Taleb en el "mundo sublime" (al-Yabarut), cásala tú en el mundo terrestre (al-Mulk)". [5]

Cuando el Imam 'Alî (a.s.) llamó a la puerta del apartamento de Um Salama, en el que se encontraba el Profeta, éste le dio permiso para entrar y le invitó a sentarse junto a él, entonces le dijo: "Veo que vienes a pedirme algo. Dime lo que necesitas. Todo lo que me pidas será escuchado…"

Cuando el Profeta (a.s.s.) supo que 'Alî (a.s.) había venido a pedir la mano de su hija, una expresión de felicidad se dibujó en su rostro y fue a ver a Fátima (a.s.) para ponerla al corriente de la noticia. Este acontecimiento daba comienzo a una forma de fijar un uso islámico, según el cual el matrimonio

[5] Muhib ud-Din at-Tabari: Thajâi'r al-Oqbâ fi Manaqib Thawil Qurbâ. pág. 32, edición 1967

debía reposar en el consentimiento de ambas partes para fundar una familia unida por la cohesión, el amor y el acuerdo jurídico (contrato matrimonial).

El Profeta (a.s.s.) dijo a su hija: "'Alî Ibn Abi Taleb es un hombre del que conoces sus lazos de parentesco conmigo, sus buenos antecedentes y su fervor islámico. Él me ha pedido tu mano. ¿Que piensas tu?".

Una expresión de timidez afloró en su rostro. Ella guardó silencio. El Profeta (a.s.s.) miró su rostro y leyó en él un consentimiento manifiesto. El Enviado de Allah (a.s.s.) salió del apartamento repitiendo, desde el fondo de su corazón: "Allahu Akbar… su silencio es el signo de su consentimiento".

Entrando en casa de 'Alî (a.s.), le preguntó: "¿posees algo para ofrecerlo como dote?". Con esta pregunta, quería dejar a la Umma un dictamen jurisprudencial según el cual el hombre debe ofrecer un obsequio (dote) de matrimonio a su mujer. El Imam 'Alî (a.s.) no poseía más que una espada, un camello y una coraza. Se lo hizo saber al Profeta (a.s.s.), el cual dijo: "En cuanto a tu espada, ella te es indispensable; por medio de ella llevas a cabo el Yihad y combates a los enemigos de Dios. Con respecto a tu camello, te sirve para llevar agua a tus palmeras, y a tu familia, y para llevar bultos durante tus viajes".

El Profeta (a.s.s.) le prohibió separarse de su espada y de su camello, sugiriéndole que vendiera su coraza, que era un regalo del Mensajero (a.s.s.), para protegerse de los golpes de sus enemigos.

El Imam 'Alî (a.s.) ofreció al Profeta (a.s.s.) el dinero que había podido obtener de la venta de su coraza para que comprara lo que era necesario para la celebración del matrimonio. El Profeta (a.s.s.) repartió el dinero entre Bilâl, Salmân y Um Salama y les encargó hacer las compras necesarias para el acontecimiento.

El Mensajero de Dios (a.s.s.) estaba deseoso de comunicar a los musulmanes el compromiso del Imam 'Alî (a.s.) y de Fátima az-Zahrâ' (a.s.). Invitó a algunos de sus próximos a asistir a la ceremonia de matrimonio y les dirigió estas palabras: "Alabado sea Dios, alabado por Su Bondad, obedecido por Su Poder (…). Dios me ha ordenado casar a Fátima, hija de Jadiya, con 'Alî, hijo de Abu Taleb. Sed testigos de que la he casado contra la dote de 400 piezas de plata, si ella consiente". Después ordenó que se sirviera un plato con dátiles e invitó a los asistentes a comerlos. Después de esto, 'Alî (a.s.) entró en casa del Profeta (a.s.s.) el cual le sonrió y dijo: "Dios me ha ordenado casar a Fátima contigo contra la dote de 400 piezas de plata, si tu consientes". 'Alî (a.s.) respondió: "¡Consiento!". El Profeta (a.s.s.) dijo entonces: "Quedáis

unidos por Dios (...) que Él os bendiga y que os haga engendrar una descendencia numerosa y buena".[6]

Cuando, un mes más tarde el Profeta (a.s.s.) supo que el Imam 'Alî (a.s.) deseaba consumar el matrimonio y comenzar la vida conyugal, le dijo que organizara un festín para los creyentes, de la preparación de éste se encargaron las mujeres del Profeta (a.s.s.). Después, el Mensajero de Dios (a.s.s.) ordenó a Um Salama, y a las otras mujeres, que condujeran a la desposada, en un cortejo nupcial, a la casa del Imam 'Alî (a.s.). Un grupo de creyentes, conducidos por el Profeta (a.s.s.), se formó para manifestar su felicidad al grito de ¡Allahu Akbar!. Las mujeres del Profeta (a.s.s.) cantaron himnos y mostraron su júbilo por la ocasión. Después de la ceremonia, el Profeta (a.s.s.) se acercó al Imam 'Alî (a.s.) para felicitarle en estos términos: "Que Dios te bendiga por la hija del Mensajero de Dios". Acto seguido tomó un recipiente de agua que bendijo con Palabras de Dios y pidió a 'Alî (a.s.) y a Fátima (a.s.) que bebieran de él. El Profeta (a.s.s.) enjugó su rostro y su cabeza con algunas gotas de esa agua y se dirigió a Dios por medio de una plegaria: ¡Dios Mío, éstos son las dos personas que más amo en Tu Creación. Bendice, pues, por mí su descendencia y custodiales por medio de un guardián de Tu parte. Yo los pongo, así como a su progenie, bajo Tu protección contra Satán el réprobo."[7]

Este matrimonio, querido por Dios y bendecido con amor y felicidad por el Profeta (a.s.s.), daría lugar, muy pronto, a un primer nacimiento que colmó de felicidad al Mensajero de Dios (a.s.s.).

En efecto, el primer descendiente de la Casa del Profeta (a.s.s.) nació a mediados del bendito mes de Ramadán, en el tercer año de la Hégira, en Medina.

Cuando Fátima az-Zahrâ' (a.s.) propuso al Imam 'Alî (a.s.) dar un nombre al niño, él le dijo que no podía anticiparse al Mensajero de Dios (a.s.s.) en esa tarea.[8]El Imam 'Alî (a.s.) sabía que el Profeta (a.s.s.) consideraba este primer retoño de su hija como su propio hijo y en que medida este nacimiento le tocaba el corazón.

La buena noticia llegó a oídos del Profeta (a.s.s.). Exultante de felicidad, fue a casa de su hija para expresarle su gozo y felicitar a la bendita pareja. Um Salama, o Asmâ bint 'Umays según ciertas fuentes, llevó el niño a presencia del Profeta (a.s.s.), el cual lo tomó en sus brazos, le besó y le estrechó contra su pecho. Después recitó el Adân (recitación que anuncia la Oración Ritual) en su oído derecho y la Iqâma (segunda recitación antes del comienzo de la

---

[6] M. al-Dîn al-Tabari, "Thajâ'ir al-'Oqbâ". op. cit. p. 30.
[7]Achi'ah Min Hayat al-Imam al-Hasan ibn 'Alî. Dar al-Tawhid. pag 13, citanto a al-Tabari op. cit.
[8] Mohammad-Jawâd Fadlullah "Sulh al Imam al-Hasan…". Dar al-Gadir, Beirut 1ª edición (1973) pag 14.

Oración Ritual) en su oído izquierdo, a fin de que la voz de la Verdad fuera la primera cosa que oyeran sus oídos.

Después, dirigiéndose al Imam ‘Alî, le preguntó:

- ¿Que nombre has dado a “mi” hijo?
- No habría osado precederte en este asunto, respondió el Imam ‘Alî.
- ¡Ni yo habría osado preceder a mi Señor¡ contestó el Profeta (a.s.s.)[9]

Este dialogo, entre el Profeta (a.s.s.) y su heredero (a.s.), no había aun terminado cuando la revelación divina llegó al Mensajero de Dios (a.s.s.) para informarle de que el Creador había llamado al niño “Hasan”. [10]

El séptimo día del nacimiento de al-Hasan, el Profeta (a.s.s.) volvió a casa de Fátima az-Zahrâ’ para completar los ritos. Degolló un cordero, de cuya carne dio un cuarto a la partera (además de un dinar) para agradecerle sus esfuerzos. Después rasuró la cabeza del niño y ofreció, como limosna, una cantidad de dinero equivalente al peso de los cabellos cortados. Después, ungió la cabeza del niño con perfume (llamado Jaluq) compuesto de azafrán (de esta manera quedaba abolida la costumbre pre-islámica de embadurnar la cabeza del recién nacido con sangre). Por último, ordenó que se le circuncidara.

El resto de rituales que el Mensajero (a.s.s.) practicó con ocasión del nacimiento de su nieto, pasarían a formar parte de las Tradiciones de los Musulmanes cuando se producía un nacimiento.

## EL AMOR DEL PROFETA POR AL-HASAN

Si el nacimiento de al-Hasan, y anteriormente el matrimonio de sus padres, habían sido dos ocasiones para el Profeta (a.s.s.) de fijar, a través de sus seres más queridos, Tradiciones para la Umma, el amor que continuará experimentando por su nieto durante los años que le quedaban de vida, le permitió legar a los musulmanes muchas otras líneas de conducta y aportar, a este último (al-Hasan), los primeros elementos indispensables para el equilibrio de la personalidad.

En efecto, el beso tierno y el dulce abrazo con los que el abuelo trató al niño el día de su nacimiento inauguran un período de más de siete años, en el curso de los cuales el Profeta (a.s.s.) no desperdiciará ninguna ocasión de

---

[9] “Thajâ’ir al-‘Oqbâ” at-Tabari, p. 120 op. cit. (citado por: “Achi’ah Min Hayât al-Imam al-Hasan Ibn ‘Alî”, Dâr al-Tawhid, Kuwait, 1ª ed. 1980, pag 14).

[10] “Ahl-l-Bayt – El Imam al-Hasan”, Tawfiq Abu ‘Alam, pag. 264, edic. 1970. Al-Mayâlis al-Saniyyah, tomo II, Sayed Muhsin al-Amin al-‘Âmilî.
El nombre al-Hasan era desconocido en el tiempo de yahiliya (época pre-islámica) y significa “el benévolo” (ver Fadhlullâh, op. cit. 14, citando “Asad al-Gabah).

mostrar su amor por al-Hasan, sus cuidados, su ternura, sus caricias y todo tipo de detalles de afecto.

Este amor y este afecto del Mensajero (a.s.s.) por el primer descendiente de la "Casa del Mensaje", fueron tan notorios y públicos que contrastaban con la actitud, generalmente, distante de un padre hacia su hijo en los ambientes beduinos de la época. Así, un día, un beduino viendo al Profeta (a.s.s.) besar, estrechar contra su pecho y olisquear[11] al pequeño al-Hasan, le dijo: "¡Yo también tengo un hijo! Pero nunca lo he besado". El Mensajero (a.s.s.), indignado por esta expresión, respondió: "No es mi problema si Dios ha quitado la misericordia de tu corazón".[12]

Se diría que cada vez que el Profeta (a.s.s.) dejaba desbordar sus sentimientos de afecto hacia su nieto, ante los visitantes o los Compañeros, era como si quisiera transmitir un mensaje o una enseñanza a los musulmanes. Los siguientes ejemplos confirman lo dicho anteriormente:

1.- Según Abu Huraira, citado por el imam Ahmad: Un día el Profeta (a.s.s.) nos recibió llevando a al-Hasan y a al-Husein, cada uno sobre sus hombros y besándolos alternativamente. Cuando llegó a nuestra altura, un hombre le dijo: "¡Por Dios, tú los amas verdaderamente, oh Mensajero de Dios!". El Profeta (a.s.s.) respondió: "Aquel que los ama me amará y quien los deteste me detestará".[13]

2.- Según al-Barâ' (citado por al-Bujâri y Muslim): "Vi al Mensajero de Dios llevar a al-Hasan sobre sus hombros diciendo: "¡Oh Dios Mío! Yo le amo, ámalo Tú también". [14]

3.- Siempre según al-Barâ' (citado por al-Tarmadi): "Un día, viendo a al-Hasan y a al-Husein, el Mensajero de Dios (a.s.s.) dijo: ¡Oh Dios Mío! Yo les amo, ámalos Tú también". [15]

4.- Según 'Aisha: "El Profeta (a.s.s.) tomó a al-Hasan y lo estrechó contra su pecho diciendo: "¡Dios Mío, éste es mi hijo, yo le amo y amo a quien le ame!".[16]

5.- Según Osâma Ibn Zayd, citado por al-Tarmadi: "Vi al Mensajero de Dios (a.s.s.) llevar a al-Hasan y a al-Husein sobre sus caderas, diciendo: Éstos

---

[11] Ibn Kathir, citando a Anas Ibn Mâlik, escrito en "Istichhâd al-Husein", pag. 138: El Profeta decía: "Traedme a mis dos hijos (al-Hasan y al-Husein). Luego los olisqueaba y los estrechaba contra su pecho".
[12] Según al-Wasâil, citando al Imam as-Sadiq: "Cuando un hombre dijo al Profeta: "yo no he besado jamás a ninguno de mis hijos", el Profeta dijo cuando el hombre se fue: "para mi, este hombre forma parte de los habitantes del Infierno". capt. 90, hadiz 2.
[13] Citado por Ibn Kathir, "Istichhâd al-Husein", pag. 138.
[14] Ver: "…Al-Imam al-Hasan Ibn 'Alî", Dâr al-Tawhid, op. cit. pag. 19
[15] Citado por Ibn Kathir, "Istichhâd al-Husein", op. cit, pag. 139.
[16] Citado por muchas fuentes, entre otras: "al-Fusûl al-Muhimmah" de Idris al-Cabbâg al-Mâliki.

son mis dos hijos y los dos hijos de mi hija. ¡Yo les amo!. ¡Ámalos y ama a quien les ame!. [17]

Como se puede ver, a través de estos testimonios y los que seguirán, el Profeta (a.s.s.) amaba de tal manera a al-Hasan que no podía resistir el deseo de jugar con él, en privado o en presencia de extraños al círculo familiar. Para captar su atención y divertir al pequeño al-Hasan, sacaba su lengua, cuya rojez hacía reír al niño, y le llevaba a acercarse feliz hacia su abuelo, el cual, emocionado, lo estrechaba contra su pecho y decía: "Yo le protejo, por medio de Palabras Divinas, contra todo Satán, contra todo pájaro de mal agüero y contra todo mal de ojo".[18]

Ya'lâ Ibn Marrah da el siguiente testimonio: Un día, habíamos salido con el Profeta (a.s.s.) para ir a una invitación. A medio camino, el Profeta (a.s.s.) vio a al-Hasan que estaba jugando, corrió hacia él, abrió sus brazos y tomó al niño en ellos, divirtiéndose con él y haciéndole reír. Terminó por cogerle, poniendo una de sus manos sobre su cuello y la otra sobre su cabeza. Después le estrechó contra su pecho y le besó, después dijo: "Hasan es mío y yo soy de él. Dios amará a quien ame a al-Hasan". [19]

Aun cuando el Profeta (a.s.s.) se encontraba en pleno deber religioso o en alguna reunión pública, evitaba contrariar a su nieto y privarle de su afecto, como si quisiera hacer ver a la Umma que este afecto no era, solamente, un asunto personal. Así, un día, mientras que el Mensajero de Dios (a.s.s.) hacía una prédica desde el mimbar y vio a al-Hasan y a su pequeño hermano al-Husein dirigirse hacia él, sorteando a los asistentes y pisándose sus largas camisas que entorpecían sus pasos, interrumpió su alocución y descendió del mimbar para ponerlos sobre sus rodillas. Dirigiéndose al auditorio, dijo, como para excusarse: "Ciertamente, Dios y Su Mensajero han dicho la verdad: **"…vuestros bienes y vuestros hijos constituyen una tentación para vosotros…"** (Corán 8:28). Y añadió: "Pero viendo a estos dos niños caminar hacia mí, no he podido más que interrumpir mis palabras para tomarlos en mis brazos." [20]

Al-Hasan, se sentía muy mimado y consentido por su abuelo, no se privaba del placer de ir a jugar con él, aun en momentos delicados de recogimiento y de culto. Subía, por ejemplo, sobre la espalda del Profeta (a.s.s.) en el momento de la prosternación (suyûd). El Mensajero (a.s.s.) le dejaba hacer hasta que el niño descendía. Más todavía, durante una inclinación (rukû'), viendo que el niño intentaba pasar entre sus piernas, las abría para

---

[17] Citado por M. J. Fadhlallah, op. cit. pag. 17.
[18] Citado por "Al-Hasan Ibn 'Alî…" Kâmil Sulayman, Dâr al-Kitâb al-Lubnâni, 1979.
[19] "…al-Imam al-Hasan", Dâr al-Tawhid, op. cit. pag. 20, citando muchas cadenas de transmisión.
[20] Ver Ibn Kahir: "Istichhâd al-Husein", op. cit. pag. 139. Este hadiz es referido por el imam Ahmad, citando a Burayda, citando a su padre.

dejarle pasar. A veces, cuando plegaba las rodillas para prosternarse, al-Hasan se subía sobre su espalda. Si alguien intentaba bajarlo, el Profeta (a.s.s.) le indicaba que se estuviera quieto.[21]

Los Compañeros se extrañaban, a menudo, de este trato fuera de lo común que el Profeta (a.s.s.) dedicaba a su nieto y del apego excepcional que experimentaba por él, y no dejaban de hacérselo notar. El Mensajero de Dios (a.s.s.), aprovechaba siempre la ocasión para hacerles ver el lugar, tan sumamente particular, que al-Hasan ocupaba en su corazón y la necesidad para los musulmanes de tenerlo en cuenta. Según Abu Bakr, citado por al-Hâfidh Abi Na'îm: "Un día, mientras que el Profeta (a.s.s.) dirigía la oración ritual, al-Hasan, siendo un niño todavía, se subió a su cuello y a su espalda. El Profeta (a.s.s.) lo quitó de encima con suma dulzura. Cuando terminó de dirigir la oración ritual, los asistentes dijeron: "¡Oh Mensajero de Dios! Lo que haces por este niño, no lo haces por ninguna otra persona". El Profeta (a.s.s.) respondió: "Este niño es mi ramo de flores". [22]

Si el amor sin igual del Profeta (a.s.s.) por su nieto se expresaba tanto por besos, como por caricias, como por todo tipo de mimos; también lo hacía por medio de un alimento espiritual consistente, como lo hemos visto anteriormente, en súplicas que dirigía a Dios en su favor, o por medio de fórmulas sagradas que le susurraba al oído. Este amor, el Mensajero de Dios (a.s.s.) lo expresaba, otras veces, por gestos paternales o por otros más palmarios, por ejemplo, mojando con su saliva los labios de al-Hasan para extinguir o calmar su sed. Así se produjo un día del "Año de la Sed" cuando Fátima az-Zahrâ' (a.s.) angustiada por el sufrimiento de sus dos hijos, aquejados de deshidratación, los llevó a presencia de su abuelo, el cual a falta de otra cosa los ofreció su lengua para que la chuparan y así poder calmar su sed.

Este gesto muestra, por otra parte, otro detalle del gran afecto del Profeta (a.s.s.) por al-Hasan. En efecto, si una inmensa alegría dilataba el corazón del Profeta (a.s.s.) cada vez que veía a su nieto contento, una inmensa tristeza le rompía el corazón cada vez que veía al niño sufrir. Por eso, cada vez que escuchaba a al-Hasan, o a su hermano llorar, llamaba a Fátima az-Zahrâ' (a.s.), diciéndole: "¿Por qué llora el niño? ¿No sabes que me es muy penoso verle llorar?" [23]

Por otra parte, el Profeta (a.s.s.) se sentía tan apegado a su nieto que llevaba mal separarse de él cuando las circunstancias de la difusión del Mensaje exigían que se ausentara durante un tiempo. Así, no dudaba en llevar con él a al-Hasan, y a su hermano, al menos durante sus cortos

---

[21] Kâmil Sulayman, op. cit. pag. 21
[22] "…al-Imam al-Hasan Ibn 'Alî", Dâr al-Tawhid, op. cit. pag. 19, citando muchas fuentes.
[23] 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd: "Al Abqariyyât al-Islamiyyah, tomo II, pag. 315.

desplazamientos, llevándolos en su montura, uno delante de él, el otro detrás, evitando así que no le faltara su compañía, ni a los niños la compañía de su abuelo.

Los mimos que al-Hasan recibió por parte de su abuelo, eran tan frecuentes que quedaron grabados en la memoria de todos aquellos que tuvieron el privilegio de frecuentar al Profeta (a.s.s.). Así, Abu Huraira encontrándose un día con al-Hasan, tiempo después de la desaparición de su abuelo, le abordó y le dijo: "Déjame besarte allí donde yo he visto al Mensajero de Dios (a.s.s.) besarte", y le besaba en el ombligo, y Abu Huraira continua: "He visto con mis propios ojos a al-Hasan tomar con sus manos las del Profeta (a.s.s.) y poner sus pies sobre los del Enviado (a.s.s.) y yo he escuchado, con mis propios oídos, al Profeta (a.s.s.) recitarle esta canción de cuna: "Pequeño enanito, pequeño enanito…"; después de eso al-Hasan se encaramaba al cuerpo del Profeta (a.s.s.) hasta que posaba sus pies en el pecho de su abuelo, el cual le besaba en la boca".

# EL IMAM AL-HASAN EN LA SUNNA Y SU LUGAR EN EL CORAN

## A) LA PRESENCIA DEL PROFETA EN LA PERSONA Y LA PERSONALIDAD DE AL-HASAN

El Mensajero de Dios (a.s.s.) estuvo pendiente de al-Hasan, con sus ojos y con su corazón, porque el niño ere un pedazo de su existencia, una luz de su alma y una imagen que le describía y le expresaba. Lo cubrió de un amor y de una ternura tales que se convirtieron en pureza, que le despojó de toda tendencia a la brutalidad, de la que se derivó la clemencia, la cual fue una de sus cualidades más sobresalientes y la filantropía lo más sublime de sus sentimientos.

M.J. Fadhlallah [24]

Al- Hasan perdió a su abuelo a la edad de 8 años. El Profeta (a.s.s.) solo pudo tener cuidado de su nieto durante su primera infancia. Pero la presencia activa del Mensajero (a.s.s.), a lo largo de esta fase tan importante de su educación, jugó un papel primordial en la formación de su fuerte personalidad, en la nobleza de su carácter, y en la perfección de su conducta islámica. En efecto, la pasión, el afecto y la ternura, casi anacrónicas para la época, que el Profeta (a.s.s.) manifestaba hacia al-Hasan eran no solo una simple expresión del amor natural que un abuelo siente por su primer "hijo" o descendiente, sino que ello suponía, sobre todo, la voluntad del Mensajero (a.s.s.) de asegurar, a al-Hasan, una educación ejemplar.

[24] "Sulh al-Hasan…", op. cit., pag,

Se puede decir, a este respecto, que mucho antes de los psicólogos y educadores modernos, el Islam había llamado la atención sobre la importancia de la primera infancia en la formación y equilibrio de la personalidad del individuo, de una parte, y, de otra parte, sobre las necesidades afectivas del niño. Es suficiente echar una ojeada a los hadices el Profeta (a.s.s.), y de sus sucesores, los Imames de Ahlul-Bayt, relativos a este asunto, para convencerse de ello. Pero lo que nos importa aquí, es notar que al-Hasan fue el primer niño en recibir una educación islámica perfecta, durante esta fase, puesto que es el Profeta del Islam, quien fija, orienta y dirige las grandes líneas de su educación.

En efecto, cuando se pasa revista a los preceptos del Islam, relativos a esta fase de la educación del niño, se puede constatar que son tres las grandes líneas que se pueden destacar y que la aplicación de éstas aparece, de una forma evidente, en el comportamiento del Profeta (a.s.s.) con respecto a su nieto:

1º.- La primera es una fase durante la cual, el niño debe estar rodeado de ternura, de amor y de caricias. Da testimonio de ello, entre otros, esta observación que el Profeta (a.s.s.) había hecho a propósito de un beduino que se jactaba de no haber besado, jamás, a sus hijos: "Para mí, dijo el Mensajero, este hombre forma parte de los habitantes del Infierno".[25] Y para traducir su palabra en acto, hemos visto de qué manera el Profeta (a.s.s.) se daba a acariciar y besar a al-Hasan cada vez que el niño se encontraba en su presencia.

2º.- Esta es una fase de juego, durante la cual el niño debe ser animado en su deseo natural de jugar. El Profeta (a.s.s.) dijo a este propósito: "Quien tiene un hijo debe "rejuvenecer" por él".[26] Pasando de la palabra al acto, el Profeta (a.s.s.), como lo hemos visto, no vacilaba en sacar la lengua o jugar al camello, para divertir a al-Hasan.

3º.- Esta es una fase durante la cual conviene evitar, tanto como sea posible, contrariar al niño en sus deseos inocentes, en aras de enseñarle el decoro y la decencia. En efecto, el Profeta (a.s.s.), dijo a este respecto: "El niño es señor (aquel que no recibe órdenes) durante los siete primeros años (de su vida) y esclavo (el que recibe órdenes y debe obedecer) durante los siete años siguientes".[27] Aquí encontramos la aplicación perfecta del primer término de éstos principios en la conducta del Profeta (a.s.s.) con respecto a su nieto, puesto que él rechazaba que se impidiera al niño subirse a su espalda cuando

[25] "Al-Wasâ'il" cap. 83, hadiz nº 4, citado por la revista trimestral "Al-Fajr", nº3, 1404 de la Héjira, nota 2, cap. 2º.
[26] "Al-Wasâ'il", cap. 63. Hadiz 1.
[27] "Al-Wasâ'il", cap. 82, hadiz 3, citado por la revista trimestral "Al-Fajr", página 50.

rezaba, o venir a sentarse sobre sus rodillas mientras que se encontraba en una asamblea pública.

Pero si el niño no está dispuesto a recibir instrucción durante esta fase, por el contrario es receptivo a los gestos, a las palabras y a la conducta de aquellos que saben colmarle con su amor y su ternura. Nada más normal desde ese momento, que remarcar cuanto (la conducta de al-Hasan) y sus rasgos de carácter estaban impregnados de las huellas de su abuelo y como quedó marcado por el recuerdo del Profeta (a.s.s.), grabado en su memoria, a todo lo largo de su vida. Las referencias frecuentes al Profeta (a.s.s.) ("Mi abuelo, el Mensajero de Dios ha dicho esto… mi abuelo el Mensajero de Dios ha dicho aquello…") con las que apoyaba sus palabras y sus actos son, a este respecto, muy significativas.

Aparte las cualidades morales que recibió del Profeta (a.s.s.) durante su primera infancia, al-Hasan tenia, igualmente, de su abuelo, por herencia, sus principales rasgos físicos. Así, habiendo acumulado, por herencia y por educación, la mayor parte de los caracteres físicos y morales de su abuelo, su persona y su personalidad transmitían a los Compañeros, y a los musulmanes en general, la viva imagen el Profeta (a.s.s.). Esta imagen dice bastante sobre la posición que al-Hasan ocupará en el conjunto de la Umma, para el resto de su vida. Los testimonios que a continuación se reproducen nos permiten hacernos una idea más concreta de ésta imagen y de ésta posición:

- Según al-Ghazâli (en Al-Ahyâ'):[28]

"El Profeta (a.s.s.) dijo a al-Hasan: Tú te pareces a mí en el carácter".

- Según al-Mufid (en Al-Irchâd):[29]

"Al- Hasan se parecía más que nadie en la fisonomía, la conducta y la grandeza al Profeta".

- Según Ibn Mâlik:[30]

"Nadie se parecía tanto al Mensajero de Dios como al-Hasan Ibn 'Alî".

- Según al-Madâ'inî:[31]

"Al-Hasan Ibn 'Alî, hijo mayor de 'Alî, era un Sayed (noble descendiente del Profeta; señor), generoso y clemente; el Mensajero de Dios la amaba profundamente."

---

[28] Citado por "…Al-Imam al-Hasan…", Dâr al-Tawhid, op. cit. pag. 20 citando muchas fuentes de hadiz Sahih, entre ellas: "Al-Fusûl al-Muhimmah" de Ibn al-Sabbagh al-Malikî y "A'lâm al-Warâ", de al-Tabarsi.
[29] Citado por M.J. Fadhlallah, op. cit. pag. 18.
[30] Obra citada.
[31] Obra citada, pag 16.

- Según Ibn Hayar al-Haythami (en sus Sawâ'iq):[32]

"Al-Hasan (rahimahu Allah) era un Sayed generoso, clemente, dulce, prestigioso, respetable, de gran generosidad y muy alabado."

- Según Wâsil Ibn 'Atâ':[33]

"Al-Hasan Ibn 'Alî tenía los rasgos (características) del Profeta y el prestigio de los reyes."

- Según Al-Tabarsi (en 'Alâm al-Warâ):[34]

"Nadie, después del Profeta, obtuvo el grado de honorabilidad que tuvo al-Hasan Ibn 'Alî: cuando salía a la puerta de su casa, todo se detenía y nadie osaba pasar delante de él. Al-Hasan se daba cuenta de ello, entraba en su casa y la gente retomaba su camino."

- Y (al-Tabarsi) añadía[35]: Mahmud Ibn Ishâq cuenta:

"Yo le vi un día en el camino de la Meca. Cuando descendió de su montura y se puso a caminar, nadie osaba hacer lo mismo. Yo vi al mismo Sa'ad Ibn Abi Waqqas (uno de los primeros compañeros del Profeta) bajar de su caballo y caminar a su lado."

- Este mismo Ishâq nos deja adivinar, por medio de otro testimonio, cuan carismática era la personalidad de al-Hasan:

"De todos aquellos que tomaban la palabra en mi casa, nadie suscitaba en mí, como al-Hasan Ibn 'Alî, el placer de escucharle y el deseo de dejarle hablar indefinidamente. Jamás le escuché pronunciar una palabra grosera."[36]

Era también una personalidad que imponía respeto hasta a los más notables compañeros del Profeta (a.s.s.), tanto es así que hasta el mismo Ibn 'Abbas, este viejo compañero que destacaba por su prestigio y su posición privilegiada cerca del Profeta (a.s.s.), no dudaba en sujetar el estribo de la montura para el Imam al-Hasan, cuando éste quería subir a su caballo.[37]

Y cuando se sabe que el mismo Abu Hurayra se dirigía a al-Hasan como "mi maestro", a pesar de la gran diferencia de edad que separaba al compañero y al nieto del Profeta (a.s.s.), se comprende de qué forma el primer hijo de la "Casa del Mensaje" era venerado por la Umma.

---

[32] Obra citada.
[33] Obra citada, pag. 17.
[34] Obra citada.
[35]Obra citada.
[36] Citado por Kâmal Sulaymân, op, cit. pag. 47.
[37] Obra citada.

Solo queda por decir que el respeto que inspiraba la personalidad de al-Hasan se refuerza por el prestigio de sus antepasados. El segundo califa, ‘Omar Ibn al-Jattab, decía que nadie, ni siquiera su propio hijo, podía igualarse a al-Hasan, en cuanto a la nobleza de su ascendencia. En efecto, según algunos relatos, un día, cuando distribuía dinero a los musulmanes, ‘Omar Ibn al-Jattab dio a al-Hasan y a su hermano al-Husein, 10.000 dirhams, a cada uno, mientras que a su propio hijo ‘Abdullah no le dio más que 1.000 dirhams; éste último se sintió herido por la conducta de su padre y dijo con amargura: “Tú conoces mi antigüedad en el Islam… ¿Como has podido preferir a estos dos muchachos en lugar de a tu propio hijo?”. Inmediatamente, su padre, replicó encolerizado: “¡Ay de ti, Oh ‘Adullah! ¿Acaso pretendes tener un abuelo como el suyo, un padre como el suyo, un tío materno como el suyo, una tía materna como la suya, un tío paterno como el suyo, una tía paterna como la suya?. ¡Su abuelo era el Mensajero de Dios!. Su padre es ‘Alî, su madre es Fátima, su abuela es Jadiya, su tío materno es Ibrâhim, sus tías maternas son Zaynab, Ruqaya y Um Kultum, su tío paterno es Ya’far Ibn Abi Talib, su tía paterna es Um Hâni, hija de Abu Talib.”[38]

## B) Y SU LUGAR (el de Ahl-l-Bayt) EN EL CORAN

Además, si los primeros compañeros del Profeta (a.s.s.) tenían a su nieto en tanta estima es porque sabían que éste formaba parte de los raros privilegiados cuya virtud y pureza son atestiguadas en el noble Corán. En efecto, según un hadiz auténtico y sano (referido, entre otros, por: Muslim en su “Sahih”, al-Tirmidhi en su “Sahih”, an-Nisâ’i en “al-Jasâ’is”, al-Tabari en su “Tafsir”):[39]el Profeta cubrió un día a ‘Alî, Fátima, al-Hasan y a al-Husein con un mato y dijo: “¡Oh Dios mío. Esta es la gente de mi casa! Aleja de ellos la impureza y purifícalos totalmente”. Y es para aceptar esta petición del Profeta (a.s.s.) que Dios hizo descender el famoso **“Versículo de la Purificación” (Corán 33:33)** anunciando la pureza de los Ahlu-l-Bayt y su despojamiento de toda impureza.

Según al-Samhudi[40] y según el imam Ahmad Ibn Hanbal (citando a Anas):[41]El Profeta (a.s.s.) venía cada mañana a la puerta de la casa de ‘Alî, Fátima, al-Hasan y al-Husein, y, abriendo las dos puertas, decía tres veces “a la oración”, y recitaba el versículo coránico (precitado)”.

Hay otro versículo coránico que atestigua el lugar privilegiado del Imam al-Hasan cerca de Dios: se trata del versículo de Mubahala: **“Si alguien te contradice, después de que has recibido la ciencia, di: “¡Venid! Llamemos**

---

[38] Obra citada, pag. 54.
[39] Para más detalles ver la obra “Fadhâ’il al-Jamsa Fi-l Sihâh as-Sittah”, de al-Fayruzâbâdi.
[40] Citado por ‘Abbas Mahmud al-‘Aqqâd, en “Al-‘Abqariyyât al-Islamiyya”, Dâr al- Kitâb al-Lubnani, Beirut, pag. 314.
[41] Citado por Ibn Kathir, “Istichhâd al-Husein”, Matba’at al-Madani, el Cairo, pag. 138.

**a nuestros hijos y vuestros hijos, a nuestras mujeres y a vuestras mujeres, a nosotros mismos y a vosotros mismos. Entonces haremos una execración recíproca e invocaremos una maldición de Dios sobre los mentirosos."(Corán 3:61)**.

Los intérpretes del Corán afirman que este versículo fue revelado cuando los jefes cristianos de la iglesia de Nahrân, habiendo entablado una discusión con el Profeta (a.s.s.) sobre la religión, se empeñaron en recusar sus argumentos irrefutables. Según al-Baydhâwi al-Sinni al-Ach'ari[42] interpretando este versículo dijo: "El Profeta llevaba a al-Husein en brazos, a al-Hasan de la mano, Fátima caminaba detrás de él y 'Alî detrás de Fátima, entonces les dijo: "si yo invoco a Dios, decid "Amin". Observando esta escena, el arzobispo de los cristianos dijo: "¡Oh Cristianos! Veo rostros que, si pidieran a Dios que moviera una montaña, Él lo haría. No invoquéis la execración, de lo contrario pereceríais todos". Acto seguido consintieron en pagar el tributo legal al Profeta…" En este versículo, como se puede constatar, al-Hasan y al-Husein son designados como "nuestros hijos", el Profeta (a.s.s.) y 'Alî por "nosotros mismos" y Fátima por "nuestras mujeres", considerándola como la representación de todas las mujeres musulmanas.

## DEL PROFETRA A SU CONTINUADOR, EL IMAM 'ALÎ

Al-Hasan, debe esta personalidad prestigiosa y este lugar privilegiado, en el seno de la Umma, no solamente al aporte educativo directo del Profeta (a.s.s.), limitado a los siete primeros años de vida, sino también y sobre todo, a la continuidad de esa educación, continuidad asegurada por la presencia del Imam 'Alî durante todas las fases del desarrollo de su personalidad. Si en la primera infancia de al-Hasan (donde la educación consiste en proporcionarle un medio sano y un clima de amor, de ternura y de tolerancia en el cual evoluciona el niño) el Profeta (a.s.s.) y Fátima az-Zahrâ' formaban, con el Imam 'Alî, este medio y aseguraban este clima; a partir de su segunda infancia, que coincidió con la muerte de su abuelo y de su madre (con ocho meses de diferencia) y donde comienzan las fases de aprendizaje y de adquisición de conocimientos, el Imam 'Alî será su principal maestro y educador y vigilará su formación y el perfeccionamiento de su personalidad y de su experiencia hasta la edad de 37 años.[43] Por lo tanto, que mejor maestro y que mejor continuador de la obra educativa del Profeta (a.s.s.) que aquel de quien el Mensajero de Dios (a.s.s.) dijo: "Yo soy la ciudad de la ciencia, 'Alî es la puerta", aquel que fue educado por el mismo Profeta (a.s.s.), en la "Casa de la Revelación", aquel

[42] "Al-Tafsir al-Mubîn, Muhammad Yawâd Mughniyeh, Dâr al-Yawâd, 2ª ed. 1403 (1983), Beirut, pag. 72
[43] Cuando el Imam 'Alî murió, el Imam al-Hasan tenía 37 años.

a quien “no tenía nada que ocultar de los secretos del Mensaje”: “Vosotros conocéis mi parentesco con el Mensajero (a.s.s.) y mi posición cercana a él”, recordaba el Imam ‘Alî, y continuaba: “Él me ponía en su regazo cuando yo era pequeño. Me estrechaba contra su pecho, me acostaba en su cama, me hacía tocar su cuerpo y sentir su olor. Mascaba los alimentos antes de metérmelos en la boca. Nunca me oyó mentir, ni me vio jamás cometer una falta en mis actos. Cada día me enseñaba aspectos de su moral y me ordenaba seguir su ejemplo. Cada año él me llevaba a Herâ (la gruta del Monte Herâ, donde el Profeta (a.s.s.) se retiraba para recibir la revelación), donde le veía como nadie tenía el privilegio de verle. En esos momentos, el Islam reunía bajo un mismo techo, el Mensajero, (a.s.s.) Jadiya y yo que era el tercero. Yo veía la luz de la Revelación y la del Profeta y yo sentía el soplo de la Profecía”.[44]

No habrá, por lo tanto, ninguna ruptura en la educación profética del Imam al-Hasan tras la muerte de su abuelo. Lo que el Profeta (a.s.s.) no tuvo tiempo de acabar (en la educación del Imam al-Hasan) el Imam ‘Alî lo hará con la misma competencia y pertinencia con la que él fue educado y formado por el Mensajero (a.s.s.) y con el saber que había adquirido bajo su dirección. Así, el “Espíritu del Mensaje” y el “Soplo del Profeta” continuarán enriqueciendo la personalidad de al-Hasan y perfeccionando su formación en vías de asegurar la sucesión en la Dirección de la Umma, después de la muerte del Imam ‘Alî. Entre la muerte del Profeta (a.s.s.) y la del Imam ‘Alî, pasaron una treintena de años durante los cuales el Imam al-Hasan estará siempre al lado de su padre en la dirección del Estado islámico, y tendrá ocasión de abrevar en el inmenso conocimiento islámico de su padre, de manifestar sus cualidades, transmitidas por el Profeta (a.s.s.), o adquiridas en la cercanía de su padre y de participar en los asuntos relativos a la dirección del Estado islámico.

## BAJO EL CALIFATO DE ABU BAKR Y DE ‘OMAR

Bajo el Califato de Abu Bakr y de ‘Omar, donde al-Hasan pasó su segunda infancia y su adolescencia, los historiadores pasan, a menudo, de puntillas sobre las relaciones entres estos dos compañeros y el nieto del Profeta (a.s.s.). Sin embargo, como hemos podido ya darnos cuentas, tanto el primero como el segundo califas, expresaron, en diversas ocasiones, su estima por aquel que evocaba, en ellos, el recuero del Profeta (a.s.s.) y recordaba a la Umma el lugar privilegiado que ocupaba en la proximidad del Mensajero de Dios (a.s.s.).

## BAJO EL CALIFATO DE ‘OTHMÂN

Fue, sobre todo, a partir del Califato de ‘Othmân que al-Hasan, ya maduro y superando la veintena, comenzó a dar la medida de su personalidad

[44] Nahy al-Balaga, citado por M. Bâqir as-Sadr en “El Chiismo, prolongación natural de la línea del Profeta” (titulo en árabe: “Bahthun Fi-l-Wilâya). pp 63-64.

y a presentar los signos de un futuro digno sucesor del Mensajero (a.s.s.). Día tras día, los principios y las cualidades que le habían transmitido e inculcado su abuelo y su padre eran cada vez más evidentes. Aureolado del prestigio del Profeta (a.s.s.) e impregnado del conocimiento, de la elocuencia y del coraje del Imam ‘Alî, conquistó, rápidamente, un lugar destacado en las primeras filas de los compañeros y de las grandes figuras de la Umma. Gran conocedor de la Shari’a, espíritu juicioso, combatiente y defensor intransigente de la integridad del Mensaje y de la Sunna del Profeta (a.s.s.), participó, con sus actos y sus opiniones, en los asuntos del Estado islámico y en la defensa de su unidad y de su integralidad. Además de estar presente en las reuniones del Califa, no dejó de comprometerse con los ejércitos islámicos que se aprestaban a atravesar el Magreb y la lejana África para ayudar en las necesidades de la causa islámica.

En diversas ocasiones, el Imam al-Hasan mostró en presencia de ‘Othmân y de los altos dignatarios de la Umma que era un hombre de Ichtihad (juicio personal, deducido de los preceptos de la Shari’a) y que tenía mucho que decir sobre los grandes asuntos del Estado islámico. Tampoco ocultaba su descontento con ciertos personajes del entorno de Califa, tales como los ex Tulaqâ que, a menudo, traspasaban las normas de la Shari’a.

Pero esta preocupación por preservar al Islam de todo lo que constituye un atentado a la moral islámica, no impedía a al-Hasan manifestar, bajo la tutela de su padre, y desde los primeros años de su madurez, otra preocupación mayor: salvaguardar la unidad del Islam. Pero su descontento, comprensible, con el entorno de ‘Othmân no le distraía de su deber de defender a éste último, Califa oficial de los musulmanes y símbolo de su unidad, y de serle fiel, presto a sacrificarse para protegerle contra las masas de contestatarios que, exasperados por la corrupción prolongada del gobierno, se aprestaban a atentar contra su vida.

Así, desde el primer momento en que se desencadenaron los disturbios que iban a desembocar en el asesinato de ‘Othmân, al-Hasan fue de los pocos Mediníes que se batieron contra los rebeldes.

Cuando, posteriormente, ‘Othmân se vio asediado, escribió al Imam ‘Alî para informarle de la gravedad de su situación; éste, a pesar de su malestar con el Califa, envió a al-Hasan a la cabeza de un grupo de sus partidarios, con armas y pertrechos, ordenándoles que guardaran la casa del Califa. Dirigiéndose a sus dos hijos, les dijo: “Tomad vuestras espadas y apostaros cerca de la puerta de la casa de ‘Othmân. Impedid que cualquiera pueda entrar”.[45] Así, al-Hasan y los suyos fueron los primeros en venir a socorrer al Califa asediado cuando el peligro comenzó a hacerse patente. Esta actitud suscitó el enfado de algunos compañeros que se quedaron con los brazos

[45] Kâmil Sulaymân. Ob. Cit. pag. 60

cruzados y a los que la situación obligó, entre ellos a Talha y al-Zubayr, a moviliza a sus hijos, para no ser acusados de falta de solidaridad.

Con la espada en la mano y equipado para el combate, al-Hasan entró en casa de ‘Othmân y le hizo saber su determinación de defenderle hasta el final. Éste último, tocado por esta buena intención, le dijo: “¡No, vuelve a tu casa! Espero que Dios decida sobre mi suerte”. Pero habiendo recibido de su padre la orden formal de no dejar a ‘Othmân, bajo ningún pretexto, al-Hasan se volvió hacia los sitiadores y cargó, junto a sus compañeros, para dispersarles. El Califa, siempre preocupado de no poner en peligro la vida de sus defensores, les dijo: “¡Por Dios, por Dios! Os libero de la obligación de defenderme. Quien crea que me debe obediencia, debe quedarse en su casa, porque éstos (los sitiadores) solo me quieren a mí”. Viendo a al-Hasan combatir a los sitiadores, a pesar de sus heridas, le suplicó: “¡Oh sobrino mío! Tu padre debe estar apenado. Te pido, por favor, que abandones esta lucha”.

Los sitiadores, habiéndose dado cuenta de la herida del nieto del Profeta (a.s.s.), y temiendo que esto provocara la movilización general de los Bani Hâchim[46] se alejaron momentáneamente.

El Califa, por su parte, se quedó en la casa y continuó requiriendo a los que venían en su auxilio para que se retiraran, lo que hicieron la mayor parte de ellos. En cuando a al-Hasan, ni su herida ni las exhortaciones de ‘Othmân pudieron disuadirle de su determinación en proteger al Califa. De esta manera, al-Hasan permaneció, con algunos notables, ante la puerta del Califa para bloquear el camino a los rebeldes. Éstos, queriendo evitar un enfrentamiento generalizado con los Hâchimies, acabaron por rodear la casa de ‘Othmân y optaron por escalar los muros de la misma. Cuando al-Hasan y su hermano se dieron cuenta de la maniobra de los asaltantes, entraron en la casa del Califa, pero quedaron consternados al encontrar a ‘Othmân asesinado.

## BAJO EL CALIFATO DEL IMAM ‘ALÎ

Cuando el Imam ‘Alî accedió al Califato, al-Hasan estaba ya en plena madurez y formaba parte de las grandes figuras de la Umma. Superando la trentena, había podido reforzar, con el paso de los años, su posición de primer descendiente del Profeta (a.s.s.), del Imam ‘Alî y de Fátima, por la adquisición de un saber inmenso y de una experiencia sólida, al lado de su padre, en todos los dominios de la vida islámica. Este saber y esta experiencia, tendrá la ocasión de ponerlos en práctica y de enriquecerlos aún más durante los cuatro años que durará el Califato de su padre, del que fue su brazo derecho y el segundo en el mando.

[46] El clan del Profeta (a.s.s.) y del Imam ‘Alî.

En efecto, si el Imam ‘Alî no cesó de prodigar a su hijo consejos y recomendaciones durante los últimos años de su vida, también le dejó, al mismo tiempo, libertad para evidenciar todas sus capacidades y competencias. Así, preocupado por preservar la vida de al-Hasan, para asegurar la sucesión en el Imamato, le tuvo a su lado durante todas las batallas que libró, desde al-Yamal hasta Nahrawân, pasando por Siffin, es decir, todas las batallas que libró contra los disidentes y secesionistas. Cuando tenía necesidad de enviar un mensajero o un representante a los musulmanes, para una misión importante, llamaba al Imam al-Hasan. El mejor ejemplo fue cuando le envió a Irak, a la cabeza de una alta delegación (en la que figuraban personalidades de primer orden, tales como ‘Ammar Ibn Yâssir, Qays Ibn Sa’ad, ‘Abdullah Ibn ‘Abbâs) cuando algunos disidentes (entre otros, Talha y al-Zubair) rechazaron someterse al Califato del Imam ‘Alî e iniciaron una revuelta contra su autoridad (esta revuelta fue aplastada en la batalla del Yamal, que tuvo lugar en el año 36 de la Héjira). Esta misión era muy delicada, pues se trataba de deshacer una maraña de mentiras abyectas, pérfidamente tramadas con el fin de hacer creer (a los musulmanes que se encontraban lejos del lugar donde se produjeron los acontecimientos) que el Imam ‘Alî habría tenido alguna responsabilidad en el asesinato de ‘Othmân. Y la situación era tanto más peligrosa cuanto que la experiencia islámica corría el riesgo de ser minada desde el interior, sobre todo después de que las secuelas de la Yahiliya (época pre-islámica) hicieran avanzar algunos de su peones en el tablero político. Al-Hasan tenía por misión, no solamente convencer a los Irakíes de que no se aliaran con la disidencia, sino también movilizarlos para defender al Califa legítimo y legal. El Imam ‘Alî sabía que tal misión requería la presencia de una personalidad convincente y que estuviera fuera de toda sospecha, y de una autoridad competente y digna de confianza. Designando a al-Hasan para cumplir esta tarea, el Imam ‘Alî sabía que su hijo poseía, más que cualquiera, las cualidades requeridas para esta misión.

Desde su llegada a Irak, al-Hasan se aplicó, primero a desarmar por medio de argumentos irrefutables a los elementos perturbadores y a los que sembraban dudas, contrarrestando su acción. Así, dirigiéndose a Abu Musa, le dijo: “¿por qué te afanas en lanzar a la gente contra nosotros? No hay nada que temer de un hombre irreprochable como Amir al-Mu’minîn, Imam ‘Alî”. Después, leyó desde lo alto del mimbar la carta que el Imam ‘Alî dirigía a los musulmanes: “Me encuentro entre posiciones encontradas: o bien soy injusto o soy víctima de la injusticia, o soy opresor u oprimido. Por consiguiente, pido a todo aquel a quien llegue esta carta que no quede indiferente a mi respecto. Si juzga que yo soy víctima de una injusticia, que venga en mi ayuda, y si me encuentra injusto, que me pida cuentas”. Después de la lectura de este mensaje, al-Hasan pronunció el siguiente discurso: “¡Oh Pueblo. Hemos venido a llamaros al Libro de Dios y a la Sunna de su Profeta (a.s.s.), a reuniros en torno al más competente de los jurisconsultos musulmanes, el más justo de los

que vosotros consideráis como justo, al más preferido de aquellos que vosotros preferís, al más fiel de aquellos a quien prestáis juramento de fidelidad, de aquel a quien el Corán no tiene nada que reprochar y que la Sunna no ha ignorado, de aquel cuyos antecedentes gloriosos no han apartado de los combates, de aquel de quien Dios y Su Mensajero están próximos: por la religión y por los lazos de parentesco (con el Profeta), de aquel que lleva a la gente hacia su beneficio, de aquel por quien Dios ha enriquecido a Su Mensajero mientras que la gente se apartaba de él: se acercaba a él cuando los demás se alejaban, rezaba con él, mientras que los demás huían, luchaba junto a él mientras que los demás le abandonaban, creía en él cuando le trataban de mentiroso; de aquel de quien ningún testimonio fue jamás refutado y del que ninguno de sus buenos antecedentes fue jamás recompensado! ¡Él os pide que le apoyéis, os llama a la justicia, os ordena que os dirijáis hacia él para solidarizaros con él y sostenerle contra los que ha violado el juramento de fidelidad que le había sido prestado, que asesinaron a sus piadosos compañeros, que profanaron los cadáveres de sus representantes, que saquearon el tesoro público! Que Dios os cubra con Su Misericordia. Seguid su ejemplo, ordenad el bien, prohibid el mal…"

Aunque al-Hasan sufriera ésos días, (tenía que apoyar su espalda en una columna cuando pronunciaba sus discursos) su enfermedad no había mermado, a penas, su combatividad en esos momentos, no menos cruciales, de la vigencia del Mensaje. Prosiguió su campaña de explicación y de movilización, multiplicando sus intervenciones públicas durante muchos días, sin dejarse vencer por los esfuerzos de desinformación y desmovilización llevados a cabo, pérfidamente y sin cesar, por los enemigos de la familia del Profeta (a.s.s.). Además de intentar impedir, manu militari, a los perturbadores el continuar contrariando su misión, su naturaleza dulce le llevaba a contar con la fuerza de su personalidad, su valentía, su elocuencia, su determinación y sus capacidades de convicción, para aniquilar los efectos de la acción maliciosa de Abu Musâ y los suyos. A lo largo de su campaña, se mostró digno de la confianza que había puesto en él el Imam 'Alî. Su determinación y su sentido del deber dieron buena cuenta de todos los obstáculos que se levantaron ante él. Habiendo terminado su campaña de explicación, se dirigió, por última vez, a los fieles para recordarles su deber de ir con él para unirse al ejército del Califa: "Debo partir. Podéis viajar bien conmigo o por vuestros propios medios, o bien por barco" La respuesta a su exhortación no se hizo esperar. Unos doce mil hombres respondieron a su llamada. Todos se dirigieron hacia donde estaba el ejército del Príncipe de los Creyentes, el Imam 'Alî, en Di-Qâr (sud-oeste de 'Iraq) por vía terrestre o por el rio Tigris.

Al-Hasan se afirmaba, días tras día, mucho más como una ayuda vigilante y consejero atento, escuchado por el Imam 'Alî, que como un simple hijo obediente, pasivo y ejecutor ciego de las órdenes y directrices de su padre

(lo cual no le impedía ser, totalmente, obediente al Imam ‘Alî, en tanto que Califa legal y en tanto que padre). Recorriendo los teatros de operaciones, juzgaba cada situación sobre el terreno y tomaba la decisión adecuada como representante plenipotenciario de su padre. Así, algunos días antes de la batalla de Siffin, habiendo percibido un atisbo de traición en Abu Musâ hacia el Imam ‘Alî, al-Hasan no dudó en destituirle sin contemplaciones diciéndole: “Apártate de nosotros y deja nuestra tribuna”, antes de escribir a su padre para informarle de los motivos de su iniciativa. El Imam ‘Alî no tardó en confirmar, y en oficializar, la medida tomada por su hijo. Envió a Qardhah Ibn Ka’ab al-Ansâri para reemplazar al destituido gobernador de Kufa.

Igualmente, cuando las fuerzas de Mu’âwiya se dirigían hacia Siffin para combatir al Califa legal, el Imam ‘Alî, y que este último reunía a sus combatientes para exponerles la situación, el Imam al-Hasan jugó un papel activo en la movilización de los musulmanes contra la agresión desviacionista, gracias a sus dotes oratorias y a sus argumentos irrefutables. [47] En fin, fue el Imam al-Hasan quien se las ingenió para calmar los espíritus cuando, en el curso de la batalla de Siffin, el campo del Imam ‘Alî se convirtió en el teatro de querellas intestinas a raíz de una estratagema engañosa que Mu’âwiya había urdido cuando constató la derrota de su ejército. En efecto, para escapar a la derrota que amenazaba a sus tropas, Mu’âwiya, conociendo los sentimientos religiosos que animaban al ejército el Imam ‘Alî, propuso pérfidamente que se detuviera el combate y que todo se remitiera al juicio del Corán, para reducir la diferencia que se había abierto entre los dos ejércitos. Una parte del ejército del Imam ‘Alî cayó en la trampa que le había tendido Mu’âwiya, aceptando su propuesta de designar dos árbitros, escogidos, cada uno, de entre los dos ejércitos, ‘Abullah Ibn Qays (llamado Abu Musâ al-Ach’ari) por el del Imam ‘Alî, ‘Amr Ibn al-‘Âs, por el de Mu’âwiya, y todo ello a pesar de las reservas y la opinión desfavorable del Imam ‘Alî relativas al arbitraje (que ocultaba las segundas intenciones maliciosas de Mu’âwiya) y la personalidad de los dos árbitros (cuyo mal fondo y los antecedentes de cada uno los descalificaban para emitir un arbitraje conforme al espíritu del Corán y de la Sunna). Una vez emitido el juicio, todo el mundo comprendió que se trataba de una mascarada, de una impostura demasiado evidente para parecerse a un arbitraje. Se conoce lo que siguió; conforme a las previsiones de Mu’âwiya, el arbitraje provocó un abandono de las armas en el seno del ejército del Imam ‘Alî, que se escindió en dos partes, injuriándose la una a la otra, arrojándose el anatema la una sobre la otra, perdiéndose en polémicas interminables sobre la responsabilidad de uno u otro de los dos árbitros en el juicio decisorio que habían emitido. Allí, el Imam ‘Alî decidió calmar las pasiones pidiendo al Imam al-Hasan que les hiciera comprender que el juicio que había provocado su querella era inadmisible e ilegal: “Explícales, hijo mío, lo que son estos dos hombres: ‘Abullah Ibn Qays (al-Ach’ari) y ‘Amr al-‘Âs”. El Imam al-Hasan se levantó y dirigiéndose a los

[47] “…al-Hasan Ibn ‘Alî…” Dâr al-Tawhîd, ob. cit. pag. 39

soldados dijo: "¡Oh soldados. Habéis discutido mucho, entre vosotros, acerca de estos dos hombres!, ahora bien, mientras que fueron escogidos inicialmente para juzgar, a la luz del Libro (de que lado se encontraba) el derecho, ellos se empeñaron en juzgar el Libro, según su fanatismo. Quien obra así, no es un juez, sino un condenado. En efecto, 'Abdullah Ibn Qays cometió una triple falta cuando designó a 'Abdullah Ibn 'Omar (para el califato en lugar de escoger al Imam 'Alî) [48] En primer lugar, porque el juicio que emitió está en contradicción con la opinión del padre de éste último (es decir, la opinión del segundo Califa 'Omar Ibn al-Jattab), el cual, rechazó a su hijo, no incluyéndole entre los que formaron la Churâ.[49]Segundo, porque no preguntó al interesado ('Abdullah Ibn 'Omar) su opinión (sobre su designación)[50]. Tercero, porque él ('Abdullah Ibn 'Omar) no reunió los votos de los Muhâyirun y de los Ansâr, de cuyo consenso unánime derivaba la designación de una califa…",[51]y el Imam al-Hasan añadió, para citar el ejemplo de un arbitraje conforme a la Ley Islámica: "Un verdadero arbitraje, es el de Sa'ad Ibn Ma'âth, (contra los Banu Quraiza, después de la batalla de al-Jandaq) al que el Profeta (a.s.s.) había designado como árbitro y que pronunciaba juicios aceptados por Dios. De otra forma, el Mensajero (a.s.s.) de Dios le hubiera, seguramente, recusado".[52]

## AL-HASAN 2º IMAM Y 5º CALIFA BIEN GUIADO

El 19 de Ramadân del año 40 de la Héjira, el Jariyita 'Abdu Rahmân Ibn Mulyam, hirió al Imam 'Alî, con una espada envenenada, en el momento en que dirigía la oración de la mañana en la mezquita de Kufa. El Imam 'Alî no sobrevivió a esta herida. Murió, mártir, la noche del 21 del mismo mes.

Designado previamente para el Imamato por el hadiz (el Profeta (a.s.s.) dijo: "al-Hasan y al Husein son Imames, estén de pie o sentados)[53] y designado por el Imam 'Alî, por orden del Profeta (a.s.s.), para esta misma dignidad, al-Hasan se convirtió, después de la muerte de su padre, en el segundo Imam de los musulmanes, es decir la más alta autoridad jurídico-religiosa, el

---

[48] Tal era el juicio que emitió, es decir destituir al Imam 'Alî y nombrar a 'Abdullah Ibn 'Omar, como Califa, en su lugar.

[49] Antes de su muerte, el segundo Califa 'Omar Ibn al-Jattab había nombrado a seis personas que deberían ponerse de acuerdo para escoger a uno de entre ellos como Califa, después de la muerte de 'Omar. Si éste último tuvo el cuidado de poner al Imam 'Alî en el número de estás seis personas, por el contrario excluyó a su hijo 'Abdullah, sin duda porque no estimaba que estuviera cualificado para desempeñar ese puesto. Por consiguiente, el "árbitro" Ibn Qays hizo lo contrario, contraviniendo así la tradición en vigor en aquella época.

[50] Es decir, que Ibn Qays no preguntó a quien él designó para el Califato, reemplazando al Califa legal (el Imam 'Alî), si aceptaba o no esta designación, porque para ser válida la destitución del Califa legal tendría que haber alguien que aceptara el nombramiento y poder así reemplazar a quien hasta el momento ostentaba el Califato de forma legal..

[51] Según las tradiciones en vigor en la época, la designación de un califa estaba en manos de Muhayirûn y Ansàr, y después la Umma prestaba juramento de fidelidad. Por eso, era ilegal que Ibn Qays designara, él sólo, al Califa en ausencia de los que tenían más derecho.

[52] "…El Imam al-Hasan…"; Dâr al-Tawhîd, ob. cit. pags. 40-41.

[53] M. J. Fadhalallah, ob. cit. pag. 20.

representante y el sucesor legal del Profeta (a.s.s.) y el guardián del Mensaje. En efecto, en su lecho de muerte, el Imam ‘Alî antes de morir a consecuencia de su herida y del veneno inoculado, dijo a su hijo mayor: “¡Hijo mío! El Mensajero de Dios me ordenó designarte para mi sucesión y me ordenó, también, confiarte mis libros y mi espada, exactamente igual que él hizo conmigo antes de su muerte. También me ordenó que tú hicieras lo mismo con tu hermano al-Husein, antes de tu muerte”. Después, dirigiéndose a al-Husein, le dijo: “Y el Mensajero de Dios te ordena hacer lo mismo con tu hijo, aquí presente”. A continuación, tomando la mano de ‘Alî, hijo de al-Husein, le dijo: “Y el Mensajero de Dios te ordena hacer lo mismo con tu hijo, Muhammad Ibn ‘Alî. Transmítele los saludos del Mensajero de Dios, así como los míos”.[54]

Al mismo tiempo, habiendo sido designado para el Califato oficial, también, tanto por recomendación del 4º Califa Bien Guiado (el Imam ‘Alî Ibn al-Husein) como por la prestación de juramento de fidelidad de los musulmanes, como veremos, se convirtió en el 5º Califa Bien Guiado, aunque no por mucho tiempo.[55]

Antes de volver al desarrollo de este acceso al Califato y de explicar las razones que llevaron a al-Hasan a renunciar oficialmente a ese puesto, convine decir algunas palabras sobre la diferencia entre el Imamato y el Califato.

## EL IMAMATO Y EL CALIFATO

Se sabe que después de la muerte del Profeta (a.s.s.), dos tesis se opusieron a propósito de su sucesión. La primera era la del “respeto escrupuloso del Libro”. Ella insistía en la necesidad absoluta de respetar escrupulosamente el Libro, todo el Libro, comprendida la parte que confiaba la sucesión del Mensajero al Imam ‘Alî. Ella corroboraba su afirmación por numerosos hadices (Hadiz al-Dâr, Hadiz al-Ghadîr, Hadiz al-Manzila, etc.)[56], reconocidos como válidos por todos los musulmanes y en los cuales el Profeta designaba explícita e implícitamente al Imam ‘Alî como sucesor.

La segunda tesis, o mejor dicho corriente, era la de la “Shurâ”. Sus defensores pensaban que la sucesión del Profeta (a.s.s.) debía ser asegurada por una “Shurâ” (consulta) y estimaban que los hadices precitados no equivalían a una designación formal del Imam ‘Alî.

Así, mientras éste último (Imam ‘Alî) estaba ocupado en asegurar que se cumplieran las diferentes ceremonias de inhumación de los restos mortales del

---

[54] Ver: “al-Tabarsi”, “A’lam al-Warâ”, 3ª edición, pags. 206 y siguientes. “Al-Bihâr, tomo 42, pag. 250 y “Al-Qarachi”, “Hayât al-Hasan Ibn ‘Alî,” Tomo I, pag. 515.

[55] El Califato del Imam al-Hasan duró siete meses y 24 días (Ver “Sulh al-Hasan”, Cheij Râdhi Al Yasîn. edit. Manchurât Nasir Josraw, Beirut, pag. 31.

[56] Ver el texto de estos hadices y sus referencias en “El Chiismo, prolongación natural…”. M. Baquir as-Sadr. obr. cit.

Mensajero (a.s.s.), algunos de los defensores de la corriente de la “Shurâ” se reunieron, precipitadamente, en su ausencia para designar un califa, un sucesor. Fue Abu Bakr quien se convirtió en el primer Califa Bien Guiado.

El Imam ‘Alî, sabiéndose investido de una misión divina que el Profeta (a.s.s.) le había anunciado, consistente sobre todo en asegurar, con once de sus descendientes, después de él, salidos de la progenie de Fátima az-Zahrâ’, la hija del Profeta, la salvaguarda del fundamento del Mensaje y la continuación del Islam naciente, no quiso, en ningún caso, que la oposición entre las dos tesis se desarrollara y que la división de los musulmanes se impusiera a la unidad entre ellos. Así, se abstuvo de intentar imponerse, por la fuerza de su derecho (pero sin renunciar a él) legítimo y de oponerse activamente a esta designación. Las circunstancias que prevalecieron y la naturaleza de su misión exigían, sin duda, que fuera más bien juez que parte, en el seno de la Umma.

Pero si las circunstancias le habían llevado a renunciar, provisionalmente, al poder oficial (el cual está, en principio, íntimamente ligado a la autoridad jurídica y espiritual en el Islam) no podía, en ningún caso, eludir legalmente su responsabilidad, definida en el Libro, que le designaba como primer Imam de la Umma, es decir la Referencia Suprema de los Musulmanes, sobre todo en lo que concierne a la exégesis del Corán, la explicación de la Sunna y la solución de cuestiones jurisprudenciales. En todo caso, nadie le discutía el poder, puesto que aun los tres primeros Califas Bien Dirigidos, le consultaban cada vez que un problema se les planteaba.[57]

Así, si los partidarios de la tesis del “respeto escrupuloso del Libro” aceptaron, quisieran o no, que el poder oficial, el Califato, fuera el resultado de una forma de “Shurâ”, en lugar de ser confiado a sus detentores legítimos y legales, es decir al Imam ‘Alî y, después de él, a sus descendientes, designados cada uno por su predecesor, como lo estipula el Libro, sin embargo fueron fieles al espíritu del Libro, considerándolos como los únicos Imames legales.

Después del asesinato del 3º Califa, ‘Othmân Ibn ‘Affan, los musulmanes designaron, unánimemente, al Imam ‘Alî como Califa. Era la primera vez que el Imam legal y el Califa oficial eran una sola y misma persona. El Imam ‘Alî fue, así, el Primer Imam y el 4º Califa Bien Guiado.

Lo mismo ocurrió, después de su muerte, con el Imam al-Hasan, el cual se convirtió en el 2º Imam y 5º Califa Bien Guiado.

---

[57] Para más detalles sobre el hecho de que los tres primeros califas recurrieran al Imam ‘Alî, cada vez que un problema jurisprudencial espinoso se les planteaba, ver: M. Baqer as-Sadr. “El Chiismo, prolongamiento…”, ob. cit., pag. 83 y ‘Abbas Mahmud al.’Aqqâd, en “Al-‘Abqariyyât al-Islâmiya”, tomo 2.

# DESIGNACIÓN Y ACCESO AL CALIFATO

Al día siguiente de la noche en que el Imam ‘Alî murió, (el 21 de Ramadán del año 40 de la Héjira) el Imam al-Hasan pronunció una jutba en la cual dejaba entender que estaba preparado para asumir su responsabilidad y tomar la dirección de la Umma: “Esta noche, un hombre acaba de morir. Era un hombre al que nadie, entre las generaciones que le precedieron, pudo superar en ninguna acción y que nadie, entre las generaciones por venir, podrá igualar en ninguna acción. Siempre estuvo al lado del Mensajero de Dios y le protegió exponiendo su propia vida. El Mensajero de Dios le orientó en este mundo, Yibrâ’îl (el arcángel Gabriel) estaba a su derecha y Mikâ’îl a su izquierda. Murió la noche en que Jesús hijo de María ascendió a los cielos y cuando Yuchi’, hijo de Nûh, el heredero de Moisés, murió. Cuando murió no dejó como herencia más que 700 dirhams, que era lo que le quedaba para comprar un sirviente que ayudara a su familia.

Yo soy el hijo del anunciador de buenas noticias. Yo soy el hijo del advertidor. Yo soy el hijo de aquel que llama a la gente a Dios, con su permiso. Yo soy el hijo de la “luminaria brillante”. Yo soy uno de los miembros de la Casa a los que Dios ha despojado de toda suciedad, de este mundo, y ha purificado totalmente.[58] Yo soy uno de los miembros de una Casa cuyo amor ha sido impuesto por Dios en Su Libro, en el que se dice: “¡Di! Yo no os pido ningún salario, sino vuestro afecto hacia mis próximos. A quien cumple una buena acción, Nosotros responderemos con algo más bello aún”.[59] Esta bella acción, es el afecto hacia nosotros, los Ahl-l-Bayt”.

Cuando el Imam al-Hasan terminó su discurso, ‘Abdullah Ibn al-‘Abbas se acercó a él y dijo: “¡Oh Musulmanes! He aquí el hijo de la hija de vuestro Profeta y heredero de vuestro Imam. ¡Prestadle juramento de fidelidad”!.

Los asistentes dijeron, con tono de aprobación: “Nosotros tenemos mucho afecto por él y tiene todo la autoridad sobre nosotros”.

En base a ello, todo el mundo corrió hacia él y le prestó juramento de fidelidad, en tanto que nuevo Califa. Según la regla en uso en aquella época, se convirtió, oficial y legalmente, en el quinto Califa Bien Guiado.

Desde su ascenso al Califato, nombró a los funcionarios y designó a los nuevos gobernadores de las provincias. Como hecho significativo, procedió, inmediatamente, a aumentar la paga de las tropas, medida anunciadora de una

---

[58] Alusión a Corán 33:33.

[59] Corán 42:23. Al-Hasan evoca aquí el versículo coránico que impone a los musulmanes el amor a la familia del Profeta (a.s.s.). En efecto, según Ábi Hayyân al-Andalusi, en “al-Bahr al-Muhît” e Ismâ’il Haqqi en “Rûh al-Bayân”, cuando se reveló este versículo al Profeta se le preguntó: “¡Oh Mensajero de Dios! ¿Quiénes son tus próximos a los que tenemos obligación de amar?.”. ‘Alî, Fâtima, al-Hasan y al-Husein, respondió el Profeta. Ver: “al-Tafsir al-Mubîn, M. J. Maghniya, 2ª edic. 1403 H. (1983), pag. 642.

próxima movilización general. De hecho, determinado a cumplir su tarea a la perfección, pensó que su deber más perentorio era salvaguardar la unidad de la Umma, lo que conllevaba poner fin a la rebelión de Mu'âwiya, que multiplicaba, cada vez más, los golpes de mano contra la autoridad de los representantes del Califato y a quien el Imam 'Alî se había preparado para librar la batalla final, antes de caer mártir.

Por su parte, Mu'âwiya, habiendo conocido la muerte del Imam 'Alî y la designación de al-Hasan como Califa, decidió maniobrar rápidamente y convocó, a este efecto, a sus consejeros y a los dirigentes de sus partidarios para una reunión urgente en su palacio. Los convocados, decidieron enviar espías y alborotadores al territorio controlado por el Califa oficial, con el fin de propagar rumores que desacreditaran a la familia del Profeta (a.s.s.) y exaltando a los Omeyas, esperando poder así acabar con el Califa Bien Guiado e instaurar, en su lugar, un reino dinástico Omeya. De esta forma construyeron una red de espionaje y enviaron a dos de sus agentes, uno de la tribu de Himyar, el otro del los Bani Qîr, respectivamente a Kufa y a Basora, para que se infiltraran entre la población afín de informarse de la situación y provocar revueltas en estos dos grandes centros del Islam, en aquella época.

Al-Hasan, habiendo descubierto este plan de subversión, puso a los dos agentes fuera de combate y escribió a Mu'âwiya, para advertirle, en estos términos: "Tú has enviado a tus agentes para crear disturbios y cometer atentados. Tú has, además, apostado observadores como si quisieras obtener información para un enfrentamiento futuro. ¡Nos veremos pronto, si Dios quiere!".

Mu'âwiya respondió a esta carta y se entabló una correspondencia fluida entre el Califa electo y el rebelde ambicioso. Al-Hasan comprendió que no podía hacer entrar en razón a Mu'âwiya, que no quería otra cosa que el poder. Desde ese momento, era inevitable que el representante oficial e Imam legal de la Umma movilizase a los musulmanes para intentar obstaculizar la acción censurable de Mu'âwiya.

Pero antes de tratar el tema de la movilización para el combate, se impone hablar de otras cuestiones: ¿Quién era Mu'âwiya y como osó oponerse a una notoriedad islámica, una personalidad incontestable tan prestigiosa como el nieto del Profeta (a.s.s.) y disputarle la dirección de la Umma?

## MU'ÂWIYA, HIJO DE ABU SUFIÂN, O EL ODIO NEGRO DE LOS OMEYAS HACIA LA FAMILIA DEL PROFETA

Mu'âwiya se opuso a la dirección del Imam 'Alî y después a la del Imam al-Hasan, bajo un pretexto falaz, que pudo engañar en principio a muchos musulmanes y agitar la serenidad de muchos otros, a saber la búsqueda y

castigo de los asesinos de ‘Othmân. Pero, por supuesto, este pretexto, sin ningún fundamento real, no resistiría largo tiempo cualquier examen juicioso, puesto que el desarrollo de los acontecimientos no tardaría en mostrar que vengar a ‘Othmân era la menor de las preocupaciones de Mu’âwiya, animado, ante todo, por un doble sentimiento: el odio y la ambición, un odio negro e irreductible por la familia del Profeta (a.s.s.) y una ambición hereditaria por el poder. Odio y ambición que se materializaron, respectivamente, por la instauración de un reino Omeya hereditario y por un tratamiento bárbaro y sanguinario, reservado a los miembros de Ahl-l-Bayt y sus adeptos, que desmentiría categóricamente el pretexto inicial de Mu’âwiya para motivar su acción ilegal contra los representantes y dirigente legítimos de la Umma. Odio y ambición, en fin, tan profundos y tenaces que puede calificárseles de hereditarios, ancestrales y seculares.

Escuchemos, a este respecto, lo que dice el escritor egipcio ‘Abbas Mahmud al-‘Aqqâd, que no se le puede considerar un detractor de los Omeyas:

“Hâchim y Omaya (ancestros respectivos del Imam al-Hasan y de Mu’âwiya) ya rivalizaban, antes del nacimiento de Mu’âwiya, por el liderazgo de los Quraich; eso es lo que impulsó a Omaya, lleno de odio, a dejar el Hiyâz para marchar a Siria, mientras que Hâchim se quedó como líder de los Banu ‘Abd al-Manâf (ancestro común de los dos clanes precitados) en la Meca. Esta fue la primera división entre los Omeyas y los Hâchimies: los últimos establecieron su feudo en el Hiyâz y los primeros en Siria”.

“Más tarde, la notoriedad de Abu Sufiân, hijo de Harb, hijo de Omaya, crecería en el Hiyâz donde gozaría de un liderazgo sublime, a lado del de los Hâchimies”.

“Cuando el Profeta Muhammad (a.s.s.) comenzó su prédica, Abu Sufiân Ibn Harb Ibn Omaya (el padre de Mu’awiya) temió por su liderazgo y se puso a la cabeza de aquellos que combatieron el Mensaje. Es raro encontrar una batalla contra los musulmanes en la cual Abu Sufiân no hubiera participado en la movilización de las tribus y en la recaudación de fondos para combatir al Mensajero de Allah. El azar quiso que fuera, durante un tiempo, el único dirigente de la tribu de Quraich en la guerra sostenida contra el Profeta. En efecto, después de la muerte de al-Walid Ibn Mughira, el jefe de Majzum, la conversión de los jefes de Taym y otros pequeños clanes Quraichitas al Islam, Abu Sufiân fue el único que quedó como representante de la Yahiliya[60] y de los Omeyas para enfrentarse al Profeta y a sus compañeros, entre los Muhâyirun (los que emigraron a Abisinia) y los Ansâr (partidarios del Profeta en Medina). La animosidad de los Omeyas hacia el Profeta llegó a tal grado que Abu Lahab fue el único, entre los tíos paternos del Profeta, en confabular e incitar a la gente contra él, y ¿por qué?, porque estaba casado con una mujer

[60] Idólatras pre-islámicos.

perteneciente al clan de los Omeyas, Um Yamil Bint Harb (hermana de Abu Sufiân) a la que el Corán (Sura 111, versículo 4) designa con el sobrenombre de "Hammâlat al-Hatab" (acarreadora de leña), metáfora del esfuerzo que había puesto en atizar el fuego del odio contra el Profeta".

"Abu Sufiân, y su hijo Mu'âwiya, no se convirtieron al Islam más que tras la conquista de la Meca. La conversión de esta familia fue la más difícil que se haya conocido después de la conquista. Así, su mujer, Hind Bint 'Otba, gritaba a todo el que quisiera oírla, tras la conversión de su marido al Islam: "¡Matad a este hombre, pérfido y canalla. Que detestable dirigente de un pueblo! "¡Adelante! ¡Batíos! ¡Defendeos y defended vuestro país!"

"Abu Sufiân, consideró durante largo tiempo la victoria del Islam como una victoria sobre él mismo. Un día, mientras que lanzaba una mirada sobre el Profeta, estando en la mezquita, de perplejidad y de extrañeza, diciéndose mentalmente: "¡Como me gustaría saber como me ha vencido!, el Profeta, que adivinó el significado de esta mirada, se acercó a él y le dijo: "Es por Dios que yo te he vencido, ¡Oh Abu Sufiân!"

"En la batalla de Hunayn (8º año de la Héjira), Abu Sufiân asistió a la primera derrota de los musulmanes y se entusiasmó de tal manera que dijo: "No se detendrán hasta que lleguen a orillas del mar", y se dice que en las guerras contra los Rum, cada vez que éstos últimos avanzaban, expresaba su alegría de este modo: "¡Bravo hijos del Amarillo!" (nombre que los árabes daban a los Bizantinos), y cada vez que éstos retrocedían, expresaba su decepción de esta manera: "¡Desgracia sobre vosotros, hijos del Amarillo!".

"El Profeta, había hecho todo lo posible para unirlo a la causa del Islam, antes y después de la victoria islámica. Se casó con su hija Um Habiba, antes de la conquista de la Meca, y después de la conquista declaró la inmunidad de su casa: "Aquel que entre en su casa estará a salvo…". Lo puso a la cabeza de los "corazones a conquistar" a quienes aumentaba su botín con la esperanza de alejar de sus corazones el rencor debido a la victoria del Islam".

"Pero a pesar de ello, los musulmanes le evitaban. Rechazaban mirarle y frecuentarle. Tanto es así, que acabó por cansarse de este aislamiento y quiso poner fin a su vida. Pidió al Profeta que acogiera a su hijo Mu'âwiya como escriba[61] y que le diera la orden de combatir a los politeístas como él combatió, antaño, a los musulmanes".

"Después de la muerte del Profeta y de que surgieran, entre los Muhayirun los Ansâr y otros Compañeros, diferencias en cuanto a la sucesión. Abu Sufiân se alegró de este problema y creyó poder abrir una brecha entre todos ellos, brecha que le conduciría a tomar la dirección de los Quraich, y de

[61] Es decir, que estuviera cerca del Profeta, con la esperanza de ganar la simpatía de los musulmanes y acabar con la desconfianza o el desprecio a su respecto.

allí a la dirección de la Umma al completo. Fue a casa del Imam ‘Alî y de al-‘Abbas, (pretendientes a la sucesión) con la intención de proponerles su ayuda y la de sus hombres: “¡Oh ‘Alî! ¡Y tu ‘Abbas! ¡¿Como es posible que la sucesión sea otorgada a la pequeña y más baja tribu de Quraich?! Por Dios, si lo deseáis, le asediaré (a Abu Bakr) con infantería y caballería…”[62]

“Sin duda, estaba lejos de irritarse al ver que la sucesión se les escapaba a los Banin Hâchim. Pero no se alegraba de que la sucesión no fuera para los de su clan, en cuyo caso no tenía muchas esperanzas de arrebatar el puesto de Califa a Abu Bakr y los suyos. Todo lo que quería era reavivar las diferencias existentes entre unos y otros, con lo que esperaba abrir una puerta que le condujera a la dirección de Quraich y de toda la Umma”.

“Su malicia no se le escapaba al Imam ‘Alî, el cual le replicó: ¡…Oh Abu Sufiân…! Los Creyentes se aconsejan, los unos a los otros, mientras que los Hipócritas se engañan y se traicionan, los unos a los otros, aun si son parientes próximos”.

“Cuando ‘Othmân accedió al Califato, los Omeyas obtuvieron una gran victoria, porque era uno de sus jefes y muy próximo a sus familiares. El Estado Islámico se convirtió en un Estado Omeya cuyas ventajas y a cuyo gobierno nadie que no fuera del clan Omeya, o sus partidarios, podía acceder. Así, Marwân Ibn al-Hakam, el “Súper Visir” del Califa distribuía generosamente los bienes a sus próximos, privando a las masas de dichos bienes. Mu’âwiya Ibn Abu Sufiân, el gobernador de Siria, se rodeaba de familiares y partidarios… Cuando ‘Othmân murió, los puestos del Estado y sus bienes estaban, por así decir, en manos de los Omeyas y de sus servidores…”[63]

El odio de Abu Sufiân por la familia, y la ascendencia del Profeta (a.s.s.), y por el Islam, que él identificaba con esa familia, era tan difícil de extinguir que todos los favores que el Profeta (a.s.s.) le había concedido no sirvieron para aminorarlo, aun después de la muerte del Mensajero (a.s.s.). Se diría que era un odio negro, indisociable de su existencia. Cuando el 3º Califa accedió al gobierno de los musulmanes, Abu Sufiân creyó poder, por fin, tomarse la revancha contra la familia a la que no había, jamás, dejado de odiar y contra las creencias con las cuales la identificaba:

“¡Aquí está (el Califato) por fin para vosotros!, dijo al nuevo califa, a guisa de felicitación. ¡Tómalo como un globo y asegúrate de que los Omeyas sean como lanzas. Lo que importa es reinar. Yo no sé lo que es el Paraíso o que es el Infierno…” [64]

---

[62] Es decir: Os proporcionaré suficientes hombres y caballos como para asediar y destruir las fuerzas de Abu Bakr.
[63] “Abqariyyât islâmiyah”, Tomo II, ‘Abbas Mahmud al-‘Aqqâd. Ob. cit. pags. 170-172.
[64] M. J. Fadhlallah, ob. cit. pag. 126.

El tribalismo sectario del padre de Mu'âwiya le impedía ver en el Islam un Mensaje divino, por encima de toda consideración tribal, y según el cual el mejor de los hombres es aquel que más teme a Dios y obra en consecuencia. Para él, el Mensaje no era otra cosa que el reino, el poder del clan del Profeta (a.s.s.), contra el cual su familia experimentaba unos celos patológicos. Sabemos lo que dijo un día cuando fue a visitar al Califa 'Othmân a su casa:

"Dios mío, haz que el Califato sea yahilita, el reino usurpador y las lanzas de la tierra, los Omeyas".[65]

¿Sería Mu'âwiya menos ingrato que su padre? El favor con el que el Profeta (a.s.s.) le gratificó, amnistiándolo y haciendo de él uno de sus escribas (lo que permitió al 2º Califa nombrarle, posteriormente, gobernador de Damasco) ¿se correspondía con el espíritu sectario, tribal y perverso con el que su padre consideraba y miraba a la familia del Mensajero? Nada más lejos de la realidad. Así como el sentimiento de odio y de envidia hacia la familia del Profeta (a.s.s.) eran ancestrales en los Omeyas, así este sentimiento era profundo en Mu'âwiya. La demostración de ello es este relato, incontestable, de Matraf Ibn al-Maghira Ibn Cha'bah, que la historia nos deja como documento irrefutable:

"Un día, mi padre, al volver de la casa de Mu'âwiya (…) rechazó comer y me pareció afligido. Pasé largo tiempo pensando si estaba molesto conmigo por algo que hubiera pasado entre nosotros, o en nuestro trabajo, y que yo desconocía. Al final acabé por preguntarle:

- ¡Te veo muy afligido. ¿Que te pasa?!
- ¡Oh hijo mío! Acabo de venir de casa del hombre más pérfido del mundo, dijo él.
- ¿Como dices?, le pregunté.
- Pues, cuando le dije a Mu'âwiya: "¡Oh Príncipe de los Creyentes! Ahora que tú has realizado lo que deseabas, intenta mostrarte equitativo y bueno. Ya has envejecido. Podrías dar prueba de bondad hacia tus hermanos de Bani Hâchim. ¡Por Dios, no hay nada que puedas temer de ellos!", él me respondió: "¡Jamás! ¡Jamás!. El hermano de Taym (el primer califa, Abu Bakr) gobernó y fue justo. Por tanto, desde que murió, su memoria fue enterrada con él. Después, es el hermano de 'Adi (el segundo califa, 'Umar) quien gobernó durante diez años. Desde que murió, su memoria fue enterrada con él. Finalmente, fue nuestro hermano 'Othmân quien gobernó. Era un hombre de un linaje a cuyo nivel ningún hombre podía elevarse. Él hizo lo que hizo, y se le hizo lo que se le hizo. Por tanto, desde que murió, su memoria fue enterrada con él, así como lo que se le había hecho. Por el contrario, el hermano de Hâchim (es

[65] Obr. cit. pag. 127.

decir, el Profeta Muhammad) es proclamado cinco veces por día con esta fórmula: "¡Doy testimonio de que Muhammad es el Mensajero de Dios". A parte de esto (la mención del Mensajero), toda otra acción será totalmente enterrada!"[66]

¿Que musulmán podría sentir, con un tal sentimiento de frustración, que se pronuncie, durante las cinco oraciones diarias (pilar del Islam), la segunda parte de la profesión de fe del Islam: "y yo atestiguo que Muhammad es el Mensajero de Dios"? ¡Que tribalismo! ¡Que concepción del Islam y de la Profecía!

Peor aún, si el padre de Mu'âwiya, Abu Sufiân, reducido a un hombre sin poder ni gloria, desde la victoria del Islam sobre los Yahilíes, no podía más que manifestar su odio hacia la familia del Profeta (a.s.s.), pero sin poder hacerle daño, Mu'âwiya, por el contrario, gracias a todo el poder que pudo acumular, sobre todo bajo el mandato del 3º Califa, tradujo este sentimiento odioso en actos detestables que son la vergüenza del Islam, de los Compañeros y de todo musulmán piadoso. Escuchemos lo que dijo, a este respecto, al-'Allamah Abul-l-A'lâ al-Mawdudi, al respecto de Mu'âwiya:

"Otra herejía odiosa apareció en tiempos de Mu'âwiya. Éste y sus gobernadores injuriaban a nuestro señor 'Alî desde lo alto de sus mimbares. Pero lo que es más grave aún, es que lo maldecían (a él que era el más amado por el Profeta entre su pariente próximos, y el más próximo en su noble corazón) desde lo alto del mimbar de la Mezquita del Profeta (en Medina), ante la casa del Profeta y en presencia de los hijos y de los más nobles parientes de nuestro señor 'Alî, los cuales no tenían más remedio que escuchar éstas injurias".

Y añade con indinganción:

"Injuriar a alguien, después de muerto, es ya una cosa contraria a la ética humana, y ello, sin contar que es también contrario a la Shari'a. Peor aún, mezclarlo con la Jutba de la Oración del Viernes es una bajeza, desde el punto de vista religioso y moral, una acción grosera y altamente detestable."[67]

Llevando este odio irreductible hasta el paroxismo, Mu'âwiya no dudó en asesinar, decapitar y mutilar los cadáveres de musulmanes piadosos, de Compañeros insignes que tenían como único "pecado" oponerse a esta práctica abyecta y contraria al espíritu y a los preceptos del Islam que consistía en la propagación de injurias al respecto de la familia del Profeta (a.s.s.) durante la oración del viernes. Citamos, nuevamente, a Abu-l-'A'la al Mawdudi, como garantía de imparcialidad:

---

[66] M. J. Fadhlallah. obr. cit. pag. 128 (citando "Murûy al-Dhahab" de Ibn Abi Hadid).
[67] "Al-Jilafa Wa-l-Mulk". A. A'lâ al-Mawdudi. Dâr al-Qalam, Kuwait. 1ª edición. 1398 H. (1978) pag. 113.

“Esta práctica nueva (el asesinato de los Compañeros que rechazaban injuriar al Imam ‘Alî) fue inaugurada por Mu’âwiya con el asesinato, en el año 41 de la Héjira, de Huyr Ibn ‘Ady, un compañero augusto, un adorador asceta, uno de los más piadosos de la Umma. En efecto, cuando la práctica de injurias e invenciones proferidas desde lo alto del mimbar, contra el Imam ‘Alî, fue instituida, los musulmanes de las cuatro esquinas del mundo se sintieron afligidos, manteniendo silencio dolorosamente. Sin embargo, nuestro señor Huyr, no pudo soportarlo. Este Compañero comenzó a alabar al Imam ‘Alî y a criticar, severamente, a Mu’âwiya (…). Un día, Ziyâd, el gobernador omeya de Kufa y Basora, habiéndose retrasado en el comienzo de la Jutba del viernes (porque estaba ocupado injuriando al Imam ‘Alî), Huyr protestó contra este retraso. Inmediatamente, fue arrestado junto a doce de sus compañeros. Fueron enviados a presencia de Mu’âwiya. Éste, ordenó que se les diera muerte.

Los verdugos dijeron a Huyr:

- Mu’âwiya nos ha dado la orden de que os propongamos renegar de ‘Alî y que le maldigáis. Si aceptáis, seréis libres; de lo contrario os mataremos.

Huyr y sus compañeros rechazaron la proposición y dijeron:

- No haremos aquello que irrita a Allah.

Inmediatamente, Huyr fue ejecutado junto a siete de sus compañeros. Mu’âwiya envió a otro de los compañeros de Huyr a Ziyâd con una carta en la cual le pedía que le matara de la forma más horrible que se pudiera. Ziyâd, ejecutó la orden y le enterró vivo”.[68]

Comentando esta atrocidad de Mu’âwiya, Abu-l-A’la al-Mawdudi escribe:

“Este evento hizo temblar de indignación a todos los hombres piadosos y produjo malestar en toda la Comunidad Musulmana”.[69]

Si es dificil encontrar las palabras justas para calificar el odio de Mu’âwiya hacia los miembros de la familia del Profeta, los terribles crimenes que cometió contra ellos son, aun, más incalificables. Prosiguiento la enumeración de las salvajadas cometidas por los gobernadores de Mu’âwiya, con su consentimiento o a instigación suya, Abu-l-Al’a al-Mawdudi añade:

“Más injusto, aun, era lo que Burs Ibn Arta’ah cometió cuando Mu’âwiya le envió al Hiyâz y al Yemen, para arrebatárselos al control de nuestro señor ‘Alî (el Califa legítimo). Este Burs, detuvo a los dos hijos pequeños de ‘Obaidullah Ibn ‘Abbas, el gobenador de Yemen, representante de ‘Alî, y los

[68] Obra Citada pag. 105.
[69] Obra citada

mató. Su madre perdió la cabeza, traumatizada por el shock. Una mujer de los Bani Kanâna, viendo esta injusticia, gritó a Burs: "Tú has matado a los hombres, de acuerdo. Pero ¡¿por qué a estos dos niños?! ¡Por Dios!, ni en la época de la Yahilia habríamos cometido tal acto. ¡Oh hijo de Abi Art'ah!, un poder que no se establece más que por el asesinato, cruel y despiadado, de niños y ancianos, y por la ingratitud hacia el prójimo, es un poder maligno". Pero Mu'âwiya no se detuvo allí. Él envió, después de eso, a Burs, a la cabeza de una expedición contra Hamdân (bajo el control del gobernador de 'Alî). Allí, añadió a estos crimenes el de esclavizar a las mujeres musulmanas, capturadas tras una batalla, lo cual está estrictamente prohibido por la Shari'a (…). Esto fue una proclamación, pública, de la libertad total (concedida a los gobernadores y a sus comandantes) de la práctica de la injusticia hacia los pueblos sin preocuparse de ningua ley aprobada por la Shari'a".[70]

No contento con utilizar estos métodos contra las mujeres y los niños inocentes de la familia del Profeta y de sus partidarios, Mu'âwiya fomentó y animó a la mutilación de sus cadáveres, como para calmar el odio que le roía por dentro contra esta familia bendita. Citando a Ahmad Ibn Hambal e Ibn Sa'ad, Abu-l-A'la al-Mawdudi constata:

"Igualmente, en esta época (la de Mu'âwiya) se hizo común la decapitación de los cadáveres y el envío de las cabezas cortadas de un lugar a otro. Además, se asistió al retorno de una práctica corriente en la época de yahiliya, que el Islam había prohibido categóricamente: los métodos más horribles de profanar y mutilar los cadáveres. La primera cabeza cortada (en tiempos del Islam) fue la de nuestro señor 'Ammâr Ibn Yâsir. En efecto, Ibn Hanbal contó, en su "Musnad", según una cadena de transmisión sana (Sahih) (así como Sa'ad en su "al-Tabaqât") un relato en el que se cuenta como la cabeza de nuestro señor 'Ammâr fue cortada durante la batalla de Siffin y llevada a Mu'âwiya, que se encontraba en Damasco, donde fue objeto de una exposición itinerante, antes de ser arrojada a los pies de su mujer…"[71] "Se hizo sufir la misma suerte, salvaje y horrible, a Muhammad Ibn Abi Bakr, gobernador de Egipto, nombrado por nuestro señor 'Alî. Cuando Mu'âwiya se apoderó de Egipto, lo mató, puso su cadáver dentro de la piel de un asno muerto y lo quemó".[72]

Después de haber enumarado los ejemplos de mutilación y de profanación de los cadáveres, práctica corriente en la época entre los Omeyas, depués de que Mu'âwiya la hubera inaugurado, Abu-l-A'la al-Mawdudi, concluye, indignado, con esta pregunta:

---

[70] Obra citada pag 115.
[71] Obra citada pags. 115-116.
[72] Obra citada.

“Aun sin olvidar que esta gente, cuyos cadáveres fueron mutiliados y profanados después de su muerte, eran grandes figuras del Islam, se debe plantear la siguiente pregunta: ¿Es que el Islam autorizó esta práctica, incluso contra los incrédulos?...”[73]

Si estos crimenes abominables, de los que el Islam rechaza su perpetración aun contra sus peores enemigos, se explian por el odio hereditario que los Omeyas profesaban hacia la famila del Profeta del Islam (a.s.s.) y a sus fieles, este mismo odio parece suscitar en sus partidarios una falta de respecto hacia las prescripciones del Mensaje que Abu Sufiân consideraba (como lo vimos anteriormente) un asunto personal de los Bani Hâchim. Subrayando el hecho de cómo los “reyes-califas” Omeyas no dudaron en “pasar por alto las prescripciones y las restricciones de la Shari’a para preservar sus intereses personales, servir a su política personal y, sobre todo, para conservar su poder”, y como ellos no se preocupaban de distinguir “lo lícito” de “lo ilícito”, Abu-l-Al’a al-Mawdudi escribe:

1º.- “Según Ibn Kathir, Mu’âwiya cambió la Tradición del Profeta y de los Califas Bien-Guiados en lo tocante a la “diyyeh” (ديةة) (tributo). Así, mientras que la “diyyeh de Mu’âhid” (aquel que está ligado por un acuerdo de paz con los musulmanes) era igual a la del musulmán, Mu’âwiya la redujo a la mitad, conservando la otra mitad para sí mismo”.[74]

2º.- “Además, Mu’âwiya infringió, de forma flagrante, el Libro de Dios y la Sunna del Profeta en cuanto al dinero del botín. Mientras que el Libro de Dios y la Sunna del Profeta estipulan que la quinta parte del montante del botín debe ir a la Tesorería y que el resto debe ser repartido entre los soldados que han participado en el combate, Mu’âwiya dio orden de excluir el dinero y el oro de los bienes del botín, para atribuírselos, y distribuir solamente los otros componentes de dicho botín según la relga legal”.[75]

3º.- “Igualmente, Mu’âwiya cometió (por razones políticas y personales) una infracción contra una de las prescripciones de la noble Shari’a, cuando incorporó a su linaje a Ziyâd Ibn Sumeyyah. En efecto, este último era el hijo de una esclava de Tâ’if, llamada Summeyah. Nació de una relación adúltera que tuvo lugar antes de la llegada del Islam, entre esta mujer y Abu Sufiân, el padre de Mu’âwiya (…). Queriendo atraer hacia él a este muchacho, que se había convertido en un hombre sumamente inteligente, y deseando convertirse en su protector, Mu’âwiya hizo venir a dos testigos para que atestiguaran que Ziyâd era el hijo natural de su padre y así convertirse en su propio hermano y, por lo tanto, en un miembro legal de su familia. Ahora bien, además del hecho de que esta acción era, en sí misma, detestable, en el dominio de la moral, era ilegal

[73] Obra citada pag 117.
[74] Obra citada pag 112.
[75] Obra citada pag. 113.

en el plano jurídico, porque la Shari'a no reconoce la filiación adúltera y el juicio emitido por el Profeta, a este respecto, no deja lugar a equívocos: "El hijo es lo que sale del lecho conyugal, mientras que lo que produce una relación adúltera excluye todo derecho de filiación". [76]

Así, el hijo de Abu Sufiân, que disimulaba apenas el desprecio por los nobles principios de la Shari'a, que había traído el Profeta Hachemita (a.s.s.), no era alguien a quien el prestigio del Imam al-Hasan, y su alta posición en la Umma, detuviera. Al contrario, el hecho de tener por adversario al nieto del Profeta (a.s.s.), parecía proporcionarle la ocasión ideal de aplacar su sed de poder y saciar el odio omeya hacia quien consideraba, en lo más profundo de su ser, como el heredero de todos aquellos que habían reducido a los suyos al estatus de Tulaqâ'. [77]

## LA PREPARACIÓN PARA EL COMBATE

Los doce años del Califato de 'Othmân (durante los cuales los Omeyas, aprovechando su parentesco con el Califa, tomaron las riendas del poder y ocupado todos los puestos claves del Estado) permitieron a Mu'âwiya, convertido en el dueño absoluto de la vasta y estratégica provincia de Siria (según Abu-l-A'la al-Mawdudi, Mu'âwiya fue, bajo el califato de 'Omar, solamente gobernador de Damasco. Fue el tercer califa 'Othmân quien extendió el gobierno de Mu'âwiya a las provincias de Himç, Palestina, Jordania y Libano), extender su influencia sobre los territorios islámicos y comprar las conciencias de numerosos notables. Los cuatro años del Califato del Imam 'Alî no fueron suficientes para detener esta influencia tentacular y perniciosa. Porque Mu'âwiya, que no se sentía limitado por las reglas de la moral islámica ni las exigencias de la Shari'a, no dudó en utilizar los medios financieros y los poderes puestos a su disposición para conseguir sus fines personales; no dudo en recurrir a todo tipo de golpes bajos posibles, estratagemas, trampas, engaños y la desinformación para conseguir éstos fines, a saber: vengarse de la familia del Profeta (a.s.s.) y apoderarse de la dirección del Estado Islámico al que su padre, Abu Sufyân, no había cesado de asimilar a los Bani Hâchim, a los cuales pertencía el Mensajero (a.s.s.), y de considerarlos como la causa nefasta de la extinción del liderazgo y de la notoriedad omeya en la época de Yahiliya.

El asesinato del Imam 'Alî le había proporcionado una ocasión perfecta, que no podía dejar escapar, para hacerse con el poder antes de que el nuevo Califa legítimo pudiera hacerse con las riendas de la situación. La ocasión le eran tanto más propicia cuanto que en el territorio de Irak, que albergaba la capital del Estado Islámico, reinaba una situación muy confusa, de

[76] Obra citada pags 113-114.
[77] Los politeístas de la Meca que combatieron a los musulmanes hasta la conquista de la Meca y a los que el Profeta (a.s.s.) amnistió.

incertidumbre, de agitación, debido al efecto conjunto de las secuelas de la batalla de Siffin y del combate que el Imam ‘Alî había llevado contra los Jâriyies, de una parte, de la acción subversiva y de los complots de los agentes y de los partidarios de Mu’âwiya, de otra. Una tal situación, ofrecía, no obstante, un terreno fértil para contrarrestar los esfuerzos de al-Hasan en vías de poner en pie de guerra un ejército capaz de vencer a sus tropas.

Mu’âwiya preparó a su ejército para la invasión de Irak y escribió a sus agentes para que se pusieran en pie de guerra. En algunas de estas cartas, afirmaba que muchos notables y jefes de tribu le habían escrito para anunciarle su alianza y pedirle que preservara sus vidas, tanto a ellos como a los miembros de sus tribus. [78]

El Imam al-Hasan se apresuró, por su parte, a animar a los musulmanes de Kufa, capital del Califato, para que se aprestaran al Yihâd contra los rebeldes, sobre todo cuando supo la noticia de los movimientos que Mu’âwiya había iniciado hacia Irak. Encargó a Huyr Ibn ‘Adi para que organizara la movilización de los combatientes. El muezin (مؤذن ) hizo la llamada a la oración comunitaria. El Imam al-Hasan subió al mimbar y tras pronunciar la alabanza a Allah y mostrarle su agradecimiento, dijo:

“Dios ha prescrito el Yihâd a Sus criaturas y las ha animado a su cumplimiento. Él ha dicho al creyente muyâhid que sea paciente, porque Dios está con aquellos que son pacientes. ¡Oh musulmanes! No obtendréis aquello que deseáis si no soys pacientes ante lo que vosotros no amáis. He sabido que Mu’âwiya, conocedor de que emprendemos la marcha para ir a enfrentarnos con él, ha tomado la delantera. ¡Dirigíos hacia vuestro campamento en “Nujaylah”!.[79]

Un silencio sepulcral se cernió sobre el lugar donde estaba reunido el ejército, silencio que contrastaba con la necesidad de mobilización general frente a las amenazas reales que planeaban sobre la existencia del Califato bien dirigido.

Uno de los presentes, ‘Ady Ibn Hâtam, avergonzado por la actitud pasiva de la multitud, gritó: “Soy el hijo de Hâtam. ¡Gloria a Dios! ¡Que situación más detestable! ¿Por qué no respondéis a la llamada de vuestro Imam?, el hijo de la hija de vuestro Profeta. ¿En que se han convertido aquellos que decían que estaban listos para el combate, cuando se encontraban en seguridad, pero que huyen como conejos cuando la situación se pone seria? ¡¿No teméis la cólera de Dios?! ¡¿Ni la vergüenza!? ¡¿Ni la humillación!?”. Depués, volviéndose hacia el Imam, dijo:

---

[78] Al-Madâ’ni, citado en “A’yân al-Shi’a”, tomo IV, pag. 19 e Ibn Abi-l-Hadid, en “Sharh al-Nahy”, tomo 16, pag. 38, citado por M. J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 65.
[79] Obra citada.

“Que Dios nos conduzca, por tu mano, hacia el recto camino y que Él te evite los problemas… Te hemos escuchado, hemos aceptado tu orden, te hemos escuchado y te obedeceremos en todo aquello que nos ordenes y en todo aquello que decidas. Estoy dispuesto a partir para el combate. Quien quiera hacer lo mismo que yo, ¡que me siga!...”

Ibn Hâtam salió de la Mezquita, espoleó su montura y se dirigió hacia al-Nujaylah. Fue el primer hombre en mobilizarse para la guerra.[80]

Su valiente actitud y su espíritu combativo no fueron, sin embargo, emulados. La masa permaneció inmóvil y pasiva. Frente a esta actitud, una élite de hombres piadosos, tales como Qais Ibn Sa’ad Ibn Abadah al-Ansâri, Ma’qal Ibn Qais al-Riyâhi y Ziyâd Ibn Sa’sah al-Temimi, se indignaron y estigmatizaron la pasividad de los congregados. Después, se dirigieron al Imam al-Hasan en los mismo términos que ‘Ady Ibn Hâtam y proclamaron su compromiso con el Califa. El Imam al-Hasan apreció sugesto y les dijo: “…”Que Dios os cubra con Su Misericordia. Creo en vuestra buena intención, en vuestra sinceridad, en vuestra obediencia y en vuestro real afecto. Que Dios os recompense de la mejor manera”.[81]

El Imam al-Hasan descendió del mimbar y se dirigió hacia el campamento donde estaba su ejército, en al-Nujaylah, después de haber pedido a al-Maghirah Ibn Hârith Ibn ‘Abd-l-Mutalib que le reemplazara en la dirección del gobierno de Kufa y después de pedirle que siguiera animando a los Kufies para que se enrolaran en el ejército del Califa. Los fieles siguieron al Imam al-Hasan, sin gran entusiasmo, cási a regañadientes. Sin los esfuerzos del puñado de hombres piadosos y generosos, tales como Qais, ‘Adi… etc., precitados, no habría sido posible ninguna mobilización.

Gracias a la buena voluntad y al ardor de algunos fieles, el Imam al-Hasan pudo formar un ejército de miles de combatientes, pero era un ejército sin unidad ni harmonia, compuesto por muchas corrientes opuestas y contradictorias y con motivaciones diversas. Podemos dividir las corrientes que componían el ejército en las siguientes categorías:

1º.- **Los Jâriyies**: que eran los que se habían separado del ejército del Imam ‘Alî en el momento de la batalla de Siffin y se habían enfrentado a él, posteriormente, en la batalla de Nahrawân. Como es sabido, los Jâriyies habían sido hostiles, en origen, tanto al Imam ‘Alî como a Mu’âwiya. Habiendo encontrado en el Califato del Imam al-Hasan una solución de compromiso, ellos se unieron a su ejército para combatir a Mu’âwiya. Estos combatientes, no estaban dispuestos a seguir incondicionalmente al Imam al-Hasan y no

[80] Obra citada.
[81] Obra citada, pag. 67.

dudaban en abandonarle si los intereses del Imam no conectaban con los suyos. Veremos más tarde como acabaron por volverse contra él.

2º.- **Los partidarios de los Omeyas**. Podemos dividirlos en dos categorías:

a) Aquellos que no encontraron en la política igualitaria del Califato de Kufa como satisfacer su codicia y saciar su avaricia. Habían puesto su esperanza en el advenimiento de un gobierno Omeya, conocido por su inclinación a favorecer a todos aquellos que eran fácilmente sobornables. Todos estos esperaban la primera ocación para entregar el Califato legal a los Omeyas.

b) Los que profesaban, por diversas razones, personales o heredadas de períodos anteriores, una animosidad latente hacia el gobierno de Kufa. Veremos más adelante como esta categoría de Irakíes entró en contacto con Mu'âwiya para ofrecerle su alianza y, así, ser recompensados por ello.

3º.- **La categoría de los reticentes**, la cual no tenía una opinión específica independiente, y cuyo único deseo era vivir en paz y recibir, regularmente, sus asignaciones de cualquiera que detentara el control de la tesorería. Así, adoptaron una actitud de espera, para aliarse con el bando a favor del cual se inclinara el equilibrio de fuerzas.

4º.- Los que no habían superado el estadío tribal y sectario.

5º.- **El populacho**, que no tenía una opinión precisa y se dejaba llevar según soplara el viento.

El Imam al-Hasan, que no ahorraba esfuerzos para mantener un mínimo de cohesión y de moral en su ejército, era consciente de la composición tan heterogénea de éste, y sabía cuan precaria era su situación. Tenemos un testimonio de ello en la alocución que pronunció ante sus tropas, en Madâ'in, y que muestra su falta de confianza en la motivación de su ejército:

"En Siffin, antepusísteis vuestra religión a vuestra vida mundana, mientras que hoy, vosotros anteponéis ésta a aquella. Solo pensáis en la venganza. De una parte queréis vengaros por los que cayeron en Siffin, por otra reclamáis venganza por los muertos de Nahrawân. Los primeros eran unos desertores, los segundos eran rebeldes". [82]

Es obvio que un ejército cuyas motivaciones son tan variadas y tan contradictorias, corra el riesgo de desmembrarse a la menor contrarierad. Muâwiya, que conocía perfectacmente los puntos débiles del ejército del Imam al-Hasan, no tuvo ningún escrúpulo en aprovecharse de ellos por todos los

[82] Referido por Ibn Tâwûs en "Al-Malâhim wa-l-Fitan", citado por M. J. Fadhlallah, obr, cit. pag. 70.

medios a su alcance. Así, elaboró, al mismo tiempo que preparaba a su ejército para la invasión del territorio irakí, un plan de reconciliación que agradara a las tropas del Imam al-Hasan y con el que pensaba triunfar sobre el Califa legítimo, con esta estratagema pensaba poner al Imam en un doble dilema: o bien aceptaba la conciliación, cediendo el califato a Mu'âwiya, o bien quedaría como el único responsable de una batalla en la que Mu'âwiya terminaría con el resto de los miembros benditos de la familia del Profeta (a.s.s.), al igual que con la élite de sus partidarios, es decir con aquellos que dieron sus vidas por la salvaguarda y la integridad del Mensaje.

## LA PARTIDA HACIA EL COMBATE

El campamento de al-Nujaylah estaba en pie de guerra y acogía el flujo constante de combatientes que venían de Kufa. Los que recibían a los recién llegados tenían la voz ronca de tanto llamar a la movilización, incitando a los recalcitrantes a unirse al Yihad y tratando de elevar la moral de los derrotistas.

El Imam al-Hasan, que había ya delegado en al-Mughirah Ibn Hârith los asuntos del gobierno de Kufa, se afanaba en la organización del ejército y en elaborar la estrategia del combate. Ordenó a su primo 'Obaidullah Ibn al-'Abbas que le precediera, con una avanzadilla, al encuentro del ejército de Mu'âwiay, mientras que él terminaba de reunir al resto de los combatientes. En tanto que comamdante supremo del ejército, precisó a 'Obaidullah, en el documento de nominación como comandante de la avanzadilla, la línea de conducta a seguir y el plan de acción que debería ejecutar: "¡Primo!, pongo a tu disposición doce mil caballeros árabes… Marcha a la cabeza de ellos y no dudes en mostrarte flexible con ellos, acogedor, estar a su lado y acercarlos a nuestra causa, porque ellos constituyen lo que queda de creyentes fieles. Seguid el curso del Eufrates y atravesadlo para llegar a Maskan. Desde allí, continuad hasta que encontréis a Mu'âwiya. Cuando toméis contacto con él, impedidle que avance hasta que yo llegue, porque pronto estaré a vuestra altura. Envíame noticias cada día. Consulta a dos personas de confianza (Qays Ibn Sa'ad y Sa'id Ibn Qays). Si encuentras a Mu'âwiya no entables combate con él, salvo que tome la iniciativa. Si te pasara algo, nombra a Sa'ad como jefe de la tropa, y si le pasara algo a él, que tome su lugar Sa'id Ibn Qays." [83]

Poniendo a 'Obaidullah Ibn 'Abbas a la cabeza de la avanzadilla que le precedía, el Imam al-Hasan era consciente, sin duda, de la necesidad imperiosa de sus tropas de sentirse tranquilos marchando detrás de un comandante que estaba por encima de toda sospecha en un momento en que todo el mundo sabía que Mu'âwiya basaba su estrategia, de la conquista del Califato, sobre la corrupción y el soborno de los dirigentes y de los notables que vivían bajo el gobierno califal.

[83] Citado por Kâmal Suleyman, obr. cit. pag. 80.

Nadie podía imaginarse que un hombre como ‘Obaidullah, cuyos dos hijos habían sido odiosa y salvajemente asesinados en el Yemen por orden de Mu’âwiya, pudiera ser susceptible, algun dia, de pactar con Mu’âwiya. Sin embargo, cauteloso y sereno, el Imam quiso ponerse a cubierto de toda sorpresa, y por eso nombró a dos sustitutos para reemplazar a ‘Obaidullah si era necesario.

La presencia de ‘Obaidullah Ibn ‘Abbas a la cabeza de la avanzadilla de al-Hasan, no desalentó a Mu’âwiya de seguir con su política maquiavélica, que le aseguraba una gran ventaja sobre el Imam al-Hasan para quien solo contaba: encarnar la integridad, la rectitud, la veracidad y la honestidad que exige el Mensaje de cuya custodia y representación era garante. Sin embargo, antes de entablar un combate abierto, y conforme a las reglas de la guerra, de resultado incierto, contra el primer ejército del Califa, Muâwiya decidió provocar una desintegración interior arrojando el descrédito sobre su comandante. Aprovechando que este ejército estaba lejos de su cuartel general, propagó entre la tropa de ‘Oabidullah Ibn ‘Abbas un rumor, en apariencia creíble, según el cual habría habido un intercambio de correspondencia entre el Imam al-Hasan y el gobernador rebelde de Siria, relativa a la conclusión de un tratado de reconcilación. Los mercenarios y los agentes de Mu’âwiya intentaban, así, dañar la determinación de los combatientes y desalentarles de arriesgar inutilmente su vida.[84]

El rumor fue los suficientemente expandido como para enfrascar al conjunto del ejército de primera linea en discusiones sobre la veracidad de la noticia, y hacer dudar al mismo comandante ‘Obaidullah en la convicción de que su misión era importante. Al-Hasan, por su parte, demasiado ocupado en el envío de mensajeros y en la celebración de reuniones con vistas a movilizar le mayor número de hombres disponibles para el combate, no tuvo conocimiento de los estragos que había causado este rumor en las filas de su ejército, cuyo comandante no se había tomado la molestia de informarse, hablando con el Imam, del fundamento del rumor, máxime cuando estaba al corriente de las noticias de derrotismo y de falta de presteza de los Kufies para comprometerse con el Imam. También se decia que ‘Obaidullah se había metido en una empresa poco fiable, propagando el rumor de que los hombres que el mandaba no serían capaces de hacer frente a un ejército (el de Mo’âwiya) infinitamente más numeroso y mejor pagado. ¿Como afrontar esta situación?, ¿renunciar a esta empresa?. Ninguna razón válida podía justificar ese modo de actuar, porque él había sido nombrado por el Imam y su dimisión equivaldría a un incumplimiento de su deber. El único pretexto que le quedaba, era reconocer su incapacidad y confesar su derrotismo, lo que provocaría una herida en su orgullo y le supondría el desprecio de la gente. Pero Mu’âwiya, que observaba todos los movimientos de los jefes del ejército de al-Hasan y

[84] “Sharh al-Nahy”, Ibn Hadid, citado por M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 73.

esperaba el resultado de la acción subversiva de sus agentes, no tardó en abrir a ‘Obaidullah, cuya personalidad egocéntrica no le era desconocida, un vía de escape, o mejor dicho un camino evasivo, enviándole una carta en la cual utilizaba el método del “palo y la zanahoria”: “Al-Hasan me dice en una carta que él quiere renunciar al Imamato en mi favor, si me obedeces ahora, lo haras como dueño y señor, de otra manera lo harás como servidor”.[85] Todo ello acompañado de un oferta tendadora de “miles de dirhams”. ‘Obaidullah Ibn ‘Abbas, del cual una de sus características más destacadas era la magalomanía, encontró la proposición demasiado interesante como para rechazarla. Cuando cayó la noche, se deslizó como un vulgar ladrón hacia el campamento de Mu’âwiya, confirmando así su pasado de fugitivo derrotista. ¿No había eludido su responsabilidad, para salvar su vida, dejando el Yemen y abandonando a sus dos hijos a merced de los verdugos que no dudaron en asesinarlos?.

Al amanecer, el campamento en el que estaba su ejército se despertó en estado de shock, asombrado por la deserción de su comandante. ¿Cuál fue la reacción de los combatientes?. Los hipócritas y los oportunistas saltaban de felicidad, los fieles del Imam tenían los ojos llenos de lágrimas, y todo el mundo se preguntaba que determinación habrían de tomar. Una gran parte del ejército acabó por seguir el ejemplo de ‘Obaidullah Ibn ‘Abbas y se unieron a las tropas de Mu’âwiya. Para detener la hemorragia de deserciones y subir la moral de los soldados, el nuevo comandante, designado previamente por el Imam al-Hasan, Qays Ibn Sa’d, reunió a los combatientes y pronunció un discurso en el cual intentó minimizar la importancia de la actitud de ‘Obaidullah Ibn ‘Abbas:

“¡Oh soldados del ejército del Imam! No os sorprendáis demasiado por lo que este hombre, que se ha dejado sobornar, acaba de hacer. Ni él, ni su padre, ni su hermano han hecho nunca ningun bien. Su padre, que es el tío paterno del Profeta lo combatió en Badr y fue hecho prisionero. Su hermano, nombrado por el Imam ‘Alî como gobernador de Basrah (Basora) no tardó mucho tiempo en robar el dinero de los musulmanes, (tesoro público) para pagar a sus criadas, pretendiendo que su acción era lícita. En cuanto a ‘Obaidullah, que fue nombrado (por el Imam ‘Alî) gobernador del Yemen, huyó ante ‘Abdullah Ibn Busr, dejando que éste asesinara a sus hijos. Y he aquí que el ha hecho lo mismo que vosotros acabáis de oir”.[86]

En al-Madâ’în, donde el Imam al-Hasan se aprestaba a marchar a la cabeza de su ejército, hacia el frente de batalla, la situación no era mucho mejor. Habiendo tenido conocimiento de la deserción de’Obaidullah Ibn ‘Abbas, arrastrando con él una manada de desertores, el Imam se sintió como si le hubieran apuñalado por la espalda, una puñalda asestada por uno de sus más

[85] Ibn Abi al-Hadid, “Sharh al-Nahy”, tomo VI, pag. 42. Citado por M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 75.
[86] Maqâtil al-Tâlibîn, pag. 35, citado por M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 78.

fieles partidarios. El golpe fue aun más duro cuando supo que muchos comandantes de su ejército, habián escrito cartas a Mu'âwiya para pedirle protección y prestarle juramento de sumisión. El Imam vivía momentos dramáticos, porque él se veía, él que no poseía como arma de persuasión y disuasión más que la integridad, la pureza y la justicia islámicas, atrapado entre una sociedad corrupta y un corruptor sin escrúpulos y sin moral. En efecto, mientras que el Imam al-Hasan proseguía, incansablemente, la mobilización de los musulmanes, el hijo de Abu Sufiyân lanzaba, una y otra vez, sin pausa, en todas direcciónes sus ofensivas de corrupción, utlizando todos los anzuelos de la seducción. Según as-Sadûq (citado en al-A'yân ash-Shi'a, famoso libro de biografías de personajes de los primeros tiempos del Islam): "Mu'âwiya envió agentes a 'Amr Ibn Hârith, Ach'ath Ibn Qays, Huyr Ibn Abjar y a Chabth Ibn Rab'i, para transmitirles la siguiente promesa: si matas a al-Hasan, te daré cien mil dirhams, un contingente de soldados del ejército de Siria y una de mis hijas".[87]El Califa, habiendo descubierto el complot, tomó todas las precauciones necesarias para desbaratar las tentativas de asesinarle. Cuando se disponía a realizar las oraciones obligatorias, se revestía con una coraza. Fue esta coraza la que le salvó de una flecha lanzada contra él en el momento de la oración. Y según al-Jarâ'ij (citado en al-A'yân): "Cuando al-Hasan envió un comandante de la tribu de Kindah, a la cabeza de un ejército de cuatro mil combatientes, para enfrentarse a Mu'âwiya, éste le envió, en el momento de su llegada a al-Anbar, quinientos mil dirhams, con la promesa de nombrarle gobernador de algunos lugares de Siria y de la Península arábiga. El comandante no pudo resistirse a esta seductora oferta. Se unió a Mu'âwiya, con doscientos de sus partidarios. Cuando el Imam al-Hasan envió a otro comandante que había proclamdo su compromiso ("tan grande como una montaña") de no traicionarle, siguió los pasos de su predecesor, haciendo buena la predicción de al-Hasan que había dicho que le traicionaría". [88]

En todo caso, desde la deserción de 'Obaidullah, las alarmantes noticias, relativas a la multiplicación de las deserciones en la avanzadilla del ejército del Imam, continuaban sucediendose, donde se estimaba que el número de soldados desertores era de 8.000 hombres, es decir los dos tercios de los efectivos, estimados en 12.000 hombres. Sabiendo que el ejército enemigo contaba con unos 60.000 hombres, a los cuales se añadirían, previsiblemente, los 8.000 desertores del ejército califal, la relación de fuerzas era desproporcionada: 68.000 hombres del ejército Omeya contra 4.000 (el resto de la tropa que mandaba 'Obaidullah) y 8.000 (el ejército de Madâ'in, mandado por el Imam al-Hasan) de las fuerzas del Califa legítimo.

El Imam al-Hasan era lo suficientemente sabio como para comprender que la defección masiva que se había producido en su bando no podía

[87] A'yân ash-Shi'a, tomo IV, pag.22.
[88] Obra citada, pag. 22.

explicarse más que por un plan de subversión minuciosamente preparado, anteriormente, y ejecutado con la complicidad de un buen número de jefes de su ejército. Por otra parte, el ejército de Madâ'in, que el mandaba, comenzaba a padecer los mismos reveses que había sufrido el de Maskan, porque una buena parte de los soldados que habían aceptado mobilizarse y ponerse bajo el estandarte de las tropas califales, lo había hecho por codicia y con la esperanza de una victoria del Imam al-Hasan, que les permitiría apropiarse de los jugosos botines tomados al adversario. Ahora bien, cuando los soldados intereados supieron la noticia de las deserciones masivas en las filas de la avanzadilla contra el ejército Omeya, estimaron que la probabilidad de victoria del Imam era demasiado débil como para poder obtener lo que deseaban.

Mientras que el Imam reflexionaba sobre la forma de llevar su ejército a pensar más en su deber islámico, en el futuro del Mensaje y en el interés general del Islam, que en los bajos intereses materiales hacia los que Mu'âwiya no cesaba de conducirles, éste último no se atrevía, aun, a llevar una acción de fuerza contra el ejército del nieto del Profeta (a.s.s.), y animado por los primeros resultados positivos, de su plan de subversión, prosiguió con más perfidia si cabe el referido plan, con la esperanza de desagregar completamente, y desde dentro, las fuerzas del Califa legal. El alejamiento de los dos ejércitos del campamento de al-Hasan, y las deserciones sucesivas registradas en uno y otro, constituían dos bazas suplementarias para la continuación del plan de Mu'âwiya, y un terreno abonado para la propagación de rumores. Si los soldados de Maskan continuaban oyendo, cada día, un nuevo rumor y una nueva versión sobre la abdicación, efectiva o virtual, del Imam al-Hasan, los esfuerzos de los agentes de Mu'âwiya se concentrarían, de aquí en adelante, sobre el ejército de Madâ'in, donde los rumores más desorbitados y más contradictorios sobre nuevas deserciones de jefes del ejército de Maskan, y sobre todo el rumor de la "alianza con Mu'âwiya" del nuevo comandante, Qays Ibn Sa'ad, que el Imam había nombrado para reeplazar al primer comandante desertor, 'Obaidullah Ibn 'Abbas, exasperaban el nerviosismo de los combatientes. Los agentes de Mu'âwiya aportaron la gota que colmó el vaso, cuando entraron en Madâ'in para anunciar, con un tono falsamente alarmista que: "¡Qays Ibn Sa'ad ha muerto! ¡Sálvese quien pueda!"; lo que provocó un pánico generalizado y un alboroto del que se aprovecharon algunos soldados para asaltar las tiendas del Imam al-Hasan, saquear sus efectos personales e intentar, incluso, arrancar la alfombra de oración sobre la cual el Imam estaba sentado. Disgustado y asustado por la actitud de estos solados, el Imam se refugió en el palacio de Madâ'in.[89]

Según otro relato, cuando el Imam al-Hasan llegó a Sâbât, antes de entrar en su refugio, un hombre de la tribu de Bani Asad (al-Yarrâh Ibn Sanan)

[89] Ibn al-Athir, tomo III, pag. 203, citado por M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 82.

que le había precedido, apareció súbitamente, tomó la brida de su caballo, y le asestó un sablazo en la pierna, hiriéndole gravemente.[90]

Habiéndose asegurado de que las deserciones, los rumores y la subversión habían minado la moral de las tropas del Imam al-Hasan y contribuido a desorganizar su ejército, Mu'âwiya comenzó a ejecutar la segunda parte de su plan. Envió al campamento del Imam una delegación de tres emisarios, convenientemente escogidos, para hacer el papel de "mediadores". Se trabata de 'Abdullah Ibn Kariz, 'Abdu-r-Rahmân Ibn al-Hakam y al-Mughira Ibn Chu'ba. Estos emisarios mostraron a al-Hasan las cartas que los jefes de tribu, y otras personalidades irakíes, (es decir, aquellos mismos que fueron comandantes de su ejército) habían enviado a Mu'âwiya y en las cuales explicaban que su compromiso con las tropas del Califa legítimo tenía como meta, una vez llegado el momento, socavar la estructura de ese ejército desde dentro.

El Imam al-Hasan leyó las cartas, reconoció a sus autores y se aseguró de su autenticidad. No fue una sorpresa para él. Recordaba que en muchas ocasiones se había sentido decepcionado por estos hombres a los que se esforzaba en guiar hacia la vía recta y que, sin embargo, le habían hecho sufrir el martirio, al igual que habían hecho con su padre, el Imam 'Alî.

Después de haberle presentado estas "cartas-argumentos" al Imam, la delegación le comunicó el ofrecimiento de Reconciliación de Mu'âwiya, en el cual éste le dejaba autonomía para fijar las condiciones que él estimara convenientes.

Aunque los delegados le pedían un rápida respuesta, el Imam no estaba dispuesto a dársela tan pronto, porque la situación exigía una última reflexión y un posterior análisis del estado de ánimo de sus tropas. Ciertamente, él era consciente de la desintegración de su ejército y de las incoherencias de sus tropas, y sabía que, en el estado en que se encontraban actualmente, éstas no eran ribal para las fuerzas de la rebelión. Pero él sabía, igualmente, y mejor que nadie, que en tanto que Califa legal, no podía aceptar un compromiso, o una abdicación, de su mandato sin estar seguro de que las circunstancias presentes y el futuro del Mensaje imponían, aunque fuera de forma provisional, una tal solución. En otros términos, si su posición de Califa legítimo requería que no cediera a la rebelión contra la autoridad islámica legal. Su deber de Imam predesignado, de guardián y continuador de la Experiencia Islámica, emprendida por el Profeta (a.s.s.) recomendaba, sin duda, que su actitud presente se tomara en función del desarrollo futuro de esta Experiencia. En todo caso, el Imam al-Hasan no ignoraba que entre los hijos de Abu Sufiyân, la voluntad descontrolada de conquistar el Estado Islámico, que había fundado el

[90] "A'yân ash-Shi'a", tomo IV, pag. 21, citando a al-Mufid y a Abi al-.Farach (citado por Fadhlallah, obr. cit. pag. 102).

Profeta (a.s.s.), igualaba a su odio negro por la familia y los descendientes del Profeta (a.s.s.) así como por sus partidarios, y que si la ocación les era propicia, harían todo lo posible por extinguir esta familia, y con ella todos los musulmanes piadosos que osaran recordarle su deber de no desviarse de las enseñanzas del Libro y de las Tradiciones del Profeta (a.s.s.).

Para no caer en la trampa diabólica que le tendía Mu'âwiya, el Imam no dio respuesta a los emisarios de aquél, contentándose con recordarles sus deberes ante Allah, sus obligaciones de pensar en el interés general de la Umma y recordarles que habrían de responder, de su actitud para con él, ante Allah y el Profeta (a.s.s.).

Pero era como "predicar en el desierto", el esperar algo bueno de estos hombres, cuidadosamente designados por Mu'âwiya para ejecutar una misión satánica y un plan, previamente, establecido. Así, una vez que salieron de la estancia del Imam, se repartieron entre las tiendas de los soldados, que ardían en deseos de conocer el resultado de la entrevista, y tomando un aire de satisfacción, les anunciaron, pérfida y furtivamente: "por el hijo del Mensajero, Allah ha impedido el derramamiento de sangre, nos ha evitado trastornos y ha dispuesto la reconciliación".[91]

Estas engañosas insinuaciones tenían como objetivo, de una parte desmovilizar el ejército de al-Hasan, de otra acentuar sus divisiones y hacer estallar sus contradicciones latentes. Éstas no dejaron de producir sus efectos, tanto es así que llegaron a tocar el punto flaco de los Muhakkimah (los Jariyíes), los cuales no se habían unido a las tropas del Imam más que para vengarse de Mu'âwiya. Tocados en lo más profundo, estos Jariyíes revanchistas montaron en cólera ante el anuncio tendencioso de la delegación Omeya. Su fallida revuelta volvió a tener sentido.

Una vez que la delegación se marchó y volvió la calma, el Imam al-Hasan decidió, depués de una profunda reflexión, reunir sus tropas, o lo que quedaba de ellas, para sondear sus intenciones y conocer su disposición, porque después de todo lo que acababa de pasar, desde su ascensión al Califato, estimaba que la decisión final que debería tomar (reconciliación o combate) para limitar el daño que Mu'âwiya estaba a punto de causar al Mensaje, a la Experiencia islámica y a su futuro, dependería ampliamente de las motivaciones, de la combatividad y del estado de ánimo de su ejército. De esta forma, cuando sus tropas se reunieron en torno al Imam al-Hasan, éste les dijo: "Mu'âwiya nos propone algo que no es ni honorable ni equitativo. Si aceptáis el sacrificio, lo afrontaremos y dejaremos que las espadas sean el

[91] Citado por M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag 85. Para más detalles, ver: "Al-Ya'qubi", "Historia Universal" tomo II, pag. 191.

instrumento del juicio de Dios. Pero si preferís la tranquilidad, aceptaremos su proposición y obtendremos para vosotros la satisfacción…" [92]

¡Paradoja! ¡Decepción! En todas partes se oía lo mismo: "¡Firma el contrato de reconciliación!". No hubo ninguna opinión contraria, ninguna voz discordante, ni siquiera en las filas de los Muhakkimah, ¡que se negaban a contraer cualquier compromiso con Mu'âwiya!. ¿Habían acabado por convencerse, también ellos, de que la conyuntura actual no era propicia y que una batalla contra la potencia emergente de Mu'âwiya estaba, en los tiempos que corrían, perdida de antemano?.

Esta prontitud de los soldados del Imam al-Hasan de expresar, cuasi unánimemente, su deseo de no combatir, que no sorpendía al nieto del Profeta (a.s.s.), mató en él toda esperanza de intentar, nuevamente, mobilizar a los musulmanes para el combate que quería entablar, desde el primer día de su Califato, contra la rebelión desviacionista. El imam compredió que todas su prédicas, todos sus esfuerzos incansables que había desplegado para llevarlos a tomar conciencia de la importancia del desafío, de la necesidad imperiosa de defender la línea del Profeta (a.s.s.) y del Califato Bien Guiado, eran vanas, y que, en consecuencia, por el momento, acometer una empresa de fuerza desigual y desesperada contra los retoños de Abu Sufiyân, de Abu Lahab y de la "Portadora de Madera" (la tía paterna de Mu'âwiya), equivaldría, a corto plazo, a un suicidio y, a largo plazo, no tendría ningún efecto, o resultaría perjudicial.

## EL MAL PERNICIOSO

La preferencia de los soldados del Imam al-Hasan por la reconciliación con Mu'âwiya hacía vivir al nieto del Profeta (a.s.s.) momentos dramáticos o, más bien, un drama de doble vertiente: la repugnancia del Imam a tratar con la desviación de una parte, de otra la imposibilidad (en la que se encontraba) de movilizar a los musulmanes con vistas a evitar el peligro que se cernía sobre la Religión. Si la primera causa es comprensible y legítima, la segunda plantearía la siguiente cuestión : ¿Por qué el Imam al-Hasan no llegó a mobilizar a las masas musulmanas para la defensa de su causa, la de su padre y la de su abuelo (a.s.s.)?. Nada en la personalidad prestigiosa del Imam al-Hasan hacía presagiar esta situación tan paradójica. El nieto del Profeta (a.s.s.), el hijo de Fátima az-Zahrâ, el discípulo del Imam 'Alî, tenía una ascendecia evocadora, una educación islámica ejemplar, un pasado rico de experiencia en la materia. ¿No era el acompañante del Imam 'Alî en todas sus campañas: en Basra, en Nahrawân, en Siffîn? ¿no jugó un papel decisivo en todos estos combates victoriosos? ¿No era a quien el Imam 'Alî acudía para movilizar a los musulmanrtes para el combate? Orador infatigable y hombre de argumentos

[92] Citado por Ibn al-Athir en "Al-Kāmil fī al-Tārīj", tomo III, pag. 204, así como por at-Tabari, Ibn Jaldun y muchos otros historiadores. Ver, igualmente, M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag 92.

incontestables, su padre lo eligió, como ya vimos, como su embajador y su portavoz, tanto para exaltar el ardor de los musulmanes y estimular a los combatientes, como para desarmar, por sus argumentos, a los malintencionados. Pero no era la persona, ni la personalidad, de al-Hasan lo que estaba en cuestión. El Imam sabía que no había nada que reprocharle y que nadie tenía nada que decir sobre sus capacidades, sobre su integridad y sobre sus meritorios esfuerzos. Pero aquí se plantea otra pregunta: ¿por qué, contrariamente a él, Mu'âwiya, del que todo el mudo sabía su desviación y que encarnaba las secuelas de la Yahiliya, tenía éxito, no solo en aunar tras de sí a decenas de millares de musulmanes, sino que también podía atraer a su ejército a numerosos soldados de las filas del Imam al-Hasan?.

El Imam tenía, justamente, el mérito de detectar y de diagnosticar lo que no estaba bien en la situación tan dramática que estaba a punto de vivir, él y todos los musulmanes piadosos. Él comprendía que la Experiencia islámica se encontraba en un punto de inflexión y que se iba a asistir a un cambio de época y de estado de espíritu, a una ruptura entre lo que él mismo encarnaba (las exigencias del Mensaje) y la disposición de la Umma: "Ayer vosotros nos seguíais, haciendo pasar vuestra religión antes que vuestra vida, hoy vosotros anteponéis ésta (la vida) a aquella (la religión)", decía el Imam al-Hasan, amargamente, a sus soldados que le hacían sufrir el martirio por su desidia y su actitud cambiante. El Mensaje había llevado a la gente a concebir que la vida de aquí abajo no tenía sentido más que si era considerada como un trampolín hacia la vida eterna, pero el Imam al-Hasan constató que este criterio ya no era apropiado y que lo que la situación exigía de él no correspondía, a penas, a las enseñanzas y a los principios islámicos que le habían inculcado el Profeta (a.s.s.) y el Imam 'Alî. Cuando algunos compañeros del Imam al-Hasan, consternados por el desmoronamiento del ejército y su mengua de efectivos, le aconsejaron hacer lo que Mu'âwiya hacía, es decir tentar a los jefes de tribus y a los hombres influyentes mediante ventajas pecuniarias y promesas de puestos importantes, el Imam al-Hasan rechazó, categóricamente, su consejo: "¡¿Como?! ¡¿Queréis que obtenga la victoria por medio de la injusticia?! ¡Por Dios, no lo haré jamás! [93] este era, lógicamente, el único remedio eficaz y el único adecuado para parar el rodillo compresor que Mu'âwiya había lanzado sobre sus tropas. Pero si combatir la corrupción, por una corrupción similar, se había convertido en el único medio, válido, para oponerse a un agente corruptor (Mu'âwiya), como es el caso, es que el mal, o la corrupción, habían llegado hasta el mismo cuerpo de la Umma y que ésta había llegado a tal estado, y que el mal se había ramificado de tal manera, que era vano intentar desenráizarlo en su estado actual y que había que dejarlo terminar su ciclo y secretar sus venenos para que el cuerpo que lo portaba se diera cuenta de sus efectos nocivos y reaccionara; lo que no era el caso en el momemto presente,

[93] Àdil al-Adib, "Al-A'immah al-Ithnâ 'Ashar". Pags. 95-96.

pues la Umma parecía tan intoxicada por el mal que la corroía que se encontraba cómoda en ese estado.

Para comprender la perfecta pertinencia de la actitud que el Imam al-Hasan acabó por adoptar frente a la presión de Mu'âwiya, conviene estudiar la naturaleza de este mal pernicioso y revisar las etapas de su desarrollo.

El Imam al-Hasan, accedió al Califato en un momento en que la Experiencia islámica experimentaba un cambio de dirección: el paso del Califato Bien Dirigido (en el que el Estado y sus dirigentes están sometidos al Orden Divino) a un reino temporal (donde el interés del Estado se anteponía a los preceptos del Mensaje) según lo denomina Abu-l-A'la al-Mawdudi,[94]del Califato religioso, que encarnaba el Imam 'Alî, al Estado temporal, representado por Mu'âwiya, según la expresión de 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd;[95]o dicho en otros términos, el Califato del Imam al-Hasan coincidía con el fin de la Experiencia islámica, tal y como había sido practicada por le Profeta, (a.s.s.) y proseguida, después de él, durante un corto período que llegó a su fin con el asesinato del Imam 'Alî. Pero démonos cuenta de que este cambio en la Experiencia islámica no era, en absoluto, como algunos tendrían tendencia a creer, una evolución normal o un progreso, sino más bien al contrario, era un retroceso, un retorno a las costumbres de la Yahiliya, revestidas con ropajes islámicos, porque el Islam era un hecho irreversible. Pero ¿cómo esta sana Experiencia pudo ser infectada con este mal que, a la postre, se convirtió en irreductible?.

Ya tuvimos la ocasión de ver, brevemente, como los Tulaqâ', (طلقاء) árabes de la Meka que abrazaron el Islam a última hora y forzados, de los cuales formaba parte Mu'âwiya, pudieron acceder a puestos clave del Estado, bajo el Califato de 'Othmân. Escuchemos ahora el comentario del sabio religioso, Abu-l-A'la al-Mawdudi, a este respecto:

"Este cambio (…) comenzó cuando nuestro señor 'Othmân (…) nombró a sus allegados familiares para las altas funciones del gobierno y les otorgó privilegios a los cuales todo el mundo se opuso[96] (…). Así, tuvo que destituir a Sa'ad Ibn Abi Waqqas de su función de gobernador de Kufa, para nombrar en su lugar, primero a su medio hermano Al-Walid Ibn Aqabah Ibn Mu'it, después a un pariente más próximo, Sa'id Ibn al-'As. De la misma forma, hizo dimitir a Abu Musa al-Ach'ari de su función de gobernador de Basora para reemplazarle por su primo materno 'Abdullah Ibn 'Amîr e hizo dimitir al gobernador de Egipto, 'Amr Ibn al-'As, para sustituirlo por su hermano de leche 'Abdullah Ibn Sa'ad Ibn Abi Sarh. En cuanto a Mu'âwiya, que había sido gobernador de Damasco durante el califato de 'Omar, 'Othmân le puso a la cabeza de un gobierno que

[94] "Al-Jilâfa wa-l-Mulk", obr. cit. pag. 99.
[95] "Al-Abqariyyât al-Islâmiyah", obr. cit. pag. 67.
[96] "Al-Jilâfa wa-l-Mulk", obr. cit. pag. 64.

comprendía, a la vez, Damasco, Himç (la actual Homs), Palestina, Jordania y el Líbano. Por último, 'Othmân nombró a su primo Marwân Ibn al-Hakam, Secretario General del Estado, lo que le permitió imponer su influencia sobre todo el Estado y sobre todo lo que comprendía éste y sobre todos aquellos que estaban sometidos a él. De esta forma, todos los poderes se encontraron en las manos de una sola familia".[97]

¡¡Y que familia!!

Abu-l-'A'la al-Mawududi, prosigue:

"Aunque el hecho de reservar todos los puestos importantes del Estado a la familia del Califa fuera discutible, otros factores concurrieron para la ampliación del estado de turbulencia y anarquía: el primer factor es que los miembros de esta familia, que fueron promocionados en la época de 'Othmân, eran todos Tulaqa', es decir familias de la Meka que fueron, hasta el último momento, hostiles al Profeta (a.s.s.) y al Mensaje del Islam y que el Profeta (a.s.s.) amnistió, después de la conquista de la Meka, para permitirles entrar en el Islam. Mu'âwiya, al-Walid Ibn 'Oqba y Marwân Ibn al-Hakam, estaban entre estas familias a quien se les había perdonado la vida y que el Profeta (a.s.s.) había amnistiado. En cuanto a 'Abdullah Sa'ad Ibn Sarah, renegó del Islam después de haberse convertido y fue uno de aquellos a quien el Mensajero de Dios (a.s.s.) ordenó que se le matara, ¡aunque estuviera agarrado a la Kiswa (tela que recubre la Ka'abah) de la Ka'abah! (…). Es evidente que nadie aceptó que los más antiguos (musulmanes), aquellos que habían expuesto su vida a todo los peligros, en vías de la victoria del Islam, y gracias a cuyos sacrificios el estandarte del Islam ondeó en lo más alto, fueran destituidos y que la Umma fuera gobernada, en su lugar, por tales individuos (los Tulaqa'). El segundo factor es que éstos individuos no estaban cualificados para el liderazgo del movimiento islámico… porque no habían tenido la oportunidad de acompañar al Profeta (a.s.s.) y de recibir su educación, de tal forma que sus corazones se unieran con su espiritu, a su conducta y a su vía. Pudiera ser que fueran excelentes administradores y conquistadores (…), pero el Islam no había venido, únicamente, para apoderarse de países y naciones, era, ante todo, una Llamada a la Reforma y al Bien, requiriendo mucho más una educación intelectual y moral que una competencia administrativa y militar. Ahora bien, según este criterio, estos individuos habrían debido tener un lugar en las últimas filas de los Compañeros y de los que les siguieron (Tâbî'un) y no en los primeros puestos." [98]

Estos Tulaqa', que eran enemigos encarnizados del Islam y los musulmanes hasta el úlitmo momento antes de su derrota y a los que el Profeta (a.s.s.) había amnistiado, a pesar de la sangre que manchaba sus manos,

[97] Abu-l-'A'la al-Mawdudi, "Al-Jilâfa wa-l-Mulk, obr. cit. pags. 63-65.
[98] Abu-l-'A'la al-Mawdudi, "Al-Jilâfa wa-l-Mulk", obr. cit. pag. 66.

¿iban a dar prueba de gratitud y tener un comportamiento islámico digno de confianza, después de que el Profeta (a.s.s.) les ofreciera la posibilidad de integrarse en la comunidad musulmana? ¡Nada más lejos de la realidad! Abu-l-'Al'a al-Mawdudi nos cita,[99] entre otros, el ejemplo de Al-Walid Ibn 'Oqba:

"Al-Walid Ibn 'Oqba, había entrado al Islam después de la Conquista de la Meka. Fue encargado por el Profeta de ir a recaudar las limosnas legales a la tribu de Bani Mustalaq. Una vez llegado a la región que habitaba esta tribu, al-Walid sintió miedo y volvió a Medina sin haber tomado contacto con nadie. Cuando llegó a Medina, dijo al Profeta que los Bani Mustalaq rechazaban pagar la Zakât (limosna legal) y que habían intentado matarle. El Profeta (a.s.s.) se enfadó y envió un ejército contra la tribu para combatirles. Los jefes de los Bani Mustalaq se extrañaron al ver a este ejército y, pensando que habría habido algún malentendido, fueron a Medina, informaron al Profeta de que éste individuo no había ido jamás a su tribu y que ellos esperaban la llegada de alquien para entregarle la Zakât. A propósito de esto se reveló el siguiente versículo: **"¡Oh Creyentes! si un hombre perverso os trae alguna noticia, ¡examinadla bien! no sea que lastiméis a alguien por ignorancia, y tengáis que arrepentiros de lo que habéis hecho" (Coran 49:6)**.

Y Al-Mawdudi añade:

"…es a éste mismo al-Walid Ibn 'Oqba a quien 'Othmân nombró, en el años 25 de la Héjira, gobernador de la provincia de Kufa, en lugar de Sa'ad Ibn Abi Waqqas. Desempeñando este puesto es como la gente descubrió que era un alcohólico cuando un día cumplío, estando ebrio, a la cabeza de los fieles la Oración del Alba (Salat as-Sobh) cuatro raka'ats (en lugar de dos) y, volviéndose hacia los que oraban con él, les preguntó: ¡¿queréis más!?". [100]

Protegidos por la acción de la más alta autoridad islámica oficial (el Califa), ocuparon los puestos de responsabilidad más sensibles y los más influyentes, aureolados del prestigio de las más altas funciones, estos Tulaqâ', impregnados de las secuelas de la Yahiliya, mancharon, amplia y profundamente, con la impureza hasta la página más blanca de la Experiencia Islámica. Siendo, por su posición y sus funciones como dirigentes, el ejemplo a seguir, los guías y los conductores de la Experiencia Islámica, ellos fueron designados para conducir ésta, inevitablemente, hacia la desviación, todo ello en un momento en que la comunidad musulmana estaba en plena expansión y contaba, entre sus filas, con muchos nuevos convertidos que no sabían distinguir lo que era verdaderamente islámico de lo que no lo era. Porque aun suponiendo que los "amnistiados" hubieran podido despojarse de su odio de antaño por el Islam y sus instituciones anti-yahilies y que aceptaran, voluntariamente, estas instituciones, no estaban cualificados para acomodarse

[99] Obra citada, pags. 70-71.
[100] "Al-Jilâfa wal-Mulk, obr. cit. pag. 68.

a ellas, perfectamente, o aplicarlas correctamente, como es indispensable para todo guía o dirigente de éstas instituciones. Si en la época del Profeta (a.s.s.), éste o los Compañeros piadosos estaban allí para llamarles al orden y obligarles a respetar las reglas de la Religión, a la cual acababan de adherirse; bajo el Califato de 'Otmân, no solamente se habían convertido en los dueños de su conducta, sino que tenían, ahora, a su merced a los Compañeros, al Estado y a la Umma.

Escuhemos, nuevamente, lo que dice Abu-l-A'la al-Mawdudi a este respecto:

"El hecho de que 'Othmân colocara a esta gente, "los Tulaqâ'", por encima de todo el mundo tuvo repercusiones profundas y peligrosas. Veamos dos ejemplos: el primero tiene que ver con el nombramiento de Mu'âwiya para gobernar una región muy extensa (…) considerada, en el plano militar, como la zona más importante del Estado islámico en aquella época, porque ella tenía, a su derecha todas las provincias orientales y a su izquierda todas los provincias occidentales. Esta zona tenía el valor de una "ínsula aislada": si su gobernador se desviaba del control del Estado, podría entonces aislar las provincias orientales de las occidentales. Mu'âwiya se aferró, durante bastante tiempo, al gobierno de esta región para poder consolidar sus raices y fijar sus pilares, a tal punto que escapaba al control del centro principal del Estado, o mejor dicho éste (el Estado) dependía de él (de Mu'âwiya) y le estaba sometido (…). El segundo es el hecho de que 'Othmân nombrara a Marwan Ibn al-Hakam para el puesto de "Secretario del Califa", y le considerara como su consejero y protector, lo que permitía, a éste último, proferir amenazas sobre los Compañeros, dificilmente soportables, viniendo de una "amnistiado". [101]

Este predominio total de los Tulaqâ' sobre la dirección del Estado islámico, era debido principalmente (al menos al principio) a su tribalísmo. Su espíritu de revancha (otra faceta del tribalísmo) les empujaba a preocuparse, ante todo, por apoderarse totalmente de éste Estado islámico que les había humillado y les había privado de su gloria yahilita de antaño. Pero sabiendo que ellos no estaban bien colocados como para pretender la dirección del Estado islámico, tal y como había sido instituido por el Profeta (a.s.s.), y que no tenían ninguna oportunidad de poder rivalizar en este dominio con hombres piadosos, cuya vida se identificaba con el espíritu y la letra del Mensaje, ellos se aplicaron a ensuciar las reglas de la moral islámica y a difundir valores materiales y temporales, que el Islam había combatido, y contra los cuales los pretendientes legítimos a la dirección de la Experiencia islàmica no podían rivalizar con ellos. El ejemplo, o la prueba, de ello es lo que decía el Imam 'Alî cuando ponía en la balanza su propio coraje y la astucia de Mu'âwiya: "Por Dios, Mu'âwiya, en sí mismo, no es más astuto que yo. Pero es un traidor y un

[101] Obra citada, páginas 70-71.

pervertido. Si yo no detestara la traición, sería más ingenioso que nadie". [102] En una palabra, los Tulaqâ' se las ingeniaron para hacer prevalecer, en la masa de musulmanes, los principios del "poder temporal" en oposición a los principios del "Califato religioso". Mientras que los principios del Califato querían que el hombre obtuviera su satisfacción de la satifacción de Dios, los principios del "poder temporal" tendían a satisfacer las inclinaciones inmediatas del hombre: "Mientras que yo quiero que vosotros satisfagáis a Dios, vosotros queréis que yo os satisfaga"[103] habría dicho el Imam 'Alî a los musulmanes, cuando constató los estragos que los Tulaqâ' habían causado en el estado de espíritu de la Umma, durante los doce primeros años de su dominio sobre el Estado islámico, bajo el califato de 'Othmân, en el curso del cual el paso del Califato Bien Dirigido al reino temporal, se había producido, amplia e irreversiblemente.[104] En efecto, ¿qué hizo Mu'âwiya a lo largo de su reinado sobre Damasco sino transformar, sistemáticamente, a los soldados de Dios, que eran musulmanes, en soldados del reino?. 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd, escribe a éste propósito:

"Desde que obtuvo el encargo del gobierno de Damasco, Mu'âwiya maquinó para perpetuarse en él y atraerse partidarios y apoyos. Hizo todo para satisfacer a cualquiera que pudiera serle útil (…). La tesorería de Damasco satisfacía, ampliamente, las necesidades de sus residentes y de todo aquel que lo solicitaba (…). Un día, un habitante de Kufa entró con su camello en Damasco mientras que los soldados de Mu'âwiya volvían de Siffin (localidad de Irak donde se desarrolló la batalla contra el Imam 'Alî). Uno de los soldados tomó el camello jurando que le había sido arrebatado en esa localidad. El asunto fue llevado ante Mu'âwiya. El soldado en cuestión aportó 50 testigos para que declararan que esa "camella" le pertenecía. Mu'âwiya ordenó al Kufí que devolviera la camella al demandante. El Kufí dijo a Mu'âwiya: "¡Que Dios se apiade de ti! ¡Esta bestia no es una camilla, sino un camello!". Mu'âwiya replicó: "El juicio ya ha sido pronunciado, no cabe apelación". Cuando todo el mundo se marchó, Mu'âwiya llamó al Kufí, la pagó, doblemente, el precio de su camello y le dijo: "Informa a 'Alî (el Imam) que me enfrentaré a él con cien mil hombres que no podrían distinguir un camello de una camella". [105]

Al-'Aqqad añade a este relato otra anécdota:

---

[102] Citado por 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd, "Al-Abqariyyât al-Islamiyat", obr. cit. pag. 101.
[103] Obra citada.
[104] Mientras que Al-Mawdudi (obra citada pag. 63) sitúa el comienzo de este cambio bajo el Califato de 'Othmân, 'Abbas Mahmud al-'Aqqâd dice que "el Califato de 'Othmân era medio califato religioso y medio estado temporal, obr. cit. pag. 67.
[105] "Al-Abqariyyât al-Islâmiyyah", obr. cit. pag. 45.

“Los soldados de Mu’âwiya le servían tan ciegamente que no dudaron en batirse por él en Siffin, cuando acababa de cumplir, delante de ellos, un miércoles la Oración del Viernes”.[106]

Estos dos ejemplos, cualquiera que sea su veracidad o exactitud documental, nos dan una idea, según la unanimidad de los historiadores, de una parte el tipo de soldados que Mu’âwiya y sus acólitos tenían bajo su mando, y de otra parte la diferencia de concepción del Estado Islámico que tenía el Imam ‘Alî, encarnación del Califato Bien Dirigido y en Mu’âwiya, la arquitactura del “reino temporal”. El mensaje de Mu’âwiya al Imam ‘Alî era claro y significaba: los soldados que estaban a sus ordenes, y que no sabían distinguir lo “verdadero” de lo “falso”, el “bien” del “mal”, tal y como eran definidos por el Islam estos conceptos, anunciaban el fin de una época y el nacimiento de otra en la cual los musulmanes piadosos no tenían otra alternativa que ésta: sumisión o exclusión:

“Cada vez que se producía una protesta, nos dice A. M. Al-‘Aqqâd, Mu’âwiya se aplicaba en sofocarla de una forma apropiada. Si la protesa venía de un hombre corruptible, se mostraba generoso con él, y si se trataba de un creyente piadoso y sincero, utilizaba su astucia para expulsarlo de Damasco. Un día, Abu Dhar al-Ghiffâri, exasperado por el exceo de bienestar y de relajación en el cual comenzaban a vivir los notables de la clase alta, lanzó un grito de indignación y se puso a reclamar a los ricos que gastaran sus fortunas en la causa de Dios, recordándoles esta advertancia coránica: **“… A quienes atesoran oro y plata y no lo gastan por la causa de Allah, anúnciales un castigo doloroso. El día que esos metales se pongan candentes en el fuego del Infierno y sus frentes, costados y espaldas sean marcados con ellos…” (Corán 9:34-35)**. Este grito de indignación, que suscitó el entusiasmo de los pobres y la indisposición de los ricos, alarmó a Mu’âwiya. Así, Mu’âwiya envió a Abu Dhar, por medio de un emisario, mil dinares con la esperanza de hacerle callar. Cuando Abu Dhar recibió ese dinero, lo distribuyó entre los necesitados. Entonce Mu’âwiya decidió comprar el silencio de Abu Dhar avergonzándole. Le envío, nuevamente, a su emisiario para decirle, en un tono falsamente inocente: “Sálvame de la ira de Mu’âwiya, porque el dinero que te traje, estaba destinado, en realidad, a otra persona. ¡Me equivoqué de destinatario!”. Abu Dhar le respondió: “Por Allah, no tengo ni una sola moneda de lo que me trajiste. Concédeme un plazo de tres días para que pueda reunir esa suma y restituírtela”. Mu’âwiya comprendió que Abu Dhar no era un hombre que podía ser comprado. Por ello, pidió al Califa (‘Othmân) que le permitiera desterrarle de Damasco a Medina. El Califa aceptó la proposición.

[106] Obra citada.

Pero en Medina, Abu Dhar, cometió otro acto de insubordinación y fue deportado a otro lugar donde ya no podía ser escuchado”. [107]

Este ejemplo, que no expresa completamente ni el alcance de la desviación iniciada por los Tulaqâ, bajo el tercer Califa, ni la amplitud de la represión salvaje y los crimenes sangrientos que perpetraron contra los Compañeros piadosos, tales como ‘Adi Ibn Huyr… es significativo desde dos puntos de vista:

1.- Muestra, de una parte, que apenas una decena de años después de la desaparición del Profeta, Mu’âwiya y sus semejantes, que tenían en sus manos la dirección del Estado islámico, no toleraban apenas que se predicara el respeto del espíritu y de la letra del Mensaje y la observación estricta de las enseñanzas del Corán y de las Tradiciones del Mensajero.

2.- Muestra, de otra parte, que si Mu’âwiya se ofuscó por la llamada de atención de Abu Dhar, por una advertencia coránica dirigida a aquellos que “atesoran” … hasta el punto de proscribirlo, era porque éste último había atacado el punto sensible de los Tulaqâ y a su arma principal de corrupción: el enriquecimiento de los notables y de la clase dirigente en general, y de los Tulaqâ en particular, enriquecimiento que se convirtió durante el mandato de ‘Othmân en un signo de los tiempos y un factor importante del paso de la era del Califato Bien Dirigido a la era de reino temporal. ‘Abbas Mahmud al-‘Aqqad, escribe a ete respecto:

“Según al-Mas’ûdi, los Compañeros obtuvieron, bajo el madato del tercer Califa, dominios y dinero. Así, el día del asesinato de ‘Othmân se descubrió en su casa cien mil dinares en metálico; el valor de sus dominios en Wâdi al-Qurâ, Hanîn y otros lugares, ascendía a cien mil dinares y eso sin hablar del gran número de camellos y caballos que había dejado (…)”.[108]

Al-‘Aqqâd, añade también:

“Entre los reproches que se hicieron a ‘Othmân: las donaciones y los bienes que prodigaba a sus próximos (…). Se dice que ofreció a Sufiyân Ibn Harb doscientos mil dirhams y a al-Hârith Ibn al-Hakam, su yerno, cien mil dirhams sacados del Tesoro Público”.[109]

Abu-l-A’la al-Mawdudi escribe sobre este asunto:

“Lo que se reprochaba a ‘Othmân era el haber concedido privilegios a sus parientes próximos. Por ejemplo, el hecho de haber ofrecido a Marwân la quinta parte (unos quinientos mil dinares) de un botín tomado en Africa (…)”. Sobre esto, Ibn al-Athir escribió: “Cuando ‘Abdullah Ibn Abi Sarh aportó el

[107] Obra citada, pags. 45-46.
[108] Obra citada pag. 50.
[109] Obra citada, pag. 56.

quinto del botín, obtenido en las campañas de Africa, Marwân le compró quinientos mil dinares, los cuales utilizó ‘Othmân para hacer regalos (…). Según otros, ‘Othmân ofreció el quinto del botín obtenido en Africa a ‘Abdullah Ibn Sa’ad, según otros se lo ofreció a Marwân Ibn al-Hakam. Pero se supo que dio el quinto del botín de la primera razia a ‘Abdullah y el quinto de lo obtenido en la segunda razia (donde fue conquistada toda Africa) a Marwân”.[110]

Así, fortalecidos por el conjunto de prerrogativas precitadas, que adquirieron durante los doce años del Califato de ‘Othmân, en detrimento de los Compañeros, los Tulaqâ’ lograron, poco a poco, vaciar de contenido la Experiencia islámica de su sentido y de su contenido real, vaciarla de su vía inicial, propagando sus costumbres yahilitas, sembrando la confusión en los espíritus, y reinvirtiendo la situación en su beneficio: en adelante, no serían ellos quienes no estaban habilitados para presidir el destino de Umma, sino los que se inquietaban, con razón, de su presencia en la dirección del Estado islámico, es decir los representantes legales del Mensaje y los Compañeros piadoso del Profeta (a.s.s.). Todos los factores se unieron para que la confusión y la corrupción se instalaran, permanentemente, en el cuerpo de la Umma. Durante los doce años del Califato de ‘Othmân, los Tulaqâ’ tuvieron tiempo para construir una ideología de desviación. Esparando la primera ocasión para oficializarla. El asesinato de ‘Othmân les bridó la ocasión que estaban esperando. Ante la muerte de ‘Othmân, se posicionaron sobre la protección califal para dar legitimidad a sus prácticas desviacionístas, y reducir al silencio a los defensores legítimos de la línea del Profeta (a.s.s.); después de su asesinato, fue la venganza por la muerte del Califa lo que les sirvió de pretexto para maquillar su desviación y hacerla aparecer como legitimidad, o en otros términos, les sirvió para justificar y legitimar su rebelión, islámicamente ilegal, contra el nuevo Califa, el Imam ‘Alî, rebelión que no tenía otra meta que la escisión inmediata del territorio que controlaban directamente, y su transformación en una base de partida para la conquista definitiva de todo el Estado islámico, el cual estaba ya intoxicado por sus constumbres y, en consecuencia, receptivo y permeable para su ideología yahilita.

Cuando el Imam ‘Alî accedió al Califato, era consciente de la amplitud de la corrupción y de cómo la desviación se había extendido. Sabía que las raíces del mal estaban sólidamente implantadas y que era imposible extirparlas “de la noche a la mañana”. Necesitaba actuar, lo más pronto posible, para preservar el futuro del Mensaje. Como encarnación de la línea del Profeta (a.s.s.), comenzó por abordar lo más prioritario: impedir que la ideología desviacionista instalada por los Tulaqâ’ se confundiera con la línea trazada por el Profeta (a.s.s.) e identificarla allí donde se encontrara. Retomó la lína trazada por el Profeta (a.s.s.) para acentuarla, subrayarla y darle una continuidad, a fin de que

[110] Abu-l-A’la al-Mawdudi. Obra citada pag. 64, citando a Ibn al-Athir en “Al-Kâmil”, tomo III, pag. 46.

no fuera definitivamente eclipsada por la ideología desviacionista hacia la cual los Tulaqâ' habían llevado a la Umma. En todas las medidas que tomó y en todas las acciones que emprendió durante su gobierno, en todas las batallas que libró contra los desviacionistas, una preocupación dominaba su forma de actuar: aplicar, con rigor, las leyes islámicas y los principios del Profeta (a.s.s.) y hacer prevalecer las reglas de la moral islámica. Empeñado en lo anterior, se preocupaba poco de las consecuencias inmediatas de su actitud con respecto a su popularidad o el mantenimiento de su poder. Lo que le importaba, ante todo, no era obtener, a todo precio, una victoria contra sus enemigos o sobre aquellos que se las ingeniaban para desviar al Islam de su vía inicial, sino hacer conocer y recordar a toda la Umma los valores reales del Mensaje y la vía inicial de la Experiencia islámica, a fin de que cada musulmán fuera consciente de su responsabilidad y de su deber. Esta preocupación permanente de atenerse, estrictamente, a los preceptos del Mensaje (aunque no encontrara eco favorable en el clima apestado de corrupción que habían creado los Tulaqâ') se imponía tanto más cuanto que el Imam 'Alî, actuando en calidad de sucesor legla del Profeta (a.s.s.) y como continuador de sus Tradiciones, sabía que su actitud sería vista como ejemplo y como un precedente jurisprudencial para todas las generaciones futuras de musulmanes, y que debía ser, no solamente en función del presente, sino igualmente para el futuro. Imperturbable en sus condiciones, fiel hasta el final de su misión, el Imam 'Alî no se desvió de la línea del Profeta (a.s.s.), a pesar de las presiones, de las circunstancias desfavorables y de los estragos causados por los combates que tuvo que librar, sin descanso, contra los secesionistas y los corruptores. Haciendo todo eso, consiguió fijar, sólidamente, la continuación de la línea del Profeta (a.s.s.) y formar combatientes inmunizados contra la lacra desviacionista y corruptora que continuaba, inexorablemente, su avance en el cuerpo de la Umma y a medida que desaparecían, uno tras otro, los primeros musulmanes y los Compañeros piadosos del Profeta (a.s.s.).

Bajo el Califato del Imam 'Alî, esta plaga no había alcanzado más que parcialmente el cuerpo de la Umma, y esto es lo que le permitió proseguir activamente su objetivo, es decir encontrar suficientes partidarios para mantener y dirigir el Estado Islámico en su vía inicial y oponer una resistencia activa, y constructiva, a los transgresores de la Shari'a, con el fin de preservar el futuro del Mensaje y sin poner en peligo la existencia de la Umma. Contrariamente a ésto, cuando el Imam al-Hasan accedió al Califato, los efectos nocivos de la corrupción de los Tulaqâ' habían intoxicado, de tal manera, la nación islámica que, intentar a cualquier precio aniquilarlos inmediatamente, y por la fuerza, habría comprometido todos los esfuerzos que el Imam 'Alî había empleado para salvaguardar la línea del Profeta (a.s.s.). Ahora bien, en su lucha contra la desviación, el Imam 'Alî y el Imam al-Hasan persiguieron éste mismo objetivo, pero en circunstancias diferentes que

exigían, en consecuencia, respuestas o conductas diferentes: el primero (Imam ‘Alî) debía, y podía, luchar activamente contra la corrupción para poner en valor la línea del Profeta (a.s.s.) y formar el núcleo de hombres que vigilarían para la salvaguarda de ésta línea, el segundo (Imam al-Hasan) no tardó en darse cuenta de que para preservar ese núcleo inicial, y la línea que defendía, hacía falta esperar hasta que la Umma tomara consciencia del abismo hacia el que la desviación le había conducido.

# HACIA LA CONCLUSIÓN DE UN TRATADO DE RECONCILIACIÓN

## De la intransigencia al estoicismo

Habiendo perdido toda esperanza de poder contar con un ejército capaz de obtener si no una victoria decisiva sobre las tropas de Mu’âwiya, al menos, hacerle frente, el Imam al-Hasan acabó por considerar, con gran dolor de su corazón, la idea de la Reconciliación, esperando que éste enorme sacrificio le permitiera salvaguardar lo esencial de lo que le había sido encomendado y el deber de salvar el futuro del Mensaje. En efecto, por inverosímil que esto pudiera parecer para muchos, la conclusión de un tratado de Reconciliación (en virtud del cual el nieto y heredero del Profeta (a.s.s.), el quinto Califa Bien Dirigido, dejaba la dirección de los Asuntos del Estado Islámico al secesionísta, rebelde, al enimigo odioso de la familia del Profeta) se veía cada vez más inminente.

Reconciliación inverosímil, porque desde el acceso del Imam al-Hasan al Califato, todas las condiciones objetivas y subjetivas (con algunas excepciones) se daban para que la confrontación entre el bando de la ligitimidad islámica y el de la rebelión pudiera producirse inmediatamente. Por su parte Mu’âwiya, animado por su ambición por el poder y su odio negro hacia la familia del Profeta (a.s.s.), y por la potencia y cohesión de su ejército, tenía, en principio, todo el interés por afrontar, lo más pronto posible, la prueba de fuerza contra el campo del Califa, aprovechándose de la división que allí reinaba y por el debilitamiento, producidos después del asesinato del Imam ‘Alî. Por parte del Imam al-Hasan, las razones para librar esa batalla eran, aun si cabe, más solidas y más numerosas. En todo caso, sólo una razón era suficiente: el Califa legal tenía, en principio, el deber de emprender esta empresa, cualquiera que fura el resultado. Además, el Imam al-Hasan era un hombre intransigente, que no se tomaba a la ligera los principios de la Religión, un espíritu combativo que no se dejaba intimidar, y, además, conocía mejor que nadie a Mu’âwiya, tanto su pasado como sus intenciones ocultas, para saber que era necesario combatirle.

Dicho esto, hay que comprender que si, a pesar de todas estas razones, la batalla, aparentemente inevitable, tardaba en producirse, para ser finalmente

evitada (gracias al sentido agudo del deber y a la lucidez del Imam al-Hasan, así como al domino de sí mismo que caracterizará a todos los Imames de Ahlu-l-Bayt) es porque ella tenía la particularidad de que su reto residía, menos en su resultado inmediato (victoria o derrota) que en las condiciones de su enfrentamiento y sus consecuencias a corto, medio y largo plazo. En una palabra, Mu'âwiya sabía que no le sería suficiente con exterminar a la familia del Profeta (a.s.s.), por medio de una batalla victoriosa, para instaurar un Estado Omeya, que no había cesado de ambicionar, y al-Hasan era consciente de que sacrificar su vida, y la de sus adeptos, en un combate desesperado no salvaría el Mensaje de la desviación omeya.

En efecto, por lo que respecta a Mu'âwiya, éste no ignoraba que el poder que se disponía a conquistar era un Estado irreversiblemente islámico y que si quería hacerse con la dirección del mismo, hacía falta que diera pruebas de un mínimo respeto por sus instituciones y por aquellos que las encarnaban y se identificaban con ellas. Él sabía que su pasado de "amnistiado", así como el de su familia, la cual se había distinguido por su odio salvaje por el Profeta del Islam, hacían de él un pretendiente sospechoso para dirigir el Estado Islámico. Él no había olvidado que los musulmanes se alejaban de su padre, como de un "intocable", y que evitaban frecuentarle después de su conversión, forzada, al Islam.[111] Se acordaba de que la razón principal de la revuelta acaecída durante el Califato de 'Othmân y la queja principal que los Compañeros tenían de aquél era, justamente, la presencia de hombres como él en los puestos clave del Estado islámico. Consciente de los riesgos que comportaba para el futuro de sus proyectos el exterminio de los miembros de la famila del Profeta (a.s.s.), así como de todos los Compañeros eminentes y musulmanes piadosos, Mu'âwiya se las ingenió para empujar al Imam al-Hasan a cometer una falta, para cargarle la responsabilidad de una guerra que no tenía ninguna oportunidad de ganar. Es por ello que, a la vez que ponía en pie de guerra a su ejército, aprestándose a invadir el terrritorio controlado por el Califa legal, multiplicando los complots para desestabilizar el campo del Imam al-Hasan y aislar a éste, se mostraba, públicamente, muy conciliador, preocupado hasta el extremo de evitar el derramamiento de sangre, deseoso de traer la paz y restablecer la unidad de la Umma, desplegando todos los recursos a su alcance, de astucia y de perfidia, para hacer creer que por esas razones quería dirigir el Estado islámico y que sería el mejor posicionado, en las circunstancias actuales, para cumplir esta tarea. Librándose a este doble juego, Mu'âwiya tenía la íntima esperanza de que el Imam al-Hasan, intransigente como era sobre los principios islámicos y exásperado por la obra de destrucción, de corrupción y de división del bando rebelde, caería en su trampa y rechazaría su ofrecimiento de reconciliación. Desde ese momento, tendría las manos libres para llevar a efecto todo este odio por los descendientes del fundador del Estado islámico y para realizar toda su ambición de plegar a éste (al Estado

[111] Ver capítulos precedentes.

Islámico) a las reglas y a las costumbres omeyas, tribales e impregnadas de las secuelas de la Yahiliya.

En cuanto al Imam al-Hasan, era demasiado lúcido como para no comprender el juego sutil de Mu'âwiya y demasiado consciente de las ambiciones poco islámicas del hijo de Abu Sufiyân como para dejarle la libertad total de realizarlas. Hombre de discernimiento y dueño de sus reacciones, se resignaba a sacrificar el objetivo inmediato (la prueba de fuerza contra la desviación) por el objetivo final (la salvaguarda del Mensaje) y a dejar de lado sus sentimientos personales (su repugnancia de tratar con el rebelde) para preservar el interés superior de la Umma. También, aceptaba renunciar al poder, por un tiempo, en provecho de Mu'âwiya con la codición de que éste gobernara conforme a los preceptos del Corán y de la Sunna y se abstuviera de importunar a aquellos que eran los mejor posicionados y los más cualificados para defender éstas dos fuentes de la Shari'a, a saber los miembros de la familia del Profeta (a.s.s.) y sus adeptos. Esa era, según estimaba, la mejor forma de evitar las estrategias que Mu'âwiya había tejido pérfidamente y esquivar el golpe fatal que se aprestaba a administrar a los representantes más piadosos y a los defensores más valerosos del Mensaje. El Imam pensaba en poner a las desviaciones omeyas ante dos opciones que, contrariarían sus intenciones reales y que correspondían, en definitiva, perfectamente a su objetivo final:

- O bien Mu'âwiya respetaba las condiciones impuestas por el Imam, y en ese caso se vería obligado a plegarse a los preceptos del Mensaje durante el período de su Califato (es lo que el Imam quería) y a preservar la vida de aquellos que se oponían ferozmente a toda desviación del Corán y de la Sunna;

- O bien, traicionaría sus compromisos, y en ese caso las masas musulmanas descubrirían su verdadero rostro, y el fondo no islámico del régimen omeya; el Imam al-Hasan habría así resuelto el mayor problema al que no había dejado de enfrentarse en su lucha contra Mu'âwiya.

## LAS CLÁSUSULAS DEL TRATADO DE ROCONCILIACIÓN ENTRE EL IMAM AL-HASAN Y MU'ÂWIYA

La historia no nos ha legado ningún documento que indique, con precisión, los términos y el tenor exacto del Tratado de Reconciliación, aunque este evento marcara una fecha de no poca importancia en la historia de la Experiencia Islámica. La razón de ello es, sin duda, el que Mu'âwiya no otorgó

un valor duradero a este documento, el cual consideraba, en el fondo, como un simple “dejar-pasar” provisional que le abriría la puerta de la dirección oficial del Estado Islámico; eso es, al menos, lo que se deduce de lo que la sucesión de acontecimientos ha mostrado.

Lo que es, sin embargo, seguro es que Mu’âwiya, según ciertos relatos, entre ellos los de al-Tabari e Ibn al-Athir, “envió a al-Hasan un papel en blaco, en cuyo pié había impreso su sello, así como una carta en la cual decía: “fija las condiciones que te convengan en esta hoja, yo firmaré y las aceptaré”.[112]En cuanto a las condiciones que el Imam al-Hasan puso en esa hoja, no son mencionadas sino a la ligera, parcialmente o de forma incompleta por los historiadores, sin duda porque Mu’âwiya había anunciado, desde que se apoderó del poder, que no respetaría ninguna.

Sin embargo, los especialistas en la biografía del Imam al-Hasan, que han procedido a un estudio comparado de las diferentes versiones sesgadas o incompletas de las cláusulas de Tratado, están de acuerdo en presentarlas de la manera siguiente:

**Artículo Primero**: Al-Hasan cede el poder a Mu’âwiya, a condición de que éste último aplique el Coran y la Sunna del Profeta y siga la vía de los Califas piadosos.

**Artículo Segundo**: Al-Hasan sucederá a Mu’âwiya después de su muerte. Si le ocurriera algo, su hermano al-Husein será quien ostente el poder. No se faculta a Mu’âwiya para designar a nadie para sucederle.

**Artículo Tercero**: Mu’âwiya debe abstenerse de injuriar a Amir al-Mu’minîn, ‘Alî, en el momento de la oración y no debe decir de él más que buenas palabras.

**Artículo Cuarto**: Excluir las cantidades de dinero que se encuentran en la tesorería de Kufa (cinco millones de dirhams) de los bienes sometidos al traspaso del poder (…).

**Artículo Qinto**: La gente debe poder vivir en seguridad, allí donde se encuentren en la Tierra de Dios: ya sea en Siria, en Iraq, en el Hiyâz o en Yémen. Mu’âwiya no debe ser riguroso con la gente, por sus errores pasados, ni pedir cuentas a cualquiera por lo que hizo en el pasado, ni ser rencoroso hacia los Irakíes. Debe velar por la seguridad de los partidarios de ‘Alî, allí donde se encuentren, y abstenerse de perjudicar a ninguo de sus shi’as. La seguridad de los shi’as y de los compañeros de ‘Alî, así como sus bienes, sus mujeres y sus hijos deben ser garantizados. Mu’âwiya no debe perseguirles por ningún motivo, ni causar daño a ninguno de ellos. Debe garantizar a cada uno

[112] Al-Tabari, Tomo VI, pag. 93. Ibn al-Athir, Tomo III, pag. 162. Citado por Cheij Râdhî al-Yasin. obra citada, pag. 258.

su patrimonio e indemnizar a los compañeros de ‘Alî por los perjuicios que hayan sufrido. No debe guardar rencor (disimulado o manifiesto) ni contra al-Hasan, ni contra su hermano al-Husein, ni hacia ningún miembro de la familia del Profeta. No debe amenazar a ninguno de ellos allí donde quiera que se encuentren.[113]

## RENUNCIAR AL PODER Y NO A LA JILAFA

Tras la conclusión de este tratado de reconciliación, que el Imam al-Hasan no había aceptado más que a regañadientes y por falta de combatientes, los musulmanes, en particular aquellos que se encontraban en el campo del Califa legal, no tardaron en tomar conciencia del viraje de la Experiencia islámica que el nuevo soberano de la nación islámica estaba en vías de comenzar. Se empezaron a oír, por todas partes, gritos de protesta, o de reproche, contra la firma de este tratado, sobre todo entre aquellos que, hasta la víspera, no dejaron de quejarse cada vez que el Imam los llamaba al combate. Ayer, no eran conscientes del carácter sagrado de la lucha que el Imam al-Hasan había emprendido contra Mu’âwiya, por eso su tendencia a la deserción; hoy, ignorantes de la naturaleza profunda y del alcance real de las cláusulas del tratado que el nieto del Profeta (a.s.s.) había, pertinentemente, escogido para limitar el poder del jefe de filas de los Tulaqâ cuando tomara el poder, ellos asimilaban su aceptación de retirarse de la primera línea del poder oficial, con una abdicación de la dirección de la Umma, que equivalía a una renuncia a su deber, de allí su quejas. Ahora bien, hay en el plano jurídico islámico, una diferencia clara entre “ser obligado a dejar el poder a un usurpador” y abdicar del puesto de Imam o de Jalifa. Se puede ceder el poder a otro, bajo coacción, sin por ello renunciar a su caulidad de detentor de la legalidad. El Imam al-Hasan no pudo, ni en su espíritu ni en sus actos, contemplar, en ningún momento, la abdicación; dicho de otra forma, no habría podido dejar de ser lo que era, tal y como hemos visto a lo largo de su vida: un heredero digno del Profeta (a.s.s.) y del Imam ‘Alî (a.s.). “Porque en tanto que Imam legal, designado por el Libro (como él lo concebía y con él todos los chiitas imamitas) su mandato de Imam era una cualidad indisociablemente ligada a su existencia y a su esencia. Nadie podía usurpar su puesto, ni él podía consentirlo ni descargarse de las responsabilidades que su mandato conllevaba. Lo contario habría supuesto una traición a la decisión divina que lo designaba para ese puesto. Igual que el Profeta (a.s.s.) no pudo sustraerse a la cualidad de Profeta, igualmente el Imam no pudo deshacerse de su cualidad de Imam. Al menos eso es lo que los chiitas creen, firmemente, al respecto del imamato, creencia corroborada por argumentos sólidos que les son propios”.[114]

---

[113] “Sulh al-Hasan” (La Reconciliación de al-Hasan). Cheij Râdhi al-Yasin, páginas 259-261.
[114] M. J. Fadhlallah, obra citada, pag. 117.

“Aun si supusiéramos que el imamato del Imam al-Hasan no derivara del Libro, sino de un “consenso unánime” de los musulmanes, que le prestaron juramento de fidelidad y alianza y lo desginaron como Califa, aun así él no habría podido arrogarse el derecho de ceder el Califato, salvo en caso de fuerza mayor, por ejemplo: incompetencia sobrevenida en la dirección de los asuntos de los musulmanes, o manejos incovenientes que fueran susceptibles de causar daño al prestigio y a la santidad del puesto. Ahora bien, la historia no refleja ninguno de estos casos en la personalidad y en la vida del Imam al-Hasan, el cual, muy al contrario, dio prueba de ello en muchas ocasiones, de sus cualidades de espíritu consecuente, de dirigente competente, de hombre determinado y clarividente, así como otras cualidades requeridas para todo jefe de Estado o cualquier otro gobernante”.[115]

Aceptando concluir el Tratado de Reconciliación, el Imam al-Hasan no entendía, en absoluto, consagrar a Mu’âwiya como Califa legal de la Umma, sino como jefe de filas de la desviación. La desviación de la Experiencia islámica operada por los Tulaqâ, bajo el Califato de ‘Othmân, conducía a la Umma hacia los valores de “reino temporal”, mientras que el Imam ‘Alî (a.s.), los Compañeros piadosos y, en fin, el Imam al-Hasan luchaban, con todas sus fuerzas para mantener al Islam bajo la línea de la Jilafa y en las Tradiciones del Profeta (a.s.s.). Cuando el Imam al-Hasan constató que los valores del “reino temporal” se convirtieron en un signo de los tiempos y que los musulmanes se mostraban, cada vez, más sensibles a éstos valores y cada vez menos conscientes de lo que seperaba la línea islámica original de la desviación, él dirigió toda su acción para que esta desviación finalizara y se diferenciara, netamente, de la vía inicial que el Profeta (a.s.s.) había trazado para los creyentes. Echando un vistazo sobre la cláusulas del Tratado de Reconciliación y sobre las diferentes declaraciones y comentarios del Imam al-Hasan, relativos a este asunto, vemos claramente que él se cuidó de no traspasar a Mu’âwiya otra cosa que no fuera el “poder” de un “rey” (obtenido de facto y adquirido de iure por la fuerza) y de negarle todo derecho a la Jilafa. Así, replicándole a alguien que le reprochaba el haber aceptado la humillación de los creyentes piadosos al firmar el Tratado, le dijo: “¡Oh Abu ‘Âmir! ¡No digas eso!. Yo no he humillado a los musulmanes. Solamente he querido evitar que murieran en la lucha por la consecución del poder.” [116]

Y contestando a otro, dijo: “Yo los dejo (a los omeyas) destrozarse entre ellos por el poder de este mundo. Yo no tengo necesidad de él.”[117]

En un discurso pronunciado en presencia de Mu’âwiya, subrayó claramente la diferencia entre el “poder” que había dejado a éste y el derecho al Califato que le había negado:

---

[115] Obra citada, pag. 117.
[116] A’yân al-Shi’a, Tomo IV, pag. 52 (Citado por M. J.Fadhlallah, obra citada, pag. 118).
[117] Al-Isabah, Tomo II, pag. 12 (citado por M. J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 118).

“Aquel que debe su puesto a la injusticia, que ha cortado con las Tradiciones, que ha tomado este bajo mundo por su padre y por su madre, no es una Califa. Es un rey que ha obtenido un poder y se alegra de ello (…). Y como dice el Todo Poderoso: **“… Eso es un breve disfrute de la vida de este mundo. Pero Allah tiene un bello lugar de retorno” (Corán 3:14)**.[118]

Y en un discurso pronunciado durante una reunión en Kufa, dijo:

“…Mu’âwiya pretende que yo pienso que está cualificado para el Califato, ¡de ninguna manera! ¡Miente!. Nosotros (los Ahlu-l-Bayt) somo los más cualificados para dirigir a los musulmanes, según dice el Libro de Dios y la autoridad de Su Profeta.” [119]

Este rechazo del Imam al-Hasan de consagrar a Mu’âwiya como Califa legal de los musulmanes, está confirmado por el hecho de que le impuso, en la primera de las cláusulas del Tratado: “aplicar el Libo de Dios y la Sunna de su Mensajero”, lo que dejaba entender que Mu’âwiya no era considerado, a priori, como estando cualificado para serlo, pues esto (la aplicación del Libro y de la Sunna) es una cualidad inherente a todo verdadero Califa.

Además, según al-Kulayni, al-Hasan impuso como condición de su cesión del poder, que no se llame a Mu’âwiya “Principe de los Creyentes”, como era costrumbre llamar al Califa legal; y según as-Saduq: “al-Hasan impuso como condición a Mu’âwiya que la certificación del acto de prestar juramento no se realizara en su casa”[120], lo que implica el no reconocimiento de la cualidad de califa a Mu’âwiya.

A aquellos que (tanto los detractores como los partidarios de al-Hasan) habían comprendido mal el sentido exacto de este Tratado, su pertinencia a corto plazo y su alcance a largo plazo, en razón de su ignorancia de la visión histórica y lejana en la cual el nieto del Profeta (a.s.s.) consideraba el devenir del Mensaje, el Imam Muhammad al-Baqir (5º Imam de Ahlu-l-Bayt) dirá, algunos decenios más tarde (a propósito de este mismo Tratado): “¡Por Dios!, lo que al-Hasan Ibn ‘Alî hizo, fue mejor, para esta Umma, que la salida del Sol.”[121]

Sí, lo que el Imam al-Hasan hizo fue tan importante para la historia y el futuro del Mensaje que pudo impedir la desviación que llevaría a deformar y desfigurar, para siempre, el rostro del Islam. Por medio del Tratado de Reconciliación se pudo trazar una línea de demarcación, neta y duradera, entre el Gobinerno islámico, sometido a Ley Divina y regido por ella, y un poder

---

[118] Al-Bahiqi, en “Al-Mahâsin wa al-;Masâwi’”. Tomo I, pag. 63.
[119] Hayât al-Haywân, Tomo I, pag. 58.
[120] Al.’Ilal al-Shar’i. pag. 81 (citado por M.J. Fadhlallah. obra citada, pag. 119).
[121] Rawdat al-Kâfi, Tom VIII, pag. 330, citado por “al-Imam al-Hasan”, Dâr al-Tawhîd, obr. citl pag. 66.

temporal girando en el sentido de los caprichos, de los deseos y de los defectos de los dirigentes llamados “musulmanes”, pero poniéndose por encima de la Shari’a.

El Imam al-Hasan evitó, a los musulmanes de las generaciones venideras, una amalgama peligrosa entre la pureza de las Tradiciones del Profeta (a.s.s.) y la impureza de las prácticas vergonzosas de los descendientes de los Tulaqâ’. Mu’âwiya quería, a cualquier precio, dirigir el Estado islámico y para ello disponía de todos los medios, gracias a una larga preparación comenzada bajo el mandato del tercer Califa. Habría podido, así, provocar la desviación, iniciada por los Tulaqâ’ bajo el Califato de ‘Othmân, y forzar una continuación del Califato Bien Dirigido. Ahora bien, ¿qué musulman habría podido, ayer, o podría soportar hoy, sin protestar, que se le acuse del asesinato atroz de Huyr Ibn ‘Adi al-Kindi y de muchos otros Compañeros piadosos, sin hablar de otros crímenes abyectos (que hemos mencionado anteriormente) como formando parte de una tradición islámica?. El Imam al-Hasan cedió, oficialmente, a Mu’âwiya las riendas de un poder que él poseía en potencia. Pero haciéndolo, le impidió, de una parte inscribirse en la historia como un Califa Bien Dirigido, y de otra, le dejó el tiempo suficiente para que se desenmascarara completamente, permitiendo así a los musulmanes apercibirse, mientras que había tiempo, del gran foso que separaba la lína del Profeta (a.s.s.) y la desviación de los Tulaqâ’. Porque en tanto que no tenían, aun, oficialmente la dirección de la Umma, Mu’âwiya y su acólitos se las ingeniaban, por argumentos sofisticados y razonamientos especiales, para revestir su infracciones a la Shari’a con una apariencia islámica, y se esforzaban, tanto como podían, en disimular su odio visceral hacia la familia del Profeta (a.s.s.) y hacia los defensores de sus Tradicioens. Una vez que apartaron al Imam al-Hasan de su camino, ningún obstáculo les impedía ya inundar a la Umma con el agua turbia con la que ellos la regaban, hasta ese momento, a pequeñas gotas.

Pero, abstracción hecha de la oportunidad y de todos los aspectos positivos de este Tratado, muchos de los próximos partidarios del Imam al-Hasan llevaban mal que éste último pudiera soportar la idea de dejarse, y dejar a la Umma vivir bajo el poder de los “amnistiados”. Esto les parecía tanto más inconcevible cuanto que el Imam al-Hasan, contrariamente a la mayoría de los mortales, conocía perfectamente, y muy de cerca, el pasado poco glorioso de los Tulaqâ’ y las intenciones malvadas de Mu’âwiya y su entorno. Y si ellos habían podido constatar, como él, que en el estado actual de su ejército, no había esperanza de oponer una resistencia seria a los ataques que Mu¡âwiya se aprestaba a lanzar contra la capital del Califato, les era, aun, más difícil comprender que el nieto del Profeta (a.s.s.) prefería tratar con el hijo de Abu Sufiyân más que sacrificarse por la causa del Islam. Ciertamente, ellos sabían que al Imam al-Hasan le repugnaba más que a nadie consagrar la victoria

inmediata de la desviación sobre los representantes de la línea del Profea (a.s.s.), pero ellos no tenían ni la profundidad del sentido del deber y de la responsabilidad, ni la visión de futuro sobre el porvenir del Mensaje. El drama del Imam al-Hasan no residía solamente en la pena que experimentaba al controlar sus propios sentimientos de cólera para preservar el interés capital de la Umma, sino, igualmente, en los esfuerzos que debía desplegar para afrontar las quejas de sus fieles, aliviar sus penas, hacerles comprender que el Gran Yihad (al-Yihad al-Akbar), el sacrificio supremo, es justamente el autocontrol, y justificarles la necesidad de tal sacrificio en la situación actual.

Así, un día dijo a uno de sus partidarios: "¡Oh Abu Sa'îd! La razón de mi reconciliación con Mu'âwiya es idéntica a la reconciliación del Profeta con los Bani Dhamrah, los Bani Achya' y los habitantes de la Meka cuando él volvió de Hudaybiya." [122]

Él explicó su actitud a Mâlik Ibn Dhamrah, de esta manera: "Temo que los musulmanes sean barridos de la faz de la tierra. He pretendido que la Religión tenga defensores." [123]

Y a Bashîr al-Hamadâni, que le reprochaba esta reconciliación, le dijo lo siguiente:

"No he querido, con mi reconciliación, otra cosa que evitar que os mataran, habiendo constatado la indecisión de mis hombres y su rechazo al combate."[124]

También le dijo: "¡Por Dios! Yo no he aceptado la reconciliación más que cuando he desistido de encontrar combatientes. Si los hubiera encontrado, le habría combatido (a Mu'âwiya) día y noche hasta que Dios juzgara entre él y yo"[125]

Se desprende de estas declaraciones, y del conjunto de las explicaciones anteriores y ulteriores, que la preocupación constante del Imam al-Hasan era preservar la vida de los musulmanes, en general, y de los defensores de la Religión (es decir de la línea del Profeta) en particular, porque dada su previsión y su clarividencia, era consciente de lo que muchos de sus partidarios y de sus detractores no podían ver, a saber:

1º.- El sacrificio no era de ninguna utilidad, en las circunstancias presentes, por las razones que hemos ya explicado y que Abu-l-A'lâ al Mawdudi expuso, esquemáticamente, al respecto:

---

[122] Al-Qarachi, "Hayât al-Imam al-Hasan Ibn 'Alî". Tomo II, pag. 281 (citado por "…al-Hasan…". Dâr al-Tawhîd, pag. 66).
[123] Obra citada.
[124] Obra citada.
[125] 'Adil al-Adîb, "Al-A'immah al-Ithnâ 'Achar", pag. 98.

“Mu¡âwiya quería convertirse en Califa, por todos los medios. Es por ello que combatió hasta obtener su objetivo. Su Califato no fue producto del consentimiento de los musulmanes, y la gente no le escogió como Califa. Él los gobernó por la fuerza y por la espada, y cuando el pueblo se dio cuenta de que su califato se consolidó, no tuvieron otra posibilidad que prestarle juramento de fidelidad. Porque aunque se hubieran abstenido de hacerlo, Mu’âwiya no habría abandonado el poder y, además, habría habido derramamiento de sangre y anarquía…” [126]

El Imam al-Hasan conocía, y respetaba, perfectamente los recovecos de la Shari’a y sus estipulaciones, como para ignorar que el martirio requiere de condiciones específicas y que si éstas no se cumplían, el sacrificio de la vida equivaldría a un suicidio más que a una sacrificio, acto que el Islam condena severamente.

2º.- La Umma iba a discurrir por un sendero tortuoso y una fase peligrosa en la cual la presencia de los defensores sinceros de las Tradiciones del Profeta (a.s.s.) sería de una necesidad imperiosa, su sacrificio inútil y su supervivencia indispensable. Así, cuando algunos notables de sus partidarios fueron a ver al Imam, para pedirle que retomara la lucha contra Mu’âwiya, después de haber constatado que éste último no había respetado ninguna de las cláusulas del Tratado, él les respondió: “Que cada uno se quede en su casa tranquilamente mientras que Mu’âwiya esté vivo. Si muriera, y tanto vosotros como yo estuviéramos vivos, pediríamos a Dios que nos guiara, que nos ayudara a hacer triunfar nuestra causa (…), porque **“Dios está con aquellos que le temen y con aquellos que hacen el bien” (Corán 16:128)** [127]

## DESPUÉS DEL TRATADO DE RECONCILIACIÓN

El Tratado de Reconciliación fue firmado en el mes de Rabi’ al-Awwal, del año 41 de Héjira. Algunos llamaron, impropiamente, a este año “el año del consenso” (‘am al-Yamâ’a) cuando debería haber sido denominado, más exactamente, “el año de la coacción”, “el año del fin del Estado islámico y del nacimiento del reino temporal” o, mejor todavía, “el año de la separación del Estado y de la Religión”.

“Año de la coacción”, mejor que del consenso, porque, de una parte, como ya vimos en el capítulo precedente, el “Califato” de Mu’âwiya era menos el resultado del consentimiento libre de los musulmanes que el de la coerción ejercida despiadadamente, maquiavelicamente y sin ningún escrúpulo por el hijo de Abu Sufiyân para imponerse a todos ellos, costara lo que costara,

[126] “Al-Jilafa wal Mulk”. al-Mawdudi, obra citada, pag. 100
[127] “Sulh al-Hasan”, Cheij Râdhi al-Yâsin, obra citada, pag. 302.

siendo perfectamente consciente de su rechazo, abiertamente o en secreto, al respecto de su califato:

"… Yo sé que vosotros no amáis mi califato, ni lo aceptáis. Sé, también, lo que pensáis de mí en el fondo de vuestros corazones. Pero me he impuesto a vosotros por medio de mi espada, la cual tengo entre mis manos."[128] , dijo a los habitantes de Medina cuando fue a esa ciudad al comienzo de su "califato". De otra parte, el Imam al-Hasan fue forzado a abandonar el poder, "el reino" (el Imam consintió en ceder, únicamente, el poder y no el califato) a Mu'âwiya para forzarse, a sí mismo, a preservar la Religión e impedirle que dejara su impronta, imponiendo su forma de gobernar, y que entrara a formar parte de la desviación, entonces Mu'âwiya se vio obligado a coronarse como "rey" y no como califa, y a comportarse en tanto que tal para obtener y preservar un poder que no podía conciliar con las reglas y los principios del Califato islámico en su acepción original: "Que la paz sea sobre ti, ¡Oh Rey! le decía Sa'ad Ibn Abi Waqqâs después de prestarle juramento de fidelidad".[129]El mismo Mu'âwiya dijo en una ocasión: "Yo soy el primero de una dinastía de reyes".[130]

Así, el acto de Reconciliación constituía, en sí mismo y abstracción hecha de las cláusulas del Tratado, menos un consenso sobre la conducción de la Experiencia islámica que una consagración de la separación entre dos líneas: la línea del Profeta (a.s.s.), dirigida por el Imam al-Hasan y la línea de la desviación, conducida por Mu'âwiya, la primera quería mantener el Estado islámico bajo las leyes de la Shari'a, la otra tendía a orientar al Estado hacia las reglas de un reino temporal. El único consenso del que se puede hablar se encontraba, en potencia, en las cláusulas del Tratado. Habría consenso, solamente si éstas cláusulas, que el Imam al-Hasan había impuesto para intentar conducir la desviación hacia el recto camino y que Mu'âwiya había fingido aceptar para acceder oficialmente al "Califato", se cumplían. Pero, como veremos en el capítulos siguientes, Mu'âwiya no respetará ninguna de éstas cláusulas, la fosa que separa las dos líneas precitadas se agrandará cada vez más, mientras que el Imam al-Hasan y Mu'âwiya proseguirán, cada uno por su lado, los objetivos finales y tremendamente opuestos que se habían fijado respectivamente. El primero (Imam al-Hasan) respetará escrupulosamente, hasta el final, a pesar de todos los calvarios que deberá sufrir en consecuencia, las reglas de la moral islámica con el fin de mostrar la línea del Profeta (a.s.s.) en toda su justicia, el segundo (Mu'âwiya) irá hasta el final en la transformación del Estado islámico en un reino temporal, tribal y hereditario al que dará un viraje tal que, bien pronto, no tendrá de islámico más que el nombre y las apariencias.

---

[128] "Al-Bidâya wa al-Nihâya", Ibn Kathir, Tomo III, pag. 132, citado por Al-Mawdudi, obr. cit. pag. 100.
[129] Ibn al-Athir. Tomo III, pag. 405, citado por Al-Mawdudi, obr. cit. pag. 93.
[130] "Al-Isti'âb", Tomo I, pag. 254; "al-Bidâya", Tomo VIII, pag. 135, citado por Al-Mawdudi, obr. cit. pag. 94

## I.- DEL LADO DE MU'ÂWIYA: La desviación a cara descubierta

Cuando Mu'âwiya entró en Kufa, después del acuerdo de reconciliación, dirigió un discurso a los habitantes de la ciudad en el cual dijo, entre otras cosas:

"… no os he combatido para que hagáis las oraciones rituales, para que hagáis el ayuno o cumpláis con el peregrinaje. (…) Sé que estas cosas las hacéis por vosotros mismos. Os he combatido para gobernaros… a pesar de vosotros mismos. Ciertamente, he hecho promesas a al-Hasan, pero yo las he pisoteado. No respetaré ninguno de mis compromisos".[131]

Estas palabras son reveladoras de la temeridad que Mu'âwiya mostraba públicamente desde su acceso al "Califato", al respecto de la observación de los preceptos de la Religión, y más concretamente sobre su falta de respeto flagrante hacia los mandatos de Dios. En efecto, jactándose de no respetar su compromiso de respetar el Pacto con el nieto del Profeta (a.s.s.), con el Califa legal de los musulmanes, así como con toda la Umma, Mu'âwiya transgredía, conscientemente, un mandato coránico que carece de toda ambigüedad y que no soporta ninguna interpretación interesada:

**"…Cumplid con vuestros pactos, porque se os interrogará sobre su cumplimiento…" (Corán 17:34)**.

**"¡Oh los que creéis! Respetad vuestros compromisos…" (Corán 5:1)**.

Pero ¡que importaba para Mu'âwiya estos pactos! Para él, tales consideraciones carecían de valor. En concreto, Mu'âwiya no tenía más que una cosa in mente: ¡tener y preservar el poder! Él no adoraba más que una cosa, ¡obtener el poder!, y no temía más que una cosa, ¡perderlo!

Finalmente, obtuvo el poder. Solo faltaba conservarlo, a todo precio. Ningún obstáculo debía interponerse ante él y ante sus ambiciones, ni siquiera la afectación de respetar las apariencias de la Shari'a para no herir la susceptibilidad de los Compañeros. Ayer, éstos tenían derecho a controlar, aunque de forma teórica, su conducta, de ahora en adelante, estarían completamente sometidos a su imperio. ¿Por qué iba a respetar lo que no había dejado de detestar desde el fondo de su corazón?, a saber todo lo que encarnaba la familia del Profeta (a.s.s.). Efectivamente, como prometió, no respetará ninguno de los pactos que había estipulado en su acuerdo con el Imam al-Hasan.

El primer pacto, o mejor dicho la primara cláusula del Tratado, estipulaba que estaría obligado a "gobernar conforme al Libro de Dios, a la Sunna del

[131] Ibn Abi Hadid y otros, citado por M. J. Fadhlallah, obra citada, pag. 134.

Profeta y a la conducta de los Califas Bien Dirigidos". Ahora bien, hay un sinnúmero de infracciones cometidas por Mu'âwiya contra la Shari'a y sus fuentes.[132]Contentémonos con recordar dos, entre las que subraya Abu-l-A'lâ al-Mawdudi, muy moderado al respecto de Mu'âwiya:

1.- "Mu'âwiya transgredió el Libro de Dios y la Sunna del Profeta, de una forma flagrante en lo que concierne al reparto del botín…"[133]

2.- "Igualmente, Mu'âwiya transgredió, para servir a sus intereses políticos, una de las evidencias de la Shari'a cuando incluyó a Ziyâd Ibn Sumaya en su árbol genealógico (…) y lo reconoció como hermano (…) mientras que era un hijo producto del adulterio de su padre (…). Este acto constituye una transgresión flagrante de la Shari'a (…) puesto que el Profeta dijo en muchas ocasiones: **"el hijo es producto del lecho conyugal, mientras que el adulterio no da ningún derecho a la filiación…"**[134]

La segunda cláusula estipulaba que el Califato "deberá corresponder al Imam al-Husein, si le pasaba algo a al-Hasan…". Ahora bien, Mu'âwiya hará envenenar al Imam al-Hasan, pero obligará a los musulmanes, en vida de Mu'âwiya, a prestar juramento de fidelidad a su hijo Yazid como su sucesor, y esto, despreciando la estipulación del Tratado, y aun peor, despreciando el prestigio del Islam y de la Umma que fue ulcerada por la designación de este "califa" alcohólico y epicúreo, en el sentido más peyorativo del término. Escuchemos lo que dice al-Hasan al-Basri, a este propósito:

"Mu'âwiya tenía cuatro defectos, de los que cada uno por sí solo constituye un pecado mortal:

1º.- El hecho de haber combatido a esta Umma por la espada, hasta que logró convertirse en Califa, sin ninguna consulta, mientras que todavía quedaban Compañeros del Profeta (a.s.s.) y hombres virtuosos;

2º.- el hecho de haber designado a su hijo Yazid como su sucesor, un alcohólico, que se vestía con sedas y tocaba instrumentos musicales;

3º.- el hecho de haber vinculado a su familia a Ziyâd, cuando el Mensajero de Dios había dicho que **"el hijo es el producto del lecho conyugal, mientras que el adulterio no da ningún derecho a la filiación"**;

4º.- el hecho de haber asesinado a Huyr y a sus compañeros (…)".[135]

La tercera cláusula estipulada que Mu'âwiya debería abstenerse de injuriar al Imam 'Alî, sobre todo durante la oración ritual. Ahora bien, lejos de

---

[132] Ver las infracciones a la Shari'a cometidas por Mu'âwiya y subrayadas por al-Mawdudi en el libro de éste último titulado: "Al-Jilafa wa-l-Mulk", obra citada, pags. 112-114.
[133] Para más detalles, ver al-Mawdudi, obra citada, pag. 113.
[134] Al-Mawdudi, obra citada, pags. 113-114.
[135] Citado por Al-Mawdudi, obra citada pag. 106.

abstenerse de esta práctica detestable, Mu'âwiya la llevó a un grado insoportable para un gran número de musulmanes que temían mucho más el Fuego de Dios que la cólera del hijo de Abu Sufiyân. Como vimos en otras ocasiones, Mu'âwiya no dudó en hacer asesinar a aquellos que rechazaban, por temor a Dios, el maldecir a aquel a quien el Profeta (a.s.s.) había dicho: "aquel de quien yo soy su señor, 'Alî es su señor. Dios mío, sostén a quien le sostiene y declara hostilidad a quien le sea hostil"[136] Es suficiente recordar a este respecto lo que le pasó al augusto Compañero Huyr Ibn 'Adi y a sus seguidores, los cuales pagaron con su vida por ser fieles a la moral islámica.[137]

Mu'âwiya hizo de esta práctica odiosa un pilar del Estado, o del reino "islámico" que dirigía. Al-Madâ'ini escribe, a este propósito, en su libro: "Al-Ahdâdh: "Mu'âwiya escribió una carta, después del Año del Consenso, en la cual se lavaba las manos[138] al respecto de cualquiera que evocara las virtudes de Abu Turâb (el Imam 'Alî) y de su familia. Desde ese momento, los predicadores se aplicaron en maldecir al Imam 'Alî y "lavarse las manos" en cada ciudad y desde lo alto de cualquier mimbar…"[139]

Según Ibn Al-Athir: Mu'âwiya convocó a al-Mughira Ibn Chu'bah, cuando decidió nombrarle gobernador de Kufa, después de la Reconciliación. Le dijo: "…He querido hacerte estas recomendaciones, pero cuento con tu clarividencia… Pero te haré una más: no dejes de injuriar a 'Alî y de denigrarle".[140]

Según Ibn Huyr al-Mâliki, "Al-Hasan, que lo sabía (que se maldecía a su padre antes de la oración ritual) no entraba en la mezquita hasta que se pronunciaba la Iqama. Pero Marwân (gobernador de Medina y mascarón de proa de los Tulaqâ'), descontento con esa actitud, envió a alguien a la casa de al-Hasan a proferir injurias a su respecto y al respecto de su padre".[141]

Según al-Mas'udi, cuando Ziyâd sucedió a al-Mughirah a la cabeza del gobierno de Kufa, "reunió al pueblo en la puerta de su palacio y los incitó a injuriar a 'Alî. Él amenazó con la espada a cualquiera que rechazar ejecutar su orden",[142]

Esta práctica, la comenzó Mu'âwiya antes de que la tinta del Tratado se hubiera secado. En efecto, fue cuando se hubo terminado de prestar juramento

---

[136] Extracto del Hadiz al-Ghadir, referido por decenas de Compañeros.
[137] Ver capítulos precedentes y: Al-Mawdudi, "al-Jilafa wa-l-Mulk", obra citada, pags. 104-105.
[138] Aquí, lavarse las manos sobre alguien, significa que esta persona no se beneficia de la protección de la ley y que se le puede matar o saquear sus propiedades impunemente.
[139] Ibn Abi al-Hadid. Tomo III, pag. 15, citado por M.J. Fadhlallah, obr. cit. pag. 152.
[140] Ibn Abi al-Athir. Tomo III, pag. 187, citado por Fadhlallah, obr. cit. pag. 153.
[141] Ibn Abi al-Hadid, "Sharh an-Nahy", Tomo XVI, pag. 46, citado por M.J. Fadhlallah, obra citada, pag. 153.
[142] Citado en el margen de Ibn al-Athir, Tomo VI, pag. 99, citado por Cheij Râdi Al Yasin, obra citada pag. 316.

de fidelidad al “califa” usurpador que pronunció un discurso en el cual atacó al Imam ‘Alî y al Imam al-Hasan, en presencia de este último y de su hermano al-Husein. Éste último se levantó para responderle, pero el Imam al-Hasan le hizo sentarse y se dirigió, con éstas palabras a su detractor:

“¡Oh tu que hablas de ‘Alî! Yo soy al-Hasan, mi padre es ‘Alî, y tú eres Mu’âwiya, tu padre es Sajr (Abu Sufiyân). Mi madre es Fátima (as-Zahrâ’) y tu madre es Hind. Mi abuelo es el Mensajero de Dios, el tuyo es Harb. Mi abuela es Jadiya, la tuya es Qotaylah. Que Dios maldiga a aquel de entre nosotros cuyo nombre evoque más la indolencia, cuya filiación es la más pérfida, cuyo mal es el más arraigado, cuya incredulidad e hipocresía son más antiguas.

- Los presentes en la Mezquita dijeron: Amin.
- Yahya Ibn Mo’în dijo: nosotros también decimos: Amin.
- Abu al-Farach dijo: Yo también digo: Amin”. [143]

Hemos visto, en un capítulo precedente, cuántos pecados y afrentas a la moral y a la Shari’a islámicas produjo esta cólera contra la memoria de una de las más veneradas figuras del Islam, y ello, según la opinión de pensadores musulmanes como Abu-l-A’la al-Mawdudi, que no puede ser considerado como un partidario incondicional del Imam ‘Alî. ¿Por qué Mu’âwiya se aplicó a introducir oficialmente y con una tal determinación, esta práctica que deformaba el rostro de Islam, en el nombre del cual gobernaba la Umma? “Sin esto no podríamos conservar el poder”,[144]replicaba Marwân Ibn al-Hakam. Esto es en parte verdad, porque como hemos visto, Mu’âwiya quería el poder a toda costa, aun al precio del sacrificio de los principios islámicos más sagrados. ¡Pero había conseguido el poder! El Imam ‘Alî ya no estaba allí para reprenderle y el Imam al-Hasan se había comprometido a dejarle para el resto de su vida. ¿Por qué Mu’âwiya corrió el riesgo de atacar la esencia de aquel de quien fue “el más próximo en el corazón del Profeta”, según la expresión de al-Mawdudi, y de indisponer a todos los musulmanes, y concretamente los más piadosos de entre ellos? A pesar de su arrogancia, Marwân no osó confesar, lo que no era confesable. Denigrando al Imam ‘Alî, los ex-Tulaqâ’ querían herir, indirectamente, al Profeta (a.s.s.) y desfigurar este Islam que había traído y del que fue su líder y los había reducido (a los Tulaqâ’), durante largo tiempo, al rango de “amnistiados”. Los Omeyas tenían un espíritu tribal y revanchista tenaz. Apoderándose del poder, tomaron su revancha sobre los Compañeros del Profeta (a.s.s.). Pero su revancha no sería completa en tanto que ellos no hubieran repintado de colores yahilitas este Estado islámico que el Profeta (a.s.s.) había edificado y en tanto que no hubieran borrado el brillo que había dado a su construcción. Para saciar su sed de venganza, Mu’âwiya no podía atacar, directamente, la obra y la persona del Profeta (a.s.s.), aunque no pudiera reprimir, en privado, su rencor hacia él. Recordemos, a este respecto,

[143] Citado por M. J. Fadhlallah, obra citada, página 154.
[144] Ibn Abi-l-Hadid. Tomo III, pag. 115. Citado por M. J. Fadhlallah obra citada pag. 153.

¡con que amargura se quejaba (Mu'âwiya) de que los musulmanes evocaran cinco veces por día (en las cinco oraciones rituales) el nombre de lo que él llamaba "el hermano de Hâshim" (el Profeta) mientras que no se decía una palabra sobre su primo 'Othmân![145] Por el contrario, cuando se atacaba al Imam 'Alî, no era difícil adivinar lo que pensaba del Profeta (a.s.s.). Escuchemos la siguiente conversación, entre Mu'âwiya y 'Abdullah Ibn 'Abbas, el primo del Profeta (a.s.s) y del Imam 'Alî:

Mu'âwiya: (…) Hemos decretado públicamente la prohibición de evocar las virtudes de 'Alî y de su familia. Retén tu lengua, ¡Oh Ibn 'Abbas!

Ibn 'Abbas: ¡Que dices! ¿Osas prohibirnos la lectura del Corán?

Mu'âwiya: No.

Ibn 'Abbas: ¿Nos prohíbes interpretarlo?

Mu'âwiya: Sí.

Ibn 'Abbas: Entonces, quieres que lo recitemos sin preguntar lo que Dios quiere decir.

Mu'âwiya: Sí.

Ibn 'Abbas: ¿Que es más obligatorio para nosotros: su lectura o su aplicación?

Mu'âwiya: Evidentemente, su aplicación…

Ibn 'Abbas: ¿Cómo aplicarlo sin comprender lo que Dios quiere decir con Su Palabra?

Mu'âwiya: Pregúntale (la interpretación) a aquel que lo interpreta de una forma diferente de tu interpretación y de la de tu familia (la familia del Profeta).

Ibn 'Abbas: Pero el Corán descendió sobre mi familia, ¿y tú quieres que yo pida a la familia de Abu Sufiyân y a la de Abi Mu'it que me lo interpreten?

Mu'âwiya: Entonces, conténtate con leer el Corán sin mirar lo que Dios ha dicho a vuestro propósito (a propósito de la familia del Profeta) ni lo que el Mensajero de Dios ha dicho. Aparte de eso, puedes mirar el resto.

[145] Ver el relato de Matraf Ibn Mughirah Ibn Cha'abah.

Ibn ‘Abbas: Dios ha dicho: **“Quisieran apagar de un soplo la Luz de Alá pero Alá no desea sino que resplandezca, a despecho de los infieles” (Corán 9:32).**[146]

Así, a falta de poder prohibir la lectura del Corán, Mu’âwiya no dudó en prohibir leer todo lo que pudiera condenar sus acciones contrarias a la Shari’a, sin olvidar decretar la censura sobre las interpretaciones que el Profeta (a.s.s.) había hecho. Ahora bien, ¿quién podría permitirse explicar la Palabra de Dios mejor que aquel a quien Ella había sido enviada?

Mu’âwiya y los Tulaqâ’ vertieron todo su odio sobre el Imam ‘Alî y sobre su memoria, porque su nombre y sus obras estaban ligadas, no solamente a las del Profeta (a.s.s.), sino también a la edificación del Estado islámico y a los recuerdos amargos que él evocaba en ellos. Si estos recuerdos del pasado no cesaban de suscitar en Mu’âwiya y sus acólitos el espíritu de revancha y de venganza, este espíritu de revancha encontró en el Imam ‘Alî la diana ideal, a falta de poder expresarlo directamente contra el Profeta (a.s.s.) y el Estado islámico que él había fundado. ‘Abbas Mahmud al-Aqqâd escribe a este respecto:

“En las guerras contra los politeístas, el Imam ‘Alî había matado a, entre las grandes figuras de los Omeyas: ‘Otbah Ibn Rabi’ah, el abuelo de Mu’âwiya, al-Walid Ibn ‘Otbah, su tío, Handhalah, su hermano. Todos murieron en la Batalla de Badr. Y esto, sin hablar de otros que él había matado en el curso de otras batallas. Los parientes próximos de estos muertos, guardaron el rencor contra él, incluso después de su entrada en el Islam. Este rencor se agudizó por el hecho de que ellos no podían vengar a sus muertos incrédulos”. [147]

La Shari’a islámica, que prohibía que se reclamara venganza por los muertos politeístas, había mantenido en sordina este rencor yahilita. Pero una vez esta Shari’a se convirtió en un juguete que los Omyas manejaban a su antojo, nada pudo impedir levantar esa sordina y dejar brotar su rencor con gran intensidad. La memoria del Imam ‘Alî era la diana ideal del rencor de los Omeyas, no solamente porque éste último había sido la espada del Profeta (a.s.s.) en todas las batallas contra los politeístas, sino también porque él simbolizaba y encarnaba el apego a los valores del Estado islámico, tal y como había sido fundado por el Profeta (a.s.s.). ¿No era él quien había frenado el proceso de desviación que los Tulaqâ’ habían comenzado bajo el Califato de ‘Othmân? ¿No era él quien había preservado la memoria de la línea del Profeta (a.s.s.), durante los cuatros años de su Califato, mediante una aplicación

[146] M. J. Fadhlallah, obra citada, pags. 156-157.
[147] “Abqariyyât islâmiyah”, Tomo II, M. al-‘Aqqâd, obra citada, pag. 110.

escrupulosa de las leyes de la Shari'a, que los Tulaqâ' se habían aventurado a desviar durante los doce años que habían precedido a su gobierno? [148]

Trazando un prolongamiento de la línea del Profeta (a.s.s.) y formando en torno a ella un núcleo de musulmanes piadosos apegados a las Tradiciones del Profeta (a.s.s.) y preparados espiritualmente para salvaguardarlas y defenderlas, el Imam 'Alî había proporcionado a los Omeyas una razón suplementaria para considerarle como el primer obstáculo ante su voluntad irreductible de transformar, definitivamente, el Estado islámico en un reino fundamentalmente omeya. Es por ello que Mu'âwiya instituyó la obligación de ensuciar su memoria, de denigrar sus actos, de apartarse de todo lo que él encarnaba y representaba, y sobre todo de extirpar, o borrar, este núcleo puro y duro, que había constituido para salvaguardar y defender la línea del Profeta (a.s.s.). Este último punto nos lleva a su promesa odiosa de no respetar ninguno de los pactos a los que se había comprometido con el Imam al-Hasan.

En efecto, la 5ª cláusula del Tratado de Reconciliación, estipulaba que Mu'âwiya debería abstenerse de amenazar las vidas de los musulmanes, en general, y de los partidarios del Imam 'Alî, en particular. Ahora bien, desde su ascenso al califato, Mu'âwiya desencadenó una represión sangrienta contra los adeptos del Imam 'Alî: asesinatos, ahorcamientos, amputaciones de manos y pies, deportaciones…[149] Él escribía a los jueces y a los gobernadores ordenándoles que rechazaran el testimonio de todo adepto del Imam 'Alî y de todo musulmán que evocara sus virtudes. Después él envió la siguiente circular a sus funcionarios: "Verificad si está probado que alguien ama a 'Alî y a su familia, si lo está, hacedlo desaparecer del reino", seguida de otra que decía: "Si pensáis que alguien es partidario del Imam 'Alî, aun sin poder probarlo, matadle" [150] Así, muchos fueron asesinados basándose en simples suposiciones o presunciones al respecto de aquel cuya vida, nombre y actos se identificaban con el Mensaje del Profeta (a.s.s.) y la fundación del Estado islámico. Y como ya hemos visto, en su locura homicida, no dudó en asesinar a compañeros venerables, unánimemente apreciados por los musulmanes, tales como Huyr Ibn 'Adi, 'Amr al-Jazâ'i…etc, sin olvidar mutilar y profanar sus cadáveres para que sirvieran de ejemplo y terror de la Umma. Es sabido que todo el pueblo fue tomado por el miedo y que la Umma en su conjunto se acobardó, como nos dice Abu-l-A'lâ al-Mawdudi. [151]

Alternando represión y corrupción, logró colocar en todas partes a fabuladores, falsificadores y deformadores del Hadiz con el fin de vaciar el Islam de su esencia y arrebatar a la Experiencia islámica su nobleza. No contento con desviar al Estado islámico de su línea inicial, Mu'âwiya plantó los

---

[148] Ver Abu-l-A'lâ al-Mawdudi: "Al-Jilâfa wa-l-Mulk", obra citada pags. 63-71.
[149] Ibn al-Athir, Tomo III, pag. 163, citado por M.J. Fadhlallah, obra.cit. pag. 156.
[150] Obra citada.
[151] "Al-Jilafa wa-l-Mulk", obra citada pag. 105.

cimientos de una política sistemática de corrupción de la misma Umma. “Esta política (de represión), añade al-Mawdudi, hizo perder, poco a poco, a los musulmanes su coraje y les hizo servidores, en su beneficio, y esclavos de sus intereses. El número de los que osaban decir la verdad disminuyó mientras que el servilismo, la afectación, la hipocresía, la deshonestidad predominaban en la sociedad. La fidelidad a la verdad ya no era una virtud (…). Los hombres competentes, los creyentes piadosos, los honestos se abstuvieron de servir en las instituciones del gobierno. El pueblo no tenía ninguna estima por el gobierno. Los gobiernos se instalaban, desaparecían y se sucedían unos a otros, y el pueblo se contentaba con ver y callar”. [152]

Aunque Mu’âwiya no podía disimular el desprecio de los ex-Tulaqâ’ por la obra del Profeta (a.s.s.), y su voluntad no declarada de borrar sus huellas a través del descrédito de su familia y de sus fieles compañeros, hizo todo lo posible para fundar un reino hereditario en el cual sus descendientes no tendrían ningún escrúpulo en pasar de una etapa a otra en la destrucción de los valores islámicos y de atacar, directamente, a los otros símbolos sagrados del Mensajero de Dios y de su Religión. Fue Yazid, hijo de Mu’âwiya, quien ordenará que se tome la ciudad del Profeta (a.s.s.), Medina, así como a sus habitantes a sangre y fuego, haciendo caso omiso de las advertencias del Mensajero de Dios (a.s.s.), el cual había dicho (según al-Bujâri, Muslim, Musnad Ahmad, al-Nissâ’i[153]etc): **“Cualquiera que quiera hacer daño a la ciudad de Medina, Dios le hará fundirse en el Fuego como se funde el plomo”** y también **“Cualquiera que atemorice, injustamente, a los habitantes de Medina, Dios le aterrorizará, la cólera de Dios, de los Ángeles y de todo el mundo caerá sobre él…”**[154]Y es por esta razón que el Imam Ahmad Ibn Hanbal, y muchos otros ulemas, autorizó que se maldijera a Yasid Ibn Mu’âwiya. Fue, también, Yazid quien dio la orden a su ejército de atacar la Meka, durante el cual los soldados omeyas no dudaron, incluso, en lanzar piedras sobre al santa Ka’ba hasta que uno de sus muros fue destruido e incluso quemado.[155] Fue otro descendiente de Mu’âwiya quien dio la orden al tristemente célebre verdugo de los musulmanes, al-Hayyay, de atacar la santa Ka’ba y de bombardearla con piedras, lanzadas con catapultas, durante el tiempo del peregrinaje, durante el cual, “incluso los incrédulos y los politeístas de la Yahiliya interrumpían los combates y se abstenían de hacer la guerra”. [156] Es a propósito de este mismo al-Hayyay, este adepto y pilar del reino omeya que el célebre imam de los recitadores del Corán, ‘Âsim Ibn Abi an-Nuyûd, dijo:

---

[152] “Al-Jilâfa wa-l-Mulk”. Obra citada, pag. 107, citando “Tabaqât Ibn Sa’ad”. Tomo V, pag. 212.
[153] Citado por Abu-l-A’lâ al-Mawdudi, obr. cit. pag. 120. Según el Imam al-Azhari, citado por al-Mawdudi, los soldados de Yazid mataron, durante la invasión de Medina, mil habitantes de la ciudad del Profeta y según Ibn Kathir, citado también por al-Mawdudi: mil mujeres quedaron encinta después de la invasión.
[154] Ver Abu-l-A’lâ al-Mawdudi, “Al-Jilâfa wa-l-Mulk”, obra citada, pag. 121.
[155] Obra citada.
[156] Obra citada.

“no hay un solo pecado contra Dios que al-Hayyay no haya cometido”[157] y ‘Omar Ibn ‘Abdul ‘Aziz declaró: “Si las naciones hicieran una competición de perfidia y que cada una de ellas presentara su “persona más pérfida”, nosotros les venceríamos con al-Hayyay”. [158]

Para concluir este capítulo sobre el reino omeya, que Mu’âwiya se aplicó a construir, con tanto furor, sobre los cadáveres de la familia del Profeta (a.s.s.) y de sus partidarios, escuchemos, por último, lo que dijo, sobre los Omeyas, al-Hasan al-Basri, citado por Abu-l-A’lâ al-Mawdudi: “…Que Dios les haga, aun, más detestables y que Él arroje sobre ellos un mal inmenso. ¿No fueron ellos quienes autorizaron lo que el Mensajero de Dios había prohibido? Ellos mataron a los suyos tres veces (Imam ‘Alî, Imam al-Hasan, Imam al-Husein). Ellos no cesaron de trasgredir lo que es sagrado. Fueron a la “Casa Sagrada de Dios” para destruir la Ka’ba y prender fuego a sus piedras y a sus telas (كسوة الكعبة). ¡Que la censura de Dios caiga sobre ellos, y que Él los haga habitar en la peor de las moradas!”.[159]

## II.- DEL LADO DEL IMAM AL-HASAN: La Fidelidad a las Tradiciones del Profeta puesta en evidencia

Después de la firma del Tratado de Reconciliación, el Imam al-Hasan, con el corazón en un puño, se quedó algunos días en Kufa con la intención de preparar su marcha hacia la ciudad de su abuelo, Medina.

Cuando su caravana se disponía a dejar Kufa, la capital del su Califato y del de su padre, los Kufíes, aturdidos, desamparados y con lágrimas en los ojos, salieron a las calles para despedirse de aquel que había hecho tanto por ellos y le habían hecho sufrir, en vano, para conducirles al recto camino y suscitar en ellos el espíritu de sacrificio. La partida del Imam tuvo un efecto de shock para los habitantes de esta ciudad que era, hasta hace pocos días, la capital del Estado islámico y de la que se había apoderado un estado de desolación colectiva desde la llegada del ejército de Mu’âwiya que ya hacía reinar al terror. Este terror, al cual se añadía la transferencia de la sede del Califato a Damasco, y los propósitos arrogantes que Mu’âwiya acaba de tener hacia los Kufíes, dieron a éstos la impresión de que la partida del Imam al-Hasan, a la cual ellos asistían tristemente, anunciaba el comienzo de una pesadilla que les rondaba desde hacía algunos días: el fin del Estado islámico y de la bendición y el orgullo que les aportaba, hasta ese momento, la presencia el nieto del Profeta (a.s.s.).

Una vez llegada a Medina, la caravana de la familia del Profeta (a.s.s.) fue acogida por los suyos con todos los honores debidos. Una vez que el Imam

[157] Obra citada.
[158] Obra citada.
[159] Al-Mawdudi, obra citada, pag. 121, citando a Ibn al-Athir, Tomo IV, pag. 170.

al-Hasan se restableció en su ciudad natal, se preparó para proseguir su misión de Imam de los musulmanes y de guardián del Mensaje, conforme a las exigencias de la nueva situación, lejos de las luces del poder. Ayer como hoy, una sola preocupación le animaba a seguir adelante: impedir a la desviación identificarse con los nobles preceptos del Mensaje. Antes del Tratado, se había esforzado en movilizar a los musulmanes, con el fin de afrontar militarmente a la desviación y oponerse a sus tentativas de hacer suyo el Estado islámico. Pero había visto rápidamente, durante los pocos meses de su Califato, que la desviación había progresado de tal manera que la corrupción había invadido el cuerpo de la Umma, gracias a las prerrogativas del poder que los ex-Tulaqâ' habían obtenido bajo el Califato de 'Othmân. Además, los Omeyas habían tomado el poder de tal manera, y puesto en evidencia su tribalismo, su espíritu de clan y su solidaridad tribal despreciando toda otra consideración de tipo religioso, que "la lucha por el poder" aparecía a los ojos de muchos musulmanes como un signo de los tiempos y que el combate entablado por el Imam al-Hasan con la rebelión de Mu'âwiya les parecía inscribirse en un contexto de querella de jefes, y de clanes, por el poder.

Después de la firma del Tratado, el "Estado islámico" se convirtió, irreversiblemente, en un reino temporal omeya, el Imam al-Hasan se fijo como objetivo el mostrar a los musulmanes la línea de demarcación que separaba las fronteras de los dos estados, y distinguía netamente la causa islámica, que él defendía, de las consideraciones tribales y de las ambiciones por el poder que animaban a Mu'âwiya y a los Omeyas. Habiendo abdicado el poder en provecho de los Omeyas, y descartando así toda posibilidad de ser sospechoso de compartir las ambiciones de éstos últimos por el liderazgo temporal de la Umma, el Imam al-Hasan se consagró, de allí en adelante, a la orientación y a la educación de los musulmanes, permitiéndoles constatar, gracias a su conducta islámica escrupulosa, que el único principio que le había siempre guiado era la obligación de aplicar las enseñanzas del Mensaje en todos los dominios de la vida individual o colectiva, personal o social, y ello, cualquiera que fueran las circunstancias. Así como Mu'âwiya confirmó, tras su toma del poder, la desviación que los ex-Tulaqâ' habían impuesto al progreso de la Experiencia islámica, igualmente el Imam al-Hasan demostrará, con su actitud fundamentalmente islámica, después de la firma del Tratado de Reconciliación, que él encarnaba la fidelidad a línea del Profeta (a.s.s.). Así como Mu'âwiya demostró (por la violación de sus compromisos) que no valía la pena conservar un poder usurpado, así el Imam al-Hasan probará, por su respeto absoluto del compromiso adquirido ante los musulmanes de dejar el poder a Mu'âwiya, durante su vida, que nada podía desviarle de su compromiso con los mandatos de la Religión, ni su derecho legítimo al poder ni la traición de su adversario. En efecto, cuando Mu'âwiya anunció públicamente su desprecio por los compromisos que había adquirido por el Tratado de Reconciliación, y que muchos jefes de tribu irakíes, entre los partidarios del Imam al-Hasan, tales

como Sulayman Ibn Sard, Huyr Ibn ‘Adi, Mussayyab Ibn Najiyah y muchos otros, fueron a visitar al Imam al-Hasan para pedirle que les autorizara a retomar el combate contra Mu’âwiya bajo su dirección, el nieto del Profeta (a.s.s.) les hizo comprender, sin rodeos, que él respetaría su compromiso hasta el final y que, a pesar de la traición de Mu’âwiya, le dejaría el poder mientras que estuviera vivo.[160]

Mientras que dejaba a los Omeyas mostrar sus cartas, unos tras otros, el Imam al-Hasan comenzaba a forjar, en torno a él, el núcleo de una escuela ideológica que irradiará un pensamiento islámico conforme al espíritu del Mensaje y bastante sólida como para combatir las tentativas de los Omeyas de deformar las Tradiciones del Profeta (a.s.s.) por un pulular de inventores y de falsificadores del Hadiz que ellos favorecían. Esta escuela, fundada sobre el inmenso saber que el Imam al-Hasan había heredado del Profeta (a.s.s.) y del Imam ‘Alî, dio plenamente sus frutos, pues de ella salieron una constelación de ulemas y de relatores del Hadiz tales como al-Hasan al-Muthannâ, al-Mussayyab Ibn Najyah, Suwayd Ibn Ghaflah, al-Cha’bi, al-Asbagh Ibn Nabâtah, Abu Yahyâ, Ishâq Ibn Yassâr, etc…[161]

El saber del Imam al-Hasan, no era la única fuente de inspiración de sus discípulos. Su conducta en la vida cotidiana también lo era. Educado por el Profeta (a.s.s.), el Imam ‘Alî y Fátima az-Zahrâ, dispensaba, por sus maneras islámicas perfectas, a todos aquellos que tenían la ocasión de acercarse a él o de frecuentarle, un curso práctico o una lección de las enseñanzas del Islam, que encarnaba cada uno de sus actos, de sus gestos y sus palabras. Su modestia y su generosidad proverbiales han quedado grabadas en las páginas de la Historia. Su casa no era solamente un centro de conocimiento, sino también el punto de mira de todos los necesitados. Cuando un día se le preguntó: “¿Por qué no se te ha visto nunca despedir a un necesitado?”, él respondió: “Yo solo soy un necesitado y anhelante de Dios. No me gusta pedir ni rechazar a quien pide. Dios me ha habituado a una cosa: prodigarme sus beneficios; y yo le he habituado a prodigar Sus beneficios a la gente. Temo que Él interrumpa aquello a lo que me ha habituado, si yo interrumpiera mi costumbre”. [162]

La acción cultural y social del Imam al-Hasan insufló, en el clima de corrupción que envenenaba la Umma, una corriente islámica sana y resistente a las presiones de la desviación.

Las autoridades omeyas tomaron consciencia del peligro que hacía correr a sus planes éste núcleo activo de la resistencia naciente. También, los principales dirigentes del Estado omeya, tales como ‘Amr Ben al.’Âs, al-Walid

---

[160] Ibn Qutaybah, Tomo I, pag. 151, citado por Cheij Râdhi Al Yasin, “Sulh al-Hasan”, pag. 302.
[161] “…al-Imam al-Hasan…”, Dâr al-Tawhid, obra citada, pags. 68-69.
[162] Obra citada, pag. 25

Ibn ‘Oqbah, ‘Otbah Ibn Abi Sufiyân, al-Mughirah Ibn Chu’bah, se reunieron en torno a Mu’âwiya para detener lo que comenzaba a manifestarse. Todos ellos hicieron saber a éste último la razón de su inquietud: “Al-Hasan ha hecho revivir la memoria de su padre (…). Él ha ordenado y ha sido obedecido. Ha formado adeptos, lo que podría llevarle muy lejos. No dejamos de recibir informes que nos hacen sospechar que su acción nos puede perjudicar…” [163]

Esta reunión, y el temor que se expresó en ella, mostraban claramente que el Imam al-Hasan no dejó nunca de denunciar la desviación y de indicar a los musulmanes los caminos que llevan hacia la línea del Profeta (a.s.s.), de la que él (al-Hasan) era el verdadero representante. El nieto del Profeta (a.s.s.) no se contentó con llevar su acción, solamente, a Medina. Fue hasta Damasco, capital de los Omeyas, y entabló debates contradictorios (según el principio jurídico de contradicción, el cual implica una dualidad de partes que sostienen posiciones jurídicas opuestas entre sí) con Mu’âwiya para demostrar las violaciones de la Shari’a cometidas por el régimen omeya. Tales debates, en los cuales los dirigentes omeyas se encontraban, a menudo, cortos de argumentos cara al Imam al-Hasan, valieron a éste último para hacerse partidarios y discípulos en el mismo feudo de Mu’âwiya. [164]

Para asfixiar el movimiento de contestación nacido del efecto conjunto de la acción del Imam al-Hasan y de la corrupción galopante de las autoridades omeyas, éstos (los omeyas), a falta de poder atacar directamente al nieto del Profeta (a.s.s.) intensificaron, en primer lugar, su represión contra las poblaciones desobedientes recurriendo a los servicios de predicadores prestos a vender su alma al diablo, a cantar las alabanzas de Mu’âwiya y a denigrar la causa de la familia del Profeta (a.s.s.). El régimen omeya, sintiéndose cada vez más irritado y amenazado por la persistencia de núcleos de resistencia en cuanto a sus puntos de vista y a sus comportamientos, procedió, como segundo paso, a la eliminación de Compañeros como Huyr Ibn ‘Adi, etc., y jefes de clanes partidarios de Ahlul Bayt. Mu’âwiya decidió, por último, deshacerse del Imam al-Hasan para preparar la transmisión de su poder a su hijo Yazid y transformar, así, el Estado islámico que él había usurpado “provisionalmente” en un reino hereditario omeya irreversible. Según Abu al-Faray “Mu’âwiya exigió que se prestara juramento de fidelidad a su hijo Yazid. Lo que más le molestaba, era la presencia de al-Hasan y de Sa’ad Ibn Abi Waqqâs. Por ello les hizo administrar un veneno que les causó la muerte”.[165] Según el Sheij al-Mufid (en “al-Irchâd)[166]”…Diez años después de su ascenso al poder, Mu’âwiya, habiendo decidido obtener para su hijo Yazid la prestación del juramento de fidelidad, envió un veneno a Ya’dah Bint al-Ach’ath, la mujer

[163] Tawiq Abu ‘Alam en “Ahlu-l-Bayt”, pag. 343, citando “Sarh an-Nahy” de Ibn Abi-l-Hadid.
[164] Ver la obra de Al-Sheij al-Qarachi, “Hayât al-Hasan”, Tomo II, pag. 305 y siguientes, citado en “El Imam al-Hasan”, Dâr at-Tawhid. Obra citada, pag. 71.
[165] “Maqâtil at-Tâlibin”, pag. 73, citando a Ibn Abi-l-Hadid, “Sharh al-Nahy”. Tomo XVI, pag. 16
[166] Obra citada, pags. 191-192.

de al-Hasan y le ordenó que se lo administrara a su marido. En pago por el asesinato, le dio cien mil dirhams y le prometió casarla con su hijo Yazid (…). Después de cuarenta días de agonía, al-Hasan murió, por los efectos del veneno, en el mes de Safar del año 50 de la Héjira, a la edad de 48 años. Su Jilafa (Imamato) duró 10 años. Su hermano y heredero, al-Husein, se encargó de su lavado ritual y de su inhumación al lado de su abuela, Fátima Bint Asad…en el Baqî…" [167]

Hasta el último momento de su vida, el Imam al-Hasan no abandonó su preocupación de preservar a la Umma de un derramamiento de sangre inútil y de salvaguardar la vida de aquellos que deberían defender, después de él, la integridad del Mensaje.

Según 'Omar Ibn Ishâq (citado por 'Isâ Ibn Mahrân), cando al-Husein preguntó a al-Hasan, antes de morir, quién le había administrado el veneno, éste le respondió: ¿Y que vas a hacerle? ¿Matarle? Si fuera él (Mu'âwiya), Dios es más terrible que tú en el castigo. Y si no ha sido él, no quisiera que ningún inocente fuera marcado por mi muerte".[168]

Según Ziyâd al-Majariqî: "Cuando al-Hasan estaba a punto de expirar, convocó a al-Husein y le dijo: "¡Hermano! Te dejo para ir a reunirme con mi Señor. Me han envenenado, Yo sé quien lo ha hecho, dejo a Dios Altísimo el cuidado de juzgarlo (…). Si muero, (…) llévame a la tumba de mi abuelo, el Mensajero de Dios (a.s.s.), para renovarle mi fidelidad. Después, llévame a la tumba de mi abuela (…) para inhumarme. Has de saber, hermano mío, que ellos (los Omeyas) creerán que queréis enterrarme en la tumba del Mensajero de Dios (a.s.s.) y se opondrán. Te ordeno que no dejes que se derrame sangre por mi causa…". [169]

La predicción del Imam al-Hasan se cumplió. Cuando al-Husein llevó los restos de su hermano a la tumba del Profeta (a.s.s.), para una última visita, los Omeyas, conducidos por Marwân, acudieron, con las armas en la mano[170], como si temieran que éste último reencuentro entre el Mensajero de Dios (a.s.s.) y su bien amado nieto, ensombreciera todas sus vanas tentativas de disociar al Profeta (a.s.s.) de su familia, de la que él no había cesado, jamás, de subrayar las virtudes y los méritos y de evocar su posición sublime ante Dios.

**********

[167] Al Sheij al-Mufid, "Al-Irchâd", obra citada, pag. 192.
[168] Obra citada.
[169] Obra citada. pags. 192-193.
[170] Obra citada.